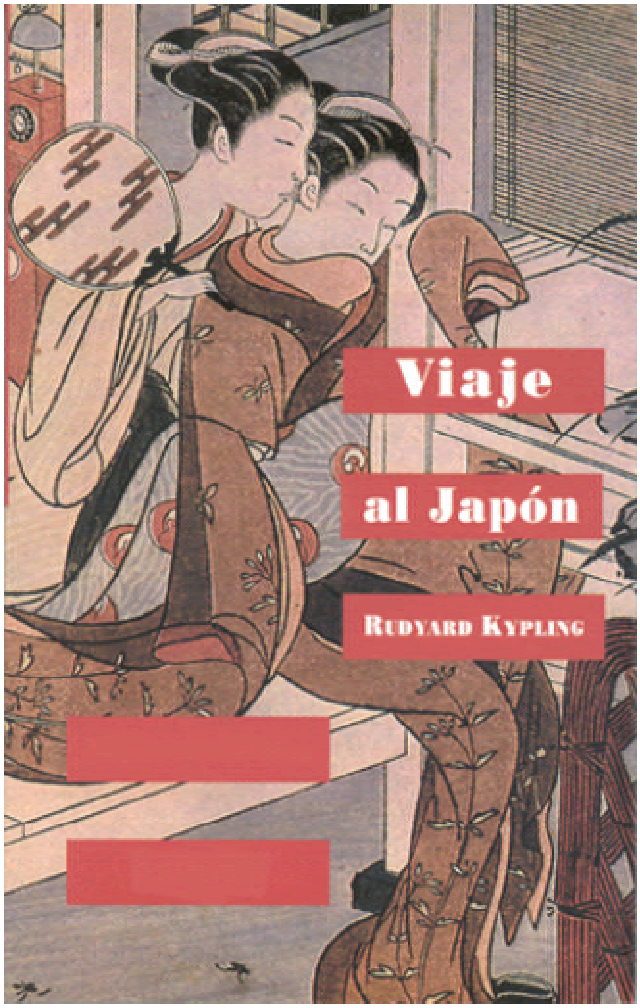
LIBRO dot.com

VIAJE AL JAPON

RUDYARD KIPLING



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1

Visión del Japón en diez horas, con una relación completa de los usos y costumbres de su pueblo, la historia de su Constitución, sus productos, su arte y su civilización, sin omitirse un almuerzo en una casa de té con O-Toyo.

> «No puedes desplegar al aire tu bandera
> ni mojar tus remos en el lago,
> pero se está labrando una proa de belleza
> y el agua olvida el timón entre sus rizos. »

Esta mañana, después de las tribulaciones de una noche de balanceos, el ojo de buey de mi camarote me mostró dos grandes rocas manchadas y rayadas de verde y coronadas por dos raquíticos pinos de color azul negruzco. Al pie de las rocas un bote, que por su color y su delicadeza podía haber sido de madera de sándalo labrada, sacudía al viento de la mañana una vela rizada blanco marfil. Un muchacho azul añil, con la cara de marfil viejo, tiraba de un cable. La roca y un árbol y el bote formaban un panel de pantalla japonesa, y vi que el país no era una mentira. Esa «buena tierra parda» nuestra tiene muchos placeres que ofrecer a sus hijos, pero entre sus dones hay pocos comparables a la alegría de entrar en contacto con un nuevo país, una raza completamente extraña y costumbres contrarias. Tanto da que se hayan escrito bibliotecas enteras; cada nuevo espectador es, para sí mismo, un nuevo Cortés. Y yo estaba en el Japón, el Japón de los gabinetes y la ebanistería, de la gente grácil y los finos modales. En el Japón, del que proceden el alcanfor, la laca y las espadas de piel de tiburón; en... ¿cómo lo decían los libros?... en una nación de artistas. Cierto que sólo permaneceríamos doce horas en Nagasaki antes de partir hacia Kobe; pero en doce horas se puede recoger una muy aceptable colección de experiencias nuevas.

Un hombre execrable vino a mi encuentro en cubierta, con un folleto azul pálido de cincuenta páginas.

-¿Ha visto usted -me preguntó- la Constitución del Japón? El Emperador la hizo en persona el otro día. [1] Está toda en trazos europeos.

Tomé el folleto y me encontré con una Constitución completa en blanco sobre negro marcada con el crisantemo imperial; un primoroso pequeño proyecto de representación, reformas, sueldos de diputados, cálculos presupuestarios y legislación. Es una cosa terrible si se estudia de cerca: es desoladoramente inglesa. [2]

Sobre las colinas, alrededor de Nagasaki, había un verde tornasolado de amarillo, diferente, según se inclinaba a percibir mi mente favorablemente predispuesta, del verde de los demás países. Era el verde de una pantalla japonesa, y los pinos eran pinos de pan-

[1] El emperador era, desde 1867, Mutsu Hito, nacido en 1852; instaurado en el pleno ejercicio del poder imperial por la revolución Meiji en 1868, reinó hasta su muerte en 1912. La Constitución, promulgada el 11 de febrero de 1889, un par de meses antes de la llegada de Kipling al Japón, fue redactada por Ito Hirobumi (1838-1909), pero fue presentada como un don gracioso del emperador, el cual era declarado en ella fuente única de toda autoridad, incluida, por supuesto, la de la propia Constitución.

[2] La Constitución japonesa de 1889 no se inspiraba principalmente en el sistema político británico, sino en el sistema, todavía más restrictivo, de la legislación constitucional alemana.

talla. La ciudad misma apenas asomaba por encima del puerto pululante. Yace entre colinas, y su rostro comercial (un muelle mugriento) estaba enfangado y desierto. Los negocios, me alegró saberlo, andan de capa caída en Nagasaki. Los japoneses no deberían tener nada que ver con los negocios. Cerca de uno de los tranquilos embarcaderos descansaba un barco de la Gente Mala: un vapor ruso procedente de Vladivostok. Sus cubiertas estaban atestadas de toda clase de desechos, su aparejo tan desaliñado y sucio como el cabello de una criada de casa de huéspedes, y sus costados eran asquerosos.

-He aquí -dijo un compatriota mío- un excelente espécimen ruso. Debería usted ver sus barcos de guerra; son igual de asquerosos .[3] Algunos vienen a hacer limpieza en Nagasaki.

Esa información era más bien pobre y tal vez inexacta, pero hizo subir al máximo mi buen humor cuando bajé y un joven caballero, con un crisantemo plateado en su gorra de policía y con el cuerpo mal embutido en un uniforme alemán, me dijo, en un inglés impecable, que no entendía el inglés. Era un funcionario de aduanas japonés. De haber sido más larga nuestra escala, hubiese llorado por él porque era un híbrido (en parte francés, en parte alemán, en parte americano), un tributo a la civilización. Según parece, todos los funcionarios japoneses, de policía para arriba, llevan ropas europeas, y esas ropas jamás se les ajustan bien. Pienso que el Mikado las hizo al mismo tiempo que la Constitución. Con el tiempo acabarán por sentarles bien.

Cuando un cochecito de tracción humana, tirado por un joven bien parecido, de mejillas de manzana y con cara de vasco, me introdujo en el decorado del *Mikado,* acto primero, [4] no me detuve ni grité de deleite, porque la dignidad de la India gobernaba todavía mi compostura. Me recliné en los cojines de terciopelo y dediqué una sonrisa sensual a Pittising, [5] con su ancho cinto, y tres horquillas gigantescas en su cabello negro azulado, y zuecos con talones de tres pulgadas. Se rió, como lo había hecho una joven birmana en la vieja pagoda de Moulmein. Y su risa, la risa de una dama, fue mi bienvenida al Japón. ¿Puede la gente contenerse de reír? Creo que no. Tienen a tantos millares de niños en las calles, saben ustedes, que los mayores han de ser jóvenes por fuerza, para no afligir a los niños. Nagasaki está habitada íntegramente por niños. Los mayores sólo existen ahí por tolerancia. Un niño de cuatro pies pasea con un niño de tres, el cual lleva de la mano a un niño de un pie [6] que, a su vez... pero ustedes no me creerían si les dijera que la escala desciende hasta muñequitas japonesas de medio pie como las que se venden en Burlington Arcade. Estas muñecas se mueven y ríen. Cada una de ellas va envuelta en un camisón de noche de color azul sujeto por una faja que, a su vez, sujeta el camisón de la persona que la lleva. De modo que, si se desatara la faja, la niña y su hermano, poco mayor que ella, quedarían simultáneamente desnudos. Vi a una madre hacer eso, y fue exactamente lo mismo que ver pelar huevos duros.

[3] Desde sus tiempos de colegial, Kipling detestaba a los rusos por considerarles peligrosos competidores de Inglaterra por el control colonial de la India. Recuérdese que en su novela Kim (1901) los «malos» son espías y agitadores rusos.

[4] *El Mikado,* opereta de enorme éxito, con letra de William Gilbert (1836-1911) y música de Arthur Sullivan (1842-1900), se había estrenado en 1885.

[5] Personaje femenino de la opereta *El Mikado.*

[6] Un pie: 30,48 centímetros; basta, pues, con dividir el número de pies por tres y redondear por abajo para obtener una equivalencia aproximada en el sistema métrico decimal; en este caso se obtiene, respectivamente, un metro veinte, noventa centímetros y treinta centímetros. En adelante, sólo se darán en nota las equivalencias de medidas si hacerlo supone una agilización de la lectura.

Si ustedes buscan extravagancias de colores, escaparates llameantes y linternas deslumbradoras, no encontrarán nada de todo eso en las angostas calles empedradas de Nagasaki. Pero si lo que desean son primores de construcción de casas, vistas de limpieza perfecta, un gusto exquisito y la perfecta subordinación del objeto elaborado a las necesidades de su constructor, encontrarán todo lo que buscan y todavía más. Todos los tejados, tanto los de tablas como los de tejas, tienen el color mate del plomo, y todas las fachadas son del color que Dios dio a la madera. No hay humos ni brumas y, a la clara luz de un cielo nuboso, veía las más angostas callejuelas como el interior de un gabinete.

Hace tiempo que los libros les han contado cómo está construida una casa japonesa, sobre todo con pantallas deslizantes y mamparas de papel, y todo el mundo sabe la historia del ladrón de Tokyo que robaba con unas tijeras a modo de ganzúa y barrena y que robó los pantalones del cónsul. Pero todo lo que se ha impreso no bastará para hacerles conocer el acabado exquisito de una vivienda en la que se podría entrar de un puntapié y que podría reducirse a astillas a puñetazos. Contemplemos la tienda de un *bunnia* .[7] Vende arroz, chile, pescado seco y cucharas hechas de bambú. La parte frontal de su tienda es muy sólida. Está hecha de tablillas de media pulgada clavadas de costado. Ninguna está rota, y cada una es perfectamente cuadrada. Avergonzado de esa ruda fortificación, llena la mitad de la fachada con papel aceitado tendido en marcos de un cuarto de pulgada. Ni uno solo de los cuadrados de papel aceitado tiene ningún agujero, y ninguno de los cuadros, que en países más incivilizados llevarían vidrio si fuesen lo bastante fuertes, se sale de la alineación. Y el *bunnia,* vestido con un camisón y calzado con gruesos calcetines, está sentado al fondo, no entre sus mercancías, en una estera de suave paja de arroz de color oro pálido bordeada con una tira negra. Esa estera mide dos pulgadas de grosor, tres pies de ancho y seis de largo. Uno podría, en el caso de ser lo bastante cerdo para hacerlo, comerse la cena sobre cualquier porción de esa estera. El *bunnia* descansa, rodeando con su brazo azul enguatado un gran brasero de bronce batido en el que se delinea vagamente, en líneas incisas, un terribilísimo dragón. El brasero está lleno de ceniza de carbón, pero no hay ceniza en la estera. Al alcance de la mano del *bunnia* hay una bolsa de cuero verde atada con un cordoncillo de seda rojo, que contiene tabaco cortado tan fino como fibras de algodón. El *bunnia* llena una larga pipa lacada, roja y negra, la enciende con el carbón del brasero, toma dos bocanadas, y la pipa se vacía. La estera sigue inmaculada. Detrás del *bunnia* hay un biombo de cuentas y bambú que vela una habitación de suelo oro pálido, techada con paneles de cedro granoso. En la habitación no hay nada más que una manta rojo sangre extendida tan lisa como una hoja de papel. Más allá de la habitación hay un pasillo de madera pulida, tan pulida que devuelve los reflejos de la pared empapelada de blanco. Al extremo del pasillo, claramente visible tan sólo para ese *bunnia* en particular, hay un pino enano, de dos pies de alto, en una maceta barnizada de verde y, a su lado, una rama de azalea, rojo sangre como la manta, plantada en un tiesto agrietado de color gris pálido. El *bunnia* la ha puesto ahí para su propio placer, para deleite de sus ojos, porque le gusta. El hombre blanco no tiene nada que ver con sus gustos, y si él mantiene su casa inmaculadamente pura es porque le gusta la limpieza y sabe que es artística. ¿Qué podemos decirle, a ese *bunnia?*

Quizá su hermano viva en el norte de la India, detrás de una fachada de madera tosca ennegrecida por el tiempo, pero... no creo que cuide otras plantas que tulsis en una maceta, y eso tan sólo para complacer a los dioses [8] y a las mujeres de su familia.

[7] Mercader, tendero. Término indio.

[8] El tulsi, una variedad de albahaca, está consagrado al dios Visnú en la religión hinduista.

No comparemos a esos dos hombres; sigamos paseando por Nagasaki.

Exceptuando a los horribles policías que insisten en ser continentales, la gente, la gente común, no anda metida en las impropias vestiduras de Occidente. Los jóvenes llevan sombreros de fieltro redondos, a veces chalecos y pantalones, y semiocasionalmente zapatos. Todo eso es despreciable. Dicen que en las ciudades más metropolitanas la ropa occidental es más la regla que la excepción. Si eso es cierto, me inclino a creer que los pecados que cometieron sus antepasados cuando convertían en bistecs a los misioneros jesuitas han sido castigados en los japoneses en forma de un oscurecimiento parcial de sus instintos artísticos. Claro que el castigo parece excesivo en proporción a la falta.

Pasé luego a admirar el frescor de las mejillas de la gente, las sonrisas de tres hoyuelos de los bebés gordezuelos y el extraordinario carácter «ajeno» de todo lo que me rodeaba. Es extraño encontrarse en una tierra limpia, y todavía más extraño pasear entre casas de muñecas. El Japón es un país gratificante para un hombre bajito. Nadie lo abruma a fuerza de estatura, y mira desde arriba a todas las mujeres, como es justo y decoroso. Un comerciante de curiosidades se dobló por la mitad sobre la estera de su puerta, y entré, experimentando por primera vez la sensación de ser un bárbaro y no un auténtico sahib. [9] El lodo callejero formaba costra en mis zapatos, y él, el propietario inmaculado, me invitó a pasar sobre un suelo pulido y esteras blancas a un cuarto interior. Me trajo esterillas para los pies, lo cual aún empeoró las cosas, ya que una linda muchacha luchaba contra la risa, detrás de una mampara, mientras yo me esforzaba por calzármelas. Los tenderos japoneses no deberían ser tan limpios. Entré en un pasillo de tablas de unos dos pies de ancho, encontré una joya de jardín de árboles enanos que ocupaba la mitad de la superficie de una pista de tenis, me di un cabezazo contra un frágil dintel, llegué a un recinto primoroso de cuatro paredes y allí, involuntariamente, bajé la voz. ¿Recuerdan *Cuckoo Clock*, de Mrs Molesworth, [10] y el gran gabinete en el que entró Griselda con el cuco? Yo no era Griselda, pero mi amigo de voz grave, envuelto en largas ropas suaves, sí era el cuco, y el cuarto era el gabinete. Intenté una vez más consolarme pensando que podía hacer añicos la casa entera a patada limpia; pero con eso sólo conseguí sentirme grandote, tosco y sucio, y ése es un modo de sentirse muy poco favorable para regatear. El hombre-cuco hizo traer té pálido, justo ese té del que se habla en los libros de viaje, y el té completó mi turbación. Lo que quería decir era: «Mire. Usted es demasiado limpio y refinado para esta vida en la tierra, y su casa no es adecuada para que un hombre viva en ella hasta haber aprendido un montón de cosas que nunca me han enseñado. En consecuencia, le odio porque me siento inferior a usted y porque me desprecia, y desprecia mis zapatos, porque sabe que soy un salvaje. Deje que me vaya o le pondré por sombrero su casa de madera de cedro». Lo que de veras dije fue: «Oh, ah, sí. Realmente precioso, todo esto. Un modo realmente curioso de hacer negocios».

El hombre-cuco resultó ser un tremendo extorsionador; pero me sentí acalorado e incómodo hasta que volví a encontrarme fuera de allí y fui de nuevo un británico pisoteador de lodo. Ustedes no se han metido nunca, por inadvertencia, en un gabinete de trescientos dólares, de modo que no me comprenderán.

Llegamos al pie de una colina, como si dijéramos la colina en la que está la Shway Dagon, [11] y por ella subía una imponente escalera de peldaños grises, oscurecidos por el

[9] Literalmente, «amo». Denominación que lucían todos los británicos residentes en la India colonial.

[10] La escritora escocesa Mary Louisa Stewart (1839-1921), Molesworth por su apellido de casada, publicó *Cuckoo Clock* [«El reloj de cuco»], una de las más populares de sus muchas historias infantiles, en 1877.

[11] Pagoda de Birmania.

tiempo, jalonada aquí y allí por *toriis* monolíticos. Todo el mundo sabe qué es un *torii.* Los hay en el sur de la India. Un gran rey toma nota del sitio donde quiere construir un arco enorme pero, siendo un rey, lo hace con piedra, no con tinta: dibuja en el aire dos radios y un travesaño, de cuarenta o sesenta pies de alto y veinte o treinta de ancho. [12] En el sur de la India el travesaño está encorvado en el centro. En el Lejano Oriente es flameante en sus extremos. Esta definición no se ajusta demasiado a lo que dicen los libros, pero aquél que se ponga a consultar libros en un país nuevo está perdido. Por encima de los peldaños colgaban macizos pinos azul verdoso o verde negruzco, viejos, retorcidos y abollados. El follaje en la ladera era de un verde más pálido, pero los pinos daban la clave del color con el que armonizaban las ropas azules de las pocas personas que había en la escalera. No había sol en la atmósfera, pero puedo jurar que el brillo del sol lo hubiera estropeado todo. Subimos durante cinco minutos, yo, el Profesor [13] y la cámara fotográfica, y luego, volviéndonos, vimos los tejados de Nagasaki extendidos a nuestros pies: un mar de plomo de color pardo mate con salpicaduras rosa crema, aquí y allí, que indicaban el florecer de los cerezos. Las colinas alrededor de la ciudad estaban moteadas por los lugares de reposo de los muertos, con bosquecillos de pinos y bambúes plumosos.

-¡Qué país! -dijo el Profesor, preparando la cámara-. No sé si se habrá dado usted cuenta, pero donde sea que vayamos siempre hay alguien que sabe cómo hay que llevar mis cosas. El cochero del *ghari,* en Moulmein, me dejó a mano los filtros fotográficos; aquel hombre de Penang también sabía de qué iba la cosa; y el culí del rickshaw [14] ya había visto cámaras fotográficas. Es curioso, ¿verdad?

-Profesor -dije-, eso se debe a la extraordinaria circunstancia de que no somos los únicos habitantes de la tierra. Empecé a comprenderlo en Hong-Kong. Ahora la cosa va haciéndose cada vez más clara. No me sorprendería que, a fin de cuentas, resultásemos ser personas corrientes.

Entramos en un patio donde un caballo de bronce de aire malévolo miraba fijamente a dos leones de piedra y donde multitud de niños parloteaban entre sí. En torno al caballo de bronce hay una leyenda que puede encontrarse en las guías de viaje. Pero la auténtica y verdadera historia del animal es que fue realizado, hace mucho, con marfil fósil de Siberia, por un Prometeo japonés, y que cobró vida y tuvo muchos potrillos cuyos descendientes se parecen enormemente a su antepasado. El paso de los años ha eliminado casi por completo el marfil en la sangre, pero aflora todavía en las crines y las colas cremosas; y la gruesa barriga y las maravillosas manos del caballo de bronce siguen encontrándose, incluso hoy, entre los caballitos de tiro de Nagasaki, que transportan albardas adornadas con terciopelo y tela roja, llevan zapatos de hierba en los pies, y a los que se hace parecer caballos de pantomima.

No pudimos ir más allá de ese patio porque había un letrero que ponía: «Prohibida la entrada», de modo que todo lo que vimos del templo fueron altos tejados de barda ennegrecida sucediéndose en crestas y ondulaciones hasta perderse en el follaje. Los japoneses saben jugar con la barda como otros juegan con la arcilla de modelar; pero es un misterio, a ojos del lego, cómo sus ligeras columnas pueden soportar el peso del techo.

[12] De doce a dieciocho metros de alto y de seis a nueve de ancho.

[13] El Profesor es un personaje imaginario que Kipling utilizará para desdoblarse, dialogar consigo mismo y contradecirse.

[14] En rigor, el vehículo indio llamado *rickshaw* era tirado por cuatro culíes, pero en todo el texto Kipling aplicará el nombre de «rickshaw» a cualquier vehículo de tracción humana.

Bajamos la escalera para almorzar y, entretanto, fue formándose en mi corazón una decisión a medias. Birmania era un sitio de veras encantador, pero allí comían *gnapi,* y había olores, y, a fin de cuentas, las muchachas no eran tan lindas como otras...

-Hay que quitarse los zapatos -dijo Y-Tokai.

Les aseguro que no hay dignidad en el hecho de sentarse en los peldaños de una casa de té y quitarse con esfuerzo unos zapatos fangosos. Y es imposible resultar fino si uno anda en calcetines sobre un suelo pulido como un espejo y una muchacha primorosa le pregunta dónde quiere comer. Si pasan por esa situación, lleven por lo menos un par de bonitas zapatillas. Que sean de piel de *sambhur* [15] bordada, o de seda si lo prefieren, pero no se queden ahí, como yo, con unas cosas pardas a rayas con un zurcido en el talón, intentando hablar con una geisha.

Nos condujeron (eran tres, todas ellas frescas y bonitas) a una habitación amueblada con una piel de oso de color marrón dorado. En el *tokonoma*, [16] saloncillo privado, había una pintura enrollable con murciélagos revoloteando a la luz del crepúsculo, una maceta de bambú florido, y flores amarillas. El techo era de madera artesonada, con la excepción, en el lado más cercano a la ventana, de una franja hecha de virutas de cedro trenzadas y separada del resto del techo por un bambú marrón vino tan pulido que se hubiera dicho lacado. Un toque con la mano proyectó hacia atrás todo un lado de la habitación, y entramos en una sala realmente grande con otro *tokonoma* enmarcado, de un lado, por ocho o diez pies de una madera desconocida, y por arriba por una rama de árbol no descortezada, de una granulación parecida a la de un «abogado de Penang», [17] colocada allí tan sólo porque estaba curiosamente moteada. En ese segundo *tokonoma* había un jarrón gris perla, y nada más. Dos de los lados de la habitación eran de papel aceitado y las junturas de las vigas estaban cubiertas de imágenes en bronce de cangrejos a mitad del tamaño natural. Excepto el umbral del *tokonoma,* que era de laca negra, cada pulgada de madera tenía su intachable grano natural. Fuera estaba el jardín, orlado por un seto de pinos enanos y adornado por un menudo estanque, por cantos rodados hincados en el suelo y por un cerezo en flor.

Nos dejaron solos en ese paraíso de limpieza y belleza y, no siendo yo nada más que un desvergonzado inglés sin zapatos (un hombre blanco se degrada si va descalzo), deambulé a lo largo de las paredes, mirando todos los biombos. Tan sólo cuando me detuve a examinar el pestillo engastado de un biombo me di cuenta de que tenía una placa de marquetería que representaba a dos grullas blancas comiendo peces. Tenía en total tres pulgadas cuadradas y, en el curso normal de las cosas, nadie iría a mirarla. Los biombos formaban un armario en el que parecían almacenarse todas las lámparas, candelabros, cojines y colchonetas de la casa. Una nación oriental capaz de llenar un armario limpiamente merece una reverencia. Subí por una escalera de madera granosa y laca hasta unas habitaciones del diseño más curioso, con ventanas circulares que no se abrían sobre

[15] También llamado *sambar*. Una de las especies de antílopes de mayor tamaño de la India.

[16] Puede escribirse separando las palabras: *toko no ma,* literalmente «habitación del lecho». Hueco o recinto, adjunto a una sala principal, cuya utilidad no es funcional sino estética: con el *toko no ma* se busca dar el tono del buen gusto de la casa entera por la armonía, en él, entre los juegos de luces y sombras y o bien un solo objeto artístico, o bien un par: generalmente una obra plástica (pintura, dibujo o composición caligráfica), escogida según la época del año, y un motivo floral.

[17] Clase de bastón de paseo tan robusto que podía servir de arma; hoy quizá sea especialmente conocido por haber contado entre sus usuarios a Sherlock Holmes, personaje entonces recién creado *(Estudio en escarlata,* 1887) por Arthur Conan Doyle.

nada y que, por ello, estaban rellenadas con arabescos de bambú para deleite de los ojos. Los pasillos con suelo de madera brillaban como el hielo, y me sentí avergonzado.

-Profesor -dije-, nos escupen; no comen como cerdos; son incapaces de pelearse, y un borracho se tambalea erguido a través de todas las partes de la casa antes de rodar colina abajo hasta Nagasaki. Es imposible que tengan hijos.

Ahí callé. Abajo estaba lleno de niños.

Entraron las doncellas; traían té en porcelana azul y un pastel en un cuenco lacado rojo, un pastel como sólo los hay en una o dos casas en Simla. [18] Nos tumbamos sin ninguna elegancia en alfombrillas rojas sobre las esteras, y nos dieron palillos para dividir el pastel. Fue una larga tarea.

-¿Eso es todo? -gruñó el Profesor-. Tengo hambre, y sólo con pastel y té no se puede llegar hasta las cuatro de la tarde.

Tomó furtivamente con la mano un trozo de pastel. Las doncellas volvieron (esta vez eran cinco) con bandejas de laca negra de un pie de lado y cuatro pulgadas de alto. [19]Eran nuestras mesas. Nos traían un cuenco de laca roja lleno de pescado hervido en salmuera y de anémonas de mar. Por lo menos, no eran setas. Una servilleta de papel atada con hilo de oro envolvía nuestros palillos; y en un platillo plano traían un cangrejo ahumado, una lonja de algo que parecía un compromiso entre el aspecto de un budín de Yorkshire y el sabor de una tortilla azucarada, y un fragmento retorcido de una cosa translúcida que debía haber estado viva pero ahora estaba en escabeche. Se marcharon, pero no con las manos vacías porque tú, ¡oh, O-Toyo!, te llevaste mi corazón, el mismo corazón que se había rendido a la muchacha birmana en la pagoda de Shway Dagon.

El Profesor abrió un poco los ojos, pero no dijo ni palabra. Los palillos exigían toda-su atención, y el regreso de las doncellas acabó con la que le quedase. O Toyo, de cabello de ébano, de mejillas de rosa, hecha de delicada porcelana, se rió de mí porque devoré toda la salsa de mostaza que habían servido con mi pescado crudo y lloré copiosamente hasta que ella misma me dio *saki* [20] de una imponente botella de unas cuatro pulgadas de altura. Tomen ustedes un poco de vino del Rin muy ligero, caliéntenlo con especias y olvídense de la mezcla hasta que esté medio fría, y habrán obtenido *saki.* A mí me lo dieron en un recipiente tan pequeño que me atreví a llenarlo ocho o diez veces sin que por ello, al final, amase menos a O-Toyo.

Después del pescado crudo y la salsa de mostaza llegó otra clase de pescado, cocinado con rábanos en adobo, muy resbaladizo entre los palillos. Las doncellas se arrodillaron formando un semicírculo y gritaron de gozo ante la torpeza del Profesor, porque en realidad no fui yo quien casi derribó la mesa en un frustrado intento de reclinarse graciosamente. Después de unos vástagos de bambú llegó una vasija de judías blancas en salsa dulce; una cosa de verdad sabrosa. Intenten ustedes llevarse judías a la boca valiéndose de un par de agujas de hacer calceta, y ya verán qué pasa. Un poco de pollo astutamente hervido con nabos y todo un cuenco repleto de pescado sin espinas, blanco como la nieve, y un montón de arroz concluyeron la comida. He olvidado uno o dos

[18] Población al norte de la India (en Himaghal Pradesh), en los contrafuertes del Himalaya, a una altitud algo por encima de los 2.000 metros; era la residencia de verano del virrey y el princi pal centro recreativo y vacacional de la élite colonial británica en la India.

[19] Es decir, muy pequeñas para el uso que se les dará: unos treinta y unos diez centímetros respectivamente.
[20] O *sake.* En todo el texto se mantiene, salvo por alguna excepción lo bastante irrelevante para que no merezca la pena indicarla, la grafía empleada por Kipling de las palabras japonesas.

servicios pero, cuando O-Toyo me tendió la frágil pipa japonesa lacada llena de un tabaco que se parecía al heno, conté nueve platos en el anaquel de laca, y cada plato representaba un servicio. O-Toyo y yo fumamos echando bocanadas alternativamente.

Respetabilísimos amigos míos de todos los clubs y todas las reuniones sociales, ¿alguna vez, después de una buena comida, se han recostado en cojines y fuma do, con una linda muchacha llenándoles la pipa y otras cuatro admirándoles en una lengua desconocida? No saben qué es vivir. Miré a mi alrededor la habitación intachable, los pinos enanos y las cremosas flores de cerezo allá fuera, a O-Toyo burbujeando de risa porque yo sacaba humo por la nariz, y el anillo formado por doncellas del *Mikado* con la piel de oso marrón como telón de fondo. Había color, forma, alimento, comodidad y belleza suficientes para una contemplación de medio año. Ya no quería ser birmano. Quería ser japonés (siempre con O-Toyo, claro) en un taller de ebanistería en la ladera de una colina olorosa de alcanfor.

-¡Eh! -dijo el Profesor-, hay sitios peores donde vivir y morir. ¿Recuerda que nuestro vapor zarpa a las cuatro? Pidamos la cuenta y vayámonos.

Dejé mi corazón con O-Toyo bajo los pinos. Quizá lo recupere en Kobe.

2

Nueva reflexión sobre el Japón. El Mar Interior, y buena cocina. El misterio de los pasaportes y los consulados, y algunas otras cosas.

¿Roma, Roma...? ¿No será ese sitio donde conseguí aquellos cigarros tan buenos?

(Memorias de un viajero)

¡Oh, qué incompleta es la palabra escrita! ¡Había tantas cosas más que quería contarles de Nagasaki, y de la procesión funeraria con que me tropecé en sus calles! Ustedes merecían haber leído alguna cosa sobre las mujeres en llanto vestidas de blanco que seguían al difunto encerrado en una silla de manos de madera que se balanceaba sobre los hombros de los portadores mientras el sacerdote budista, de tonalidades broncíneas, caminaba al frente y los niños correteaban por los lados.

Había preparado mentalmente diversas consideraciones morales, exposiciones de situaciones políticas y un ensayo completo sobre el futuro del Japón. Aho ra lo he olvidado todo, excepto a O-Toyo en el jardín de té.

Desde Nagasaki nos dirigimos (los pasajeros del vapor de la P. and O.) [21] a Kobe por el Mar Interior. [22] Es decir, durante las últimas veinte horas hemos navegado por un gran lago tachonado, hasta donde alcanza la mirada, por islas de todos los tamaños, desde cuatro millas de largo por dos de ancho [23] hasta pequeños montículos con forma de sombrero

[21] «P. and O.»: la compañía naviera Peninsular and Oriental

[22] Mar Interior: el brazo marino entre las islas de Honshu y Shikoku.

[23] Una milla: cosa de quilómetro y medio; exactamente, 1.609,3 metros.

de tres picos no mayores que un pajar mediano. Los señores de la Cook & Son [24] cobran unas cien rupias extra por el recorrido de esta parte del mundo, pero no saben sacar partido de las bellezas de la naturaleza. Bajo todos los cielos, esas islas (púrpura, ámbar, gris y negro) valen cinco veces el dinero que piden. Durante la última media hora he estado sentado entre un grupo de turistas chillones, preguntándome cómo podría darles a ustedes una idea de cómo son. Los turistas, claro, son indescriptibles. Dicen «¡Oh!» a intervalos de treinta segundos, y cada cinco minutos se gritan unos a otros: «Dígame, ¿no le parece que todo eso es siempre igual?» Luego juegan al criquet con un mango de escoba hasta que un paisaje inusualmente hermoso hace que se interrumpan para gritar «¡Oh!» una vez más. Si en las islas hubiera unos cuantos robles y pinos adicionales, el viaje quedaría a tan sólo trescientas millas del lago de Naini Tal. [25] Pero no estamos cerca del Naini Tal porque, mientras el gran barco se pasea por las avenidas de agua, veo que la espuma de los rompientes vuela a una altura de diez pies en los costados de los riscos sonoros pese a que el mar está en completa calma.

Hemos llegado a una parte tan densamente poblada de islas que todo parece tierra firme. Corremos por el agua espumosa despedida por la marea que se precipita alrededor de un escollo extraviado, y aparentemente vamos a chocar contra un acre [26] de roca sólida. Nos salva alguien del puente de mando, y nos dirigimos hacia otra isla; y así una y otra vez, y otra, hasta que los ojos se cansan de vigilar la proa del barco en sus vaivenes a derecha e izquierda y el alma humana, finita, que, después de todo, no puede repetir «¡Oh!» durante toda una noche fría, abandona la cubierta. Cuando ustedes vengan al Japón (cosa que puede hacerse cómodamente en tres meses e incluso en diez semanas), viajen por este mar maravilloso y constaten lo aprisa que el asombro se degrada en simple interés, y el interés en apatía. Traíamos ostras de Nagasaki. Su aparición en la cena de esta noche me interesa mucho más que la pequeña isla con forma de estrella de mar de dorso áspero que acaba de deslizarse junto a nosotros, como un fantasma, por las aguas gris plata que despiertan al roce del claro de luna. Pero si el cocinero prepara las ostras al curry en vez de servirlas en sus conchas, todas las veladas bellezas de los acantilados y de las rocas labradas por el agua serán incapaces de consolarme. Hoy, diecisiete de abril, permanezco sentado, tapado por un abrigo debajo de una gruesa manta, con los dedos tan fríos que apenas puedo sostener la pluma. Esto me anima a preguntarles cómo les funcionan los termoantídotos. [27] Una mezcla de esteatita y queroseno va muy bien para las manivelas que chirrían, según tengo entendido, y si el culí se duerme y usted se despierta en el otro mundo, procure no irritarse. Yo me voy a comer mis ostras.

Dos días más tarde. Escribo esto en Kobe (a treinta horas de Nagasaki), cuya parte europea es una ciudad americana recién fundada. Caminamos por anchas calles desnudas entre casas de falsos estucados, con pilares corintios de madera, verandas y arcos también de madera, todo ello de un gris pétreo bajo cielos gris pétreo que montan guardia sobre arbolillos verdes recién plantados, engañosamente denominados árboles de sombra. Lo cierto es que Kobe es repulsivamente americana, por fuera. Incluso yo, que sólo conozco

[24] Agencia de viajes fundada por Thomas Cook (1808-1892), empresario pionero, desde 1841, en la fórmula del viaje turístico organizado.

[25] Al norte de la India, al pie del Himalaya.

[26] Un acre: 4.047 m^2.

[27] El termoantídoto era un aparato de ventilación muy usado por los europeos en la India, donde el mes de abril es caluroso.

América por fotos, reconocí de inmediato que aquello era Portland, en el estado de Maine. La ciudad vive entre colinas, pero todas las colinas están escalpadas, y la impresión general es que se trata de algo fuera de sitio. Pero antes de proseguir permítanme cantar las alabanzas del excelente *Monsieur* Begeux, propietario del Oriental Hotel, a quien la paz bendiga. Su casa es una casa donde se come de verdad. M. Begeux no se limita a alimentarle a uno. Su café es de la hermosa Francia. Para el té, le da a uno pastelillos de Peliti (aunque mejores) y el *vin ordinaire*, que va *compris,* [28] es bueno. ¡Excelentes *Monsieur* y *Madame* Begeux! Si el *Pioneer* [29] aceptase los anuncios indirectos, escribiría, *Monsieur* y *Madame,* un artículo de primera página sobre vuestra ensalada de patatas, vuestros bistecs, vuestro pescado frito y vuestro estado mayor de sirvientas japonesas perfectamente adiestradas y vestidas de azul, que parecían otros tantos Hamlet sin manto de terciopelo y obedecían los deseos no expresados. No, un artículo no; sería un poema, una balada del buen vivir. He comido los más exquisitos platos al curry en el Oriental de Penang; los filetes de tortuga del Raffles de Singapur viven todavía en mi recuerdo de añoranza, y en el Victoria de Hong-Kong me sirvieron hígados de pollo y un lechón que ensalzaré mientras viva. Pero el Oriental de Kobe era mejor que esos tres. Recuerden esto, y se deslizarán por la cuarta parte del mundo con el estómago satisfecho.

Nos trasladamos de Kobe a Yokohama por caminos diversos. Eso exige un pasaporte, porque viajamos por el interior y no siguiendo la costa en barco. He mos tomado una vía férrea que puede que esté y puede que no esté completada a mitad de trayecto, y nos desviamos de ella, completa o no, según nos dicta el capricho. Será cosa de unos veinte días, y el viaje debería incluir cuarenta o cincuenta millas en cochecito de tracción humana, un viaje por lago y, me parece, unas cuantas chinches. *Nota bene*.- Cuando vayan al Japón, deténganse en Hong-Kong y manden una carta al «Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Tokyo» si quieren viajar por el interior del país de las maravillas. Indiquen su itinerario tan inexactamente como quieran, mas, para su tranquilidad, hagan constar las dos ciudades extremas que se propongan visitar. Pongan un montón de detalles sobre su edad, profesión, color de cabello y todo lo que se les ocurra, y pidan que les envíen un pasaporte para recogerlo en el consulado británico en Kobe. Concedan al hombre de largo título una semana de tiempo para preparar el pasaporte, y lo encontrarán a su disposición cuando desembarquen. Escriban con letra clara, eso sí, para salvaguardar su vanidad. Mis documentos iban a nombre de Mister Kyshrig; Rashjerd Kyshrig.

Igual que en Nagasaki, la ciudad estaba llena de niños, e igual que en Nagasaki todo el mundo sonreía, salvo los chinos. No me gustan los chinos. Había en su expresión algo que no se podía comprender pese a serme familiar.

-El chino es un nativo [30] -dije-. Su cara tiene el aspecto de la de un nativo; pero el japonés no es un nativo, aunque tampoco es un sahib. ¿Qué es, entonces?

El Profesor observó la calle ondulante durante unos momentos.

-El chino es un viejo cuando es joven, como ocurre con los nativos; pero el japonés es un niño toda la vida. Fíjese en el aire que tienen los mayores cuando están entre niños. Ése es el aire que le desconcierta.

[28] «Vino de la casa (...) incluido en el precio». En francés en el original.

[29] El periódico de Allahabad al que Kipling enviaba sus notas de viaje.

[30] Kipling da por sobreentendido: «como los de la India».

No me atrevería a asegurar que el Profesor tenga razón, pero a mí me pareció juicioso lo que decía. Así como el conocimiento del bien y del mal pone su sello en el rostro de un adulto de nuestro pueblo, del mismo modo algo que yo no podía comprender marcaba los rostros de los chinos. No tenían vínculos comunes con la multitud, excepto aquellos que tiene un hombre con los niños.

-Son una raza superior -dijo el Profesor, etnológicamente.

-No pueden serlo. No saben disfrutar de la vida -contesté, inmoralmente-. Y, de cualquier modo, su arte no es humano.

-¿Qué más da? -dijo el Profesor-. Aquí tenemos una tienda llena de despojos del viejo Japón. Entremos a mirar.

Entramos, pero quiero que alguien me resuelva el problema de los chinos; es excesivo para una sola persona.

Entramos en la tienda de curiosidades arriba mencionada, sombrero en mano, por una avenida de linternas de piedra labrada y esculturas de madera de diablos indeciblemente horrendos, y fuimos recibidos por una imagen sonriente que había encanecido entre *netsukes y* laca. Nos mostró las banderas e insignias de difuntos daimyos [31] de antaño, mientras nosotros quedábamos boquiabiertos en el asombro de la ignorancia. Nos mostró una tortuga sagrada del tamaño de un mamut, labrada en madera hasta en sus más pequeños detalles. Nos condujo de habitación en habitación, diluyéndose la luz a medida que avanzábamos, hasta que llegamos a un menudo jardín y un claustro de carpintería que lo circundaba. Antiguas armaduras nos hacían muecas en la penumbra, viejas espadas tintineaban a nuestros pies, extrañas bolsas de tabaco, tan viejas como las espadas, se balanceaban colgadas de soportes invisibles, y los ojos de una veintena de Budas deteriorados, dragones rojos, *tirthankaras* [32] jainitas *y beloos* birmanos nos observaban por encima de un parapeto de andrajosos trajes de ceremonia con brocados de oro. El gozo de la posesión vive en la mirada. El anciano nos mostró sus tesoros, desde esferas de cristal montadas en madera pulida por el mar hasta gabinetes y más gabinetes llenos de esculturas en marfil y en madera; y éramos tan ricos como si hubiésemos poseído todo lo que teníamos delante. Por desgracia, un sencillísimo trazo de escritura japonesa es la única clave del nombre del artista, de modo que soy incapaz de decir quién concibió, y ejecutó en marfil crema, al anciano horriblemente enredado con un pulpo; al sacerdote que hizo recoger un venado a un soldado y que se reía al pensar que los trozos escogidos serían para él y el peso para el soldado; o la serpiente seca y flaca enroscada a modo de burla ante una calavera sin mandíbulas moteada por los residuos de la descomposición; o el tejón rabelaisiano que se sostenía sobre la cabeza y hacía que uno se ruborizase pese a no medir ni media pulgada de largo; o al niñito gordo que propinaba una paliza a su hermano menor; o el conejo que acababa de gastar una broma; o... pero había montones de esas notas nacidas de todos los matices de la alegría, el desprecio y la experiencia que rigen el corazón del hombre; y, lo juro por esta mano que sostuvo a media docena de ellas en su palma, ¡guiñé el ojo a la sombra del viejo escultor! Se había ido a su reposo, pero

[31] Grandes señores feudales.

[32] *Tirthankara:* «Hacedor del Paso», compendiando el título completo: «Hacedor del Paso a la Orilla de Más Allá», nombre otorgado, en el jainismo, a cada uno de los veinticuatro salvadores del mundo que revivificaron la religión jainita en el curso de las cuatro eras, de degeneración progresiva, que precedieron a la quinta y actual, que cierra un ciclo irreversiblemente decadente y en laque no se puede ya esperar el advenimiento de ningún nuevo *tirthankara.*

había dado forma, en marfil, a tres o cuatro impresiones que yo había perseguido con la fría letra impresa.

El inglés es un animal sorprendente. Compra una docena de esas cosas, las coloca en lo alto de una vitrina sobrecargada, donde parecen burbujas de mar fil, y las olvida en una semana. El japonés las esconde en un hermoso saco de brocado o en una apacible caja de laca hasta que llegan tres buenos amigos a tomar el té. Entonces las saca lentamente, y son contempladas con aprecio, entre tranquilas risitas, mientras tintinean las tazas, y regresan a su escondrijo hasta que vuelva el deseo de mirarlas. Así es como se disfruta de eso que nosotros llamamos curiosidades. En el Japón, todo hombre con dinero es un coleccionista; pero no encontrarán ustedes amontonamientos de «cosas» en los escaparates de las mejores tiendas.

Permanecimos largo rato a la media luz de aquel curioso sitio, y cuando partimos nos lamentamos una vez más de que un pueblo como aquél hubiese de te ner una «Constitución» y vistiese a uno de cada diez hombres jóvenes con ropas europeas, colocase un acorazado blanco en el puerto de Kobe y enviase a pasear por las calles a una docena de tenientes miopes con uniformes demasiado holgados.

-Saldríamos ganando -dijo el Profesor, metiendo la cabeza en una tienda de zuecos-, saldríamos ganando si montásemos algún sistema internacional para quitar al Japón todo miedo a una invasión o una anexión y pagásemos al país absolutamente todo lo que pidiera, a condición, simplemente, de quedarse quieto y seguir haciendo cosas hermosas; mientras, nosotros aprenderíamos. Saldríamos ganando si pusiéramos a todo el Imperio en una caja de cristal con la indicación de Hors *concours*,[33] muestra A».

-Hum -dije yo-. ¿Quiénes somos, «nosotros»? -Oh, nosotros en general... los sahibs de todo el mundo. Nuestros operarios, algunos de nuestros operarios, son capaces de hacer un trabajo igual de bueno en algunos terrenos; pero no se encuentran en Europa ciudades enteras llenas de gente limpia, delicada e ingeniosa.

-Vayamos a Tokyo y hablemos de eso con el emperador -dije.

-Vayamos antes a un teatro japonés -dijo el Profesor-. Es demasiado pronto, en este viaje, para meterse en cuestiones políticas serias.

3

El teatro japonés y la historia del Gato del Trueno. Tratándose también de los sitios tranquilos y del hombre muerto en la calle.

Y fuimos al teatro, a través del lodo y de mucha lluvia. Dentro, la oscuridad era casi completa, porque el azul oscuro de los vestidos de los espectadores absorbía la escasa luz de las lámparas de queroseno. No había sitio donde tenerse en pie, salvo al lado del policía japonés que, por causa de la moral y del Lord Canciller, disponía de un rincón en la galería y de cuatro sillas para él solo. Su estatura casi alcanzaba los cinco pies, [34] y Napoleón en Santa Helena no pudo cruzarse de brazos con mayor dramatismo. Después

[33] Fuera de concurso. En francés en el original.

[34] Metro y medio.

de refunfuñar un poco (me temo que estábamos subvirtiendo los principios de la Constitución) consintió en cedernos una silla, obteniendo a cambio un cigarro birmano que, tengo razones sobradas para creerlo, debió hacer estallar su pequeña cabeza. Una platea con cincuenta filas de cincuenta personas trabadas por una cadena de niños, y una galería que quizá podía contener a mil doscientas personas más, constituían el local. El edificio era una delicada pieza de ebanistería, como todas las casas; el techo, el suelo, las vigas, las columnas, las arcadas y las particiones eran de madera pura y, en la sala, una de cada dos personas fumaban frágiles pipas y sacudían la ceniza cada dos minutos. Entonces deseé huir; la muerte en un Auto de Fe no estaba incluida en el precio del viaje; pero no había escapatoria por la única y pequeña puerta donde vendían pescado seco en los entreactos.

-Cierto, no es precisamente seguro -dijo el profesor, mientras las cerillas centelleaban y chisporroteaban a nuestro alrededor y abajo-. Pero si esas luces sueltas en el escenario prenden fuego a esa cortina, o si usted ve que empieza a arder esa galería de madera de cerillas, derribaré de un puntapié la pared del puesto de refrescos y nos iremos.

Tras esas palabras reconfortantes empezó el drama. El telón cayó, lo recogieron y se lo llevaron, y tres caballeros y una dama abrieron la danza con un diálogo que se desarrolló en tonos que iban desde el gorgoteo hasta los susurros chillones. Si quieren saber cómo vestían, miren el abanico japonés que tengan más cerca. Los japoneses auténticos, claro está, son como los hombres y las mujeres, pero los japoneses de escenario, con sus brocados rígidos, son, punto por punto, igual que los japoneses dibujados. Cuando los cuatro se sentaron, corrió entre ellos un muchachito y les arregló las ropas, tirando de un cinto por aquí y desarrugando una falda por allá. Los vestidos eran tan fastuosos como incomprensible el argumento. Pero llamaremos a la obra *«El Gato del Trueno,* o *El Saco de Huesos de Arlequín y la Anciana Asombrosa,* o *El Rábano Mastodóntico,* o *El Tejón Superfluo y las Luces Oscilantes»*.

Salió a escena un hombre con dos espadas vestido de brocados negros y dorados e imitó el modo de andar de un oscuro actor llamado Henry Irving; [35] y ante eso, sin saber que la cosa iba en serio, me reí fuertemente, hasta que el policía japonés me miró severamente. Después el hombre de las dos espadas cortejó a la dama de abanico japonés, y los demás personajes comentaron su proceder, como un coro griego, hasta que algo (quizá un acento mal puesto) creó problemas, y el hombre de las dos espadas libró un combate burlesco contra un espléndido ser bermellón mientras la orquesta tocaba en pleno (una guitarra y algo que castañeteaba, pero que no eran unas castañuelas). El muchachito les quitó las armas cuando hubieron batallado lo suficiente y, dándose cuenta de que a la obra le faltaba luz, tomó un bambú de diez pies con una simple candela en la punta y sostuvo aquel artilugio a cosa de un pie de la cara del hombre de las dos espadas, siguiendo todos sus movimientos con la mirada inquieta de un niño al que se deja jugar con una máquina de escribir. Luego la muchacha de abanico japonés se rindió a las solicitaciones del hombre de las dos espadas y, con una espeluznante risotada, se transformó en una vieja repulsiva; un muchacho le quitó el cabello, pero ella misma hizo el resto. En aquel terrible momento un Gato del Trueno, de color dorado, que es un gato salido de una nube, corrió sobre alambres desde el gallinero hasta el centro de la galería, y un muchacho dotado de una cola de tejón se burló del hombre de las dos espadas. Entonces supe que el hombre de las dos espadas había ofendido a un gato y a un tejón y estaba a punto de pasar

[35] Henry Irving (1838-1905) era, desde mediados de los años 1870, el actor más famoso en todos los países de lengua inglesa. Uno de sus más fervientes admiradores, que cuando Kipling escribe esto servía a Irving como secretario, era Bram Stoker, el autor de Drácula.

un muy mal rato a consecuencia de ello, dado que esos dos animales, junto con el zorro, siguen hoy siendo hechiceros malignos. Siguieron cosas espantosas, y el decorado fue cambiando cada cinco minutos. El efecto más bonito fue el que se logró mediante una doble hilera de candelas colgadas de cordeles detrás de una gasa verde al fondo del escenario, que se balanceaban en movimientos opuestos. Eso, aparte de aportar una fuerte sugerencia de lo sobrenatural, hizo que uno de los espectadores se marease.

Pero el hombre de las dos espadas era mucho más desdichado que yo. El perverso Gato del Trueno arrojó sobre él tales encantamientos que renuncié a esforzarme por averiguar qué era lo que pretendía hacer con él. Pasó a ser un mofletudo Rey de las Ratas de baja comedia, al que ayudaban otras ratas, y se comió un rábano mágico, en una pantomima que le hacía a uno partirse de risa, convirtiéndose de nuevo en un hombre. Luego le quitaron todos los huesos (otra jugada del Gato del Trueno) y se desmoronó en una masa horrenda, iluminado por el muchacho de la candela; y no se recobró hasta que alguien habló con un loro mágico y un robusto bribonazo peludo y varios culíes hubieran andado sobre él. Luego fue una muchacha, pero, al amparo de una sombrilla, recuperó su forma propia; y entonces cayó el telón, y los espectadores corrieron por el escenario y circularon por todas partes. A un muchachito se le metió en la cabeza que podía cruzar todo el escenario dando volteretas. Puso manos a la obra con mucha seriedad, ante un público despreocupado, pero cayó de lado entre un remolino de piernas gordezuelas. A nadie le importó, y el urbano público de la galería era incapaz de comprender por qué el Profesor y yo nos moríamos de risa mientras el muchacho, con un zueco a modo de espada, imitaba los contoneos del hombre de las dos espadas. Los actores se mudaron delante del público, y cualquiera que quisiera podía ayudar a cambiar los decorados. ¿Por qué no iba a divertirse un niño a su manera?

Al poco rato nos fuimos. El Gato del Trueno seguía aplicando su malevolencia contra el hombre de las dos espadas, pero todo se arreglaría al día siguiente. Que daba mucho por hacer, pero al final triunfaría la Justicia. Así nos lo dijo el hombre que vendía pescado en salmuera.

-Una buena escuela para un actor joven -dijo el Profesor-. Aquí vería en qué se convierten de modo natural las excentricidades cuando se las deja a su aire. Hay ahí todos los trucos y todas las maneras del teatro inglés, agrandados en treinta diámetros, pero perfectamente identificables. ¿Cómo piensa usted describir eso?

-La ópera cómica japonesa del futuro todavía no ha sido escrita -contesté, grandilocuente-. Todavía no ha sido escrita, a pesar del *Mikado.* El tejón aún no se ha mostrado en el escenario inglés, y nunca se ha utilizado en él la máscara artística como accesorio legítimo del drama. Imagínese «El Gato del Trueno» como título de una ópera tragicómica. Empecemos con un gato doméstico poseedor de poderes mágicos que vive en la casa de un comerciante de té de Londres que le da puntapiés. Reflexione...

-Es muy tarde -fue la gélida respuesta-. Mañana iremos a escribir óperas en el templo que queda cerca de aquí.

El día siguiente trajo una fina llovizna. El sol, dicho sea de paso, ha estado oculto durante más de tres semanas. Nos condujeron al que debía ser el templo principal de Kobe y lo designaron con un nombre que no recuerdo. Es exasperante encontrarse delante de altares de una fe que se desconoce por completo. Hay ritos y ceremonias del credo hindú sobre los que todo el mundo ha leído alguna cosa y que muchos han presenciado,

Librodot

pero, ¿cómo rezan, aquí, ésos que contemplan al Buda, y qué culto se rinde en los altares sintoístas? Los libros dicen una cosa; los ojos, otra.

El templo parecía ser también un monasterio y un sitio donde reinaba una gran paz perturbada tan sólo por el parloteo de docenas de niños. Estaba retirado del camino, detrás de un macizo muro, en forma de una masa irregular de tejados acentuadamente inclinados, trabados fantásticamente en la cima, de color verde cobrizo allí donde la barda había madurado por el roce del tiempo y negro-gris mate en los alineamientos de tejas. Bajo los aleros, un hombre que creía en su Dios y, por ello, podía realizar un buen trabajo, había labrado su corazón en madera hasta hacerla florecer y expanderse en ondulaciones o rizarse en torbellinos de llamas vivas. En las afueras de Lahore se encuentra un laberíntico amontonamiento de tumbas y de galerías de claustro llamado Chubara de Chajju Bhagat, construido no se sabe cuándo y que está cayendo en ruinas sin que nadie lo impida. Aunque ese templo era grande e inmaculadamente limpio tanto por dentro como por fuera, el silencio y la quietud del lugar eran como los de los patios del lejano Punjab. Los sacerdotes habían hecho numerosos jardines en los ángulos de los muros; jardines de quizá cuarenta pies de largo por veinte de ancho, cada uno de los cuales, aun siendo diferente del contiguo, tenía un pequeño estanque con peces de colores, una o dos linternas de piedra, montecillos de rocas, piedras planas con inscripciones grabadas y un cerezo o un melocotonero en flor.

Diversos caminos empedrados cruzaban el patio y conectaban los edificios entre sí. En un recinto interno, donde se encontraba el más bonito de los jardi nes, había una tabla dorada de diez o doce pies de altura en la cual se recortaba, en un alto relieve de bronce martillado, la figura de una diosa de ropaje flotante. El espacio entre los caminos empedrados estaba aquí y allí sembrado de guijarros blancos como la nieve, y se había escrito, con guijarros blancos sobre rojo: «¡Cuánta felicidad!» Uno podía tomarse la cosa como quisiera; con un suspiro de satisfacción o con una interrogación desesperada.

El templo mismo, al que se llegaba por un puente de madera, estaba casi totalmente a oscuras, pero había la luz suficiente para que se vieran un centenar de atenuados esplendores, marrón y oro, de pantallas de seda devotamente pintadas. Si han visto alguna vez un altar budista donde el Señor de la Ley permanece sentado entre campanas doradas, viejos bronces, jarrones de flores y banderas de tapicería, empezarán a entender por qué la Iglesia Católica Romana prosperó tan poderosamente, en otro tiempo, en este país, y por qué prosperará en todas las tierras donde encuentre un complicado ritual ya existente. La gente amante del arte tendrá un Dios que habrá de ser propiciado con objetos bonitos; eso es tan seguro como que una raza criada entre rocas y pantanos y nubes borrascosas pondrá el altar de su deidad en la tormenta y la convertirá en el severo receptor del sacrificio del espíritu humano rebelde. ¿Recuerdan la historia del pueblo malo de Iquique? El hombre que me la contó me contó también otra, la del Pueblo Bueno de Alguna Otra Parte. También estos últimos eran sudamericanos sencillos sin nada que ponerse, que acababan de cantar misa a su manera en honor a su Dios en presencia de un padre jesuita de quijada azulada. En un momento crítico, alguien olvidó el ritual, o quizá un mono irrumpió en la santidad de aquel altar en el bosque y robó la única prenda de vestir del oficiante. De un modo u otro, ocurrió algo absurdo, y el Pueblo Bueno estalló en carcajadas y durante un rato se dedicó a divertirse.

-Pero, ¿qué dirá vuestro Dios? -preguntó el jesuita, escandalizado por tanta ligereza.

-¡Oh! Él lo sabe todo -le contestaron-. Sabe que nos olvidamos, y que no podemos prestar atención, y que lo hacemos todo mal, pero es muy sabio y muy fuerte.

-Bien, pero eso no os excusa.

-Claro que sí. Se tumba y ríe -dijo el Pueblo Bueno de Alguna Otra Parte; y se pusieron a arrojarse puñados de flores unos a otros.

Ya no recuerdo con qué guarda relación exactamente esta anécdota. Pero volvamos al templo. Oculta al fondo, detrás de una masa de magnificencia jaspeada, había una hilera de figuras muy familiares, con coronas de oro en la cabeza. Uno no espera encontrar, tan lejos en dirección este, a Krisna, el ladrón de manteca, y a Kali, la apaleadora de su marido. [36]

-¿Quiénes son ésos?

-Son otros dioses -dijo un joven sacerdote, que ahogaba una risa despectiva cada vez que se le preguntaba por su propio credo-. Son muy viejos. Vinie ron de la India en otros tiempos. Creo que son dioses indios, y no sé por qué están aquí.

Odio a la gente que se avergüenza de su propia fe. Había una historia relacionada con aquellos dioses, pero el sacerdote no quiso contármela, de modo que le dirigí un resoplido despectivo y seguí mi camino. Dicho camino me condujo directamente del templo al monasterio, hecho en su totalidad de pantallas delicadas, suelos pulidos y techos de madera marrón. Salvo por mis pisadas sobre las tablas no había ningún sonido en aquel sitio, hasta que oí a alguien respirar pesadamente detrás de una pantalla. El sacerdote hizo deslizarse hacia atrás lo que me había parecido una pared maciza, y descubrimos a un sacerdote muy viejo medio dormido sobre su calentador de manos de carbón. Así era el cuadro: el sacerdote con un vestido verde oliva, con la cabeza pelada, de plata pura, inclinada delante de una pantalla deslizante de papel aceitado blanco que dejaba pasar una luz plateada. A su derecha, una abollada bandeja de laca negra contenía la tinta india y los pinceles con que fingía trabajar. A la derecha de éstos, una mesa de bambú amarillo pálido sostenía un jarrón de porcelana estriada de verde oliva con una ramita de pino casi negra. Allí no había flores. El sacerdote era demasiado viejo. Detrás del sombrío cuadro se erguía un suntuoso altarcillo budista, oro y bermellón.

-Cada día hace una nueva pintura para esa pequeña pantalla -dijo el sacerdote joven, señalando primero a su anciano colega y después una pequeña tabla en blanco en la pared. El anciano se rió lastimosamente, se frotó la cabeza y me tendió su pintura de aquel día. Representaba una inundación en un terreno rocoso; dos hombres, en un bote, auxiliaban a otros dos que estaban subidos a un árbol medio sumergido en el agua. Incluso yo estaba en condiciones de asegurar que el artista había perdido su poder. Debía

[36] Entre las muchas figuras divinas del hinduismo, Kipling elige mencionar a *las* dos directamente asociadas al color negro de piel, y les atribuye comportamientos delictivos y desordenados; luego *él* (Kipling) se indignará porque *otro* (un joven sacerdote) no respeta a esas dos deidades negras y perturbadoras. Esa actitud ambigua de Kipling es todavía más reveladora de su vivencia inquieta y conflictiva de la negritud si se tiene presente la ambivalencia de significados de Krisna y Kali: Krisna («el Negro») tiene rasgos de *trickster* realiza diversos actos creativos mediante travesuras, imprudencias o excesos con los que compromete, subvierte o transgrede el orden establecido, *pero* con ello lo reorienta, lo perfecciona o lo reestructura; Kali («la Negra») es la forma o manifestación más popular de Parvati, la Hija del Himalaya; Kali, maligna y benéfica, ambas cosas en el grado extremo, objeto de violentas agitaciones emocionales entre sus devotos, suele ser representada como una mujer negra a la vez seductora y terrible: bellísima y desnuda, adornada con un collar de calaveras y un cinto de manos cortadas, sosteniendo la cabeza de un gigante que ella misma ha decapitado, y (éste es el detalle que Kipling finge tomarse a la ligera) pisoteando a su consorte, el dios Siva.

haber dibujado bien en la plenitud de la edad, porque una de las figuras del bote, inclinada sobre la borda, tenía acción y determinación; pero todo lo demás era confuso, y los trazos se habían desviado mientras la mano temblorosa erraba sobre el papel. No tuve tiempo de desear al artista una vejez placentera y una muerte dulce en la gran paz que lo envolvía, ya que el joven me alejó del altar y me mostró un segundo altar, más pequeño, encarado a estantes y más estantes llenos de tablillas de oro y laca cubiertas de caracteres japoneses.

-Son tablillas en memoria de los muertos -dijo, con una risita ahogada-. De vez en cuando el sacerdote reza aquí... por los muertos, ¿comprende?

-Perfectamente. En el país de donde vengo llaman a eso misas. Quiero irme y pensar en cosas. Pero usted no debería reírse cuando habla de sus creencias.

-¡Ja, ja! -profirió el joven sacerdote; y huí por los oscuros pasillos pulidos con pantallas marchitas a ambos lados, y llegué al patio principal, que daba a la calle, mientras el Profesor intentaba captar la fachada del templo con su cámara fotográfica.

Pasó una procesión, en columna de a cuatro, caminando pesadamente por el fango pastoso. No reían, lo cual me pareció extraño hasta que vi y oí a un grupo de mujeres vestidas de blanco que precedían a un pequeño palanquín de madera transportado sobre los hombros por cuatro portadores y sospechosamente liviano. Cantaban una canción a media voz, una canción quejumbrosa, llorosa, que yo sólo había oído una vez, muy lejos al norte de la india, de labios de un nativo que había sido desgarrado por un oso; no tenía ninguna esperanza de salvación, y cantaba su propio canto fúnebre mientras sus amigos lo transportaban.

-Haber, él, muerto -dijo el culí de mi rickshaw-. Fu-nie-ral.

Ya me había dado cuenta. Hombres, mujeres y niños invadían las calles y, cuando el canto fúnebre se extinguía, lo reemprendían. Las personas de medio luto se limitaban a llevar trozos de tela blanca en el hombro. Los parientes más cercanos del difunto vestían de blanco de pies a cabeza. « ¡Aho! ¡Ahaa! ¡Aho! », gemían, muy suavemente por temor a romper la cadencia de la lluvia; y desaparecieron. Todos salvo una mujer incapaz de sostener el paso de la procesión y que, por ello, avanzaba sola, canturreando, triste y suavemente, para sí misma: « ¡Aho! ¡Ahaa! ¡Aho! », susurraba.

Los niños del patio estaban arracimados alrededor de la cámara del Profesor. Pero un niño tenía sobre su inocente cabeza una muy mala enfermedad cutánea; tan mala que ninguno de los demás quería jugar con él; y permanecía en un rincón, sollozando y sollozando como si fuese a partírsele el corazón. ¡Pobre pequeño Gehazi!

4

Se explica de qué modo fui *transportado a Venecia bajo la lluvia, y cómo escalé una fortificación diabólica; una exposición de baratijas, y un baño. Acerca de la doncella y la puerta sin cerrojo, el agricultor y sus campos, y la fábrica de teorías etnológicas a velocidad de tren. Acaba en Kyoto.*

Hay mucha confusión en la alimentación de las ovejas.

(Christopher North)

-Véngase a Osaka -dijo el Profesor.

-¿Por qué? Estoy muy bien aquí, y para comer nos darán rodajas de langosta; de cualquier modo, llueve mucho, y nos mojaremos.

Muy a mi pesar (porque tenía la idea de falsificar el Japón a partir de una guía de viaje mientras seguía disfrutando de la cocina del Oriental de Kobe) me vi arrastrado a un rickshaw, bajo la lluvia, y transportado a una estación de tren. Ni siquiera los japoneses son capaces de conseguir que sus estaciones de tren sean bonitas, aunque hacen lo que pueden. Su método de tratar los equipajes está imitado de los americanos; sus líneas de vía estrecha, sus locomotoras y sus vagones son ingleses; el tránsito de viajeros está regulado con la precisión de las Galias, y los uniformes de sus funcionarios proceden de la trapería más cercana. En cuanto a los pasajeros, eran absolutamente deliciosos. Muchos de ellos eran europeos modificados y se parecían, más que a cualquier otra cosa, al conejo blanco dibujado por Tenniel [37] en la primera página de *Alicia en el país de las maravillas.* Vestían pulcros trajes de paño y abrigos color cervato y llevaban bolsos de señora de cuero negro con chapas de níquel. Sus cuellos de camisa, de papel prensado con celuloide, rodeaban el cuello en una circunferencia de al menos un pie, y calzaban zapatos del treinta y cuatro. En las manos (manos diminutas) llevaban guantes de algodón blanco, y fumaban cigarrillos que sacaban de menudas cajetillas. Era el joven Japón, el Japón de hoy.

-¡Wah! ¡Wah! Dios es grande -dijo el Profesor-. Pero es ajeno a la naturaleza humana que un hombre que, por instinto, se tumba en mullidos cojines lleve ropas europeas como si le perteneciesen. Si se fija, lo último que adoptan son los zapatos.

Una locomotora pintada de color lapislázuli que, accidentalmente, llevaba prendido detrás un tren mixto llegó perezosamente al andén justo entonces, y en tramos en un compartimento inglés de primera clase. No había ni doble techo, ni visillos, ni termoantídotos contrahechos; ninguna de esas cosas estúpidas. Era un auténtico vagón de la London and South-Western. Osaka está a cosa de dieciocho millas de Kobe y se encuentra en la boca de la bahía de Osaka. Se permite que el tren sobrepase las doce millas por hora y se salte todas las estaciones intermedias. Sepan ustedes que la vía férrea pasa entre las colinas y la orilla del mar y que la pendiente de descenso de las aguas es mucho más empinada que cualquier cosa que conozcamos entre Saharunpur y Umballa.[38] Los ríos y los torrentes bajan directamente de las colinas hasta lechos elevados que ellos mismos han formado, lechos que han de ser canalizados y cruzados por puentes de tablas o (tal vez en esto me equivoque) por túneles.

Las estaciones tienen tejados de tejas negras, muros rojos y suelos de hormigón, y la instalación entera, desde las palancas de señales hasta los vagones de mercancías, es inglesa. El color oficial de los puentes es un amarillo parduzco muy semejante al de un crisantemo marchito. El uniforme de los revisores consiste en una gorra de visera con franjas doradas, una levita negra con botones de cobre, de faldones muy largos, pantalones de pelo de camello negro trenzado, y botas de piel de cabra con botones. No se puede ser brusco con un hombre ataviado de ese modo.

[37] Las ilustraciones de John Tenniel (1820-1914) para la primera edición de *Alicia en el país de las maravillas* (1865), de Lewis Carroll (Charles Lutwidge Dodgson, 1832-1898), se han consagrado como las imágenes canónicas de esa obra.

[38] Itinerario en la India que lleva, desde llanos, hasta el Himalaya.

Fue el paisaje lo que nos hizo abrir los ojos. Imagínense una extensión de tierra negra, abundantemente cubierta de estiércol y trabajada casi exclusivamente con la azada y la pala; dividan su campo (visual) en parcelas de medio acre, [39] y tendrán una idea de cuál es la materia prima trabajada por el agricultor. Pero nada que yo pueda escribir les dará una idea del desenfreno de pulcritud que se manifiesta en esos campos, del complejo sistema de regadío y de la precisión matemática de los sembrados. No había mezclas de cultivos, ni pérdidas de espacio en senderos entre campos lindantes, ni ninguna diferencia en el valor de la tierra. El agua se encontraba en todas partes a menos de diez pies de la superficie, según atestiguaban las norias. En las laderas de las colinas, cada desnivel entre terrazas estaba afianzado limpiamente con piedras sin mezcla de mortero, y los bordes de los canales estaban recubiertos del mismo modo. El arroz verde era transplantado de modo muy similar a como se colocan las piezas en un tablero de damas; el té podían haber sido setos de jardín bien recortados; entre las hileras de mostaza el agua reposaba en los surcos como en una cubeta de madera, y el púrpura de las judías se dirigía hacia la mostaza y se detenía como cortado a regla.

En el lado del mar vimos una ristra casi continua de ciudades, abigarradas por chimeneas de fábricas; mirando tierra adentro, un centón verde, verde oscu ro y oro. El paisaje, incluso bajo la lluvia, era encantador, exactamente tal como las pinturas japonesas me habían hecho esperar que fuese. Un solo inconveniente nos vino a la mente, al Profesor y a mí al mismo tiempo. Los cultivos sólo alcanzan el límite máximo del rendimiento, en una tierra trabajada intensamente y salpicada de pueblos, si se da una condición.

-¿El cólera? [40] -dije, mirando una hilera de norias.

-El cólera -dijo el Profesor-. Ha de ser eso, ya sabe. Irrigación con aguas residuales.

Sentí de inmediato que me había hecho amigo de los agricultores. Esos caballeros de anchos sombreros, vestidos de azul, que cuidaban manualmente sus campos (salvo cuando tomaban prestado el búfalo del pueblo para tirar del arado en el lodazal del arroz) sabían qué significaba el Azote.

-¿Cuánto cree que saca el gobierno de huertos como ésos? -pregunté.

-Qué tontería -dijo él, tranquilamente-. ¿No pretenderá usted describir el régimen de tenencia de tierras del Japón? ¡Mire esa mostaza amarilla!

Se extendía en ondulaciones alrededor de la vía férrea. Subía por las colinas hasta los pinos oscuros. Se agolpaba tumultuosamente en los bancos de arena de los ríos pletóricos, y se desvanecía a lo lejos, milla tras milla, hasta la orilla del mar de plomo. Las casas picudas de tejados de barda pardos se hundían en ella hasta las rodillas, y sus oleadas llegaban hasta las chimeneas de las fábricas de Osaka.

-Gran sitio Osaka -dijo el guía-. Toda clase de manufacturas allí.

Osaka está construida dentro, encima y en medio de mil ochocientos noventa y cuatro canales, ríos, presas y acequias. [41] A qué responde la enorme multitud de chimeneas es algo que no sabría decir. Tienen algo que ver con el arroz y el algodón; pero no es buena cosa que los japoneses se entreguen a los negocios, y

[39] Unos 2.000 metros cuadrados; por ejemplo, 40 metros por 50.)

[40] Trate el lector de aceptar en clave de humor negro la idea de que el cólera abastece de abono a los campos por cuanto que produce fuertes diarreas.

[41] La cifra, por supuesto, es imaginaria.

me niego a decir que Osaka sea un «gran *entrepót* [42] comercial». «La gente que vive en casas de papel no debería vender mercancías», dice el refrán.

Debido a las muchas necesidades de la ciudad, sólo hay en Osaka un hotel para los ingleses, llamado Juter's. En él colisionan los puntos de vista de las dos civilizaciones y el resultado es horrendo. El edificio es enteramente japonés: madera, tejas y pantallas deslizantes de arriba abajo; pero el mobiliario es mezclado. Mi habitación, por ejemplo, contenía un *tokonoma* hecho de un tronco negro de palmera y de delicada marquetería que enmarcaba una pintura sobre pergamino que representaba unas cigüeñas. Pero en el suelo, encima de las esteras blancas, una alfombra de Bruselas producía hormigueos a los indignados dedos de los pies. Desde la veranda se dominaba el río, que corría recto como una flecha entre dos líneas de casas. En el Japón tienen ebanistas que se dedican a hacer que los ríos encajen dentro de las ciudades. Desde mi veranda podía ver tres puentes (uno de ellos era un espantoso montaje de enrejados) y parte de un cuarto. Estábamos en una isla y disponíamos de un embarcadero que nos permitía tomar un bote si nos apetecía.

À propos [43] del agua, tengan ustedes la amabilidad de escuchar una Historia Chocante. Está escrito en todos los libros que los japoneses, si bien son gente limpia, son un tanto relajados en sus costumbres. Se bañan a menudo, despojados de toda clase de ropa y juntos. Mi experiencia del país, obtenida en mi retiro en el Oriental Hotel de Kobe, hacía que me riese de semejante idea. En el Juter's pedí una bañera. Un hombre infinitesimal me hizo bajar de las verandas y luego subir a un hermoso local de baños rebosante de agua caliente y fría y arreglado con trabajos de ebanistería, situado en alguna parte en una solitaria galería exterior. Naturalmente, en la puerta no había más cerrojos que los que podría haber en un comedor. Eso no me hubiera importado si me hubieran protegido los muros de un gran baño europeo; pero me disponía a asearme cuando una linda doncella abrió la puerta y me hizo señas de que ella también iba a bañarse, en _la profunda bañera japonesa que se hundía a mi lado. Cuando uno va vestido tan sólo con su virtud y unas gafas, es difícil dar con la puerta en las narices a una muchacha. Ella se dio cuenta de que yo no me sentía feliz, y se retiró con una risita ahogada mientras yo daba gracias al Cielo, ruborizándome profusamente al mismo tiempo, por haber sido educado en una sociedad que incapacita a un hombre para los baños à *deux.*[44] Incluso una simple experiencia en los Swimming Baths [45] me hubiera sido de ayuda; pero llegaba directamente de la India y, por comparación con el Acteón que yo era, Lady Godiva era un dechado de pudor. [46]

Llovía como en el monzón, y el Profesor descubrió un castillo que debía visitar necesariamente.

---

[42] Almacén. Queda aquí añadido el acento circunflejo que falta en la palabra francesa del original inglés.

[43] Aunque la palabra *apropos* puede admitirse como inglesa, su empleo en cursiva sugiere que Kipling utiliza el término en francés, por lo que aquí se rectifica a su forma francesa, en dos palabras y con acento en la a. Quedará sin indicación en nota la utilización del mismo término en lo sucesivo.

[44] A dos, en pareja. En francés en el original.

[45] Establecimiento de baños y piscinas de Londres.

[46] Acteón fue despedazado por la jauría de perros de Artemisa, no exactamente por haberla visto desnuda a punto de bañarse, sino por haberse acobardado ante el esplendor de la desnudez de la diosa. Lady Godiva, en el año 1040, obtuvo un aligeramiento de las cargas fiscales impuestas a los habitantes de Coventry por su marido, Leofric, conde de Chester, cumpliendo al pie de la letra la condición que él le ponía para acceder a su petición: que se atreviera a pasear completamente desnuda por las calles de la ciudad; según una versión con la que aquí juega Kipling, Lady Godiva, por un pudor difícil de conciliar con su evidente afán exhibicionista, pidió a los habitantes de Coventry que se encerrasen en sus casas para no verla desnuda (cosa que hicieron todos menos uno, «*Peeping Tom*» [«Tom el mirón»]).

-Es el castillo de Osaka -dijo-; ha sido motivo de disputa durante cientos de años. Venga conmigo.

-Ya he visto castillos en la India. Raighur, Jodhpur... toda clase de castillos. Tomemos un poco más de salmón hervido. Es bueno en esta época.

-Tragón -dijo el Profesor.

Enhebramos nuestro camino por encima de los cuatro mil cincuenta y dos canales, etc., donde los niños jugaban con el agua de rápido curso sin que ninguna madre dijera «no hagas eso», hasta que nuestro rickshaw se detuvo delante del foso de una fortificación, de treinta pies de profundidad, y nos encaramos a gigantescos bloques de granito. Al otro lado del foso se erguían los muros de una fortaleza. Y, ¡qué fortaleza! La altura del muro era de cincuenta pies, y no había ni pizca de argamasa en todo aquello. La superficie no era perpendicular, sino curva como el espolón de un buque de guerra. En China conocen esa curva, y he visto que artistas franceses la introducen en libros que muestran una ciudad de Tartaria asediada por diablos. Quizá todo el mundo la conozca también, pero eso no es asunto mío, siendo la vida, como he dicho, completamente nueva para mí. La piedra era granito, y los hombres de otros tiempos la habían usado como si fuese arcilla. Los bloques tallados que perfilaban los ángulos tenían al menos veinte pies de largo, diez o doce de alto y otro tanto de grosor. No había ni rastro de ligazón, pero las junturas no tenían ningún defecto.

-¡Y los pequeños japoneses construyeron esto! -exclamé, amedrentado por las canteras que se erguían a mi alrededor.

-Albañilería ciclópea -gruñó el Profesor, golpeando con la punta del bastón un monolito de ochenta pies cúbicos-. No sólo lo construyeron; lo tomaron. Mire esto. ¡Fuego!

Las piedras estaban hendidas y bronceadas en algunos puntos, y las hendiduras eran obra del fuego. Debieron pasarlo mal, los ejércitos que asaltaron aquellos muros monstruosos. Conozco castillos en la India, y he visto fortalezas de grandes emperadores, pero ni Akbar en el norte ni Scindia en el sur habían construido de aquel modo, sin ornamentos, sin color, con la mirada clavada únicamente en la fuerza salvaje y la máxima pureza de la línea. Quizá la fortaleza parecería menos imponente a la luz solar. La atmósfera gris, cargada de lluvia, en que la vi armonizaba con su espíritu. Los barracones de la guarnición, la casa realmente primorosa del comandante, un jardín de melocotoneros y dos ciervos parecían ajenos a aquel sitio. Hubieran debido poblarlo gigantes de las montañas en vez de... gurkas. [47] Un soldado de infantería nipón no es un gurka, aunque podría confundírsele con uno siempre y cuando permaneciese inmóvil. El centinela del puesto de guardia pertenecía, creo, al 4° Regimiento. Su uniforme era negro o azul, con solapas rojas y charreteras de tela con el número del regimiento. La lluvia exigía un capote, pero, ¿por qué había de llevar mochila, manta, botas y prismáticos? Misterio, para mí, insondable. La mochila era de cuero de vaca con pelo y todo, las botas eran unas suelas sujetas con correas recortadas a ambos lados, y una pesada manta de campaña estaba enrollada en forma de U arriba de la mochila ajustada estrechamente a la espalda. En el sitio usualmente ocupado por la escudilla había una bolsa de cuero negro en forma de estuche de catalejo. Debe tratarse de un error mío, pero no puedo sino registrar la cosa tal como la vi. El fusil era un arma de culata plegable de alguna clase, y la bayoneta una espada de calidad nada común, sujeta a la boca del arma al estilo inglés.

[47] Grupo étnico que proporcionó al ejército colonial británico unas magníficas tropas de infantería. Aquí y en lo sucesivo, la palabra designa a los soldados de esas tropas.

Las cartucheras, hasta donde pude verlas por debajo del capote, seguían el cinto por delante y tenían sujeción doble por detrás. Unas polainas blancas (muy sucias) y una gorra picuda completaban el atuendo. Observé al hombre con interés, y hubiese profundizado en mi examen de no haber sido por el miedo a la enorme bayoneta. Sus armas estaban bien cuidadas (aunque no eran ni mucho menos inmaculadas), pero su uniforme hubiese hecho proferir juramentos a un coronel inglés; no había parte alguna del cuerpo, salvo el cuello, a la que pretendiera ajustarse. Eché un vistazo al cuerpo de guardia. Los abanicos y los primorosos juegos de té no van incluidos en la idea que uno tiene formada de los barracones. Un borracho, quebrantador empedernido de las reglas, de ciertos regimientos lejanos que podría nombrar, [48] no sólo hubiera despejado aquel cuerpo de guardia, sino que hubiera sacado de él todo el material movible, excepto los bastidores para los fusiles. Pero aquellos hombrecillos, que siempre eran amables y jamás se emborrachaban, montaban guardia encima de una pira que, tan sólo con una llamita azul en los baluartes, hubiera servido de puesto de guardia del Infierno.

Subí a la cima del fuerte y me vi premiado por un panorama de treinta millas de campo, sobre todo de mostaza amarillo pálido y de pinos azul verdoso, y por la vista de la ciudad de Osaka, muy grande, diluida en la bruma. El guía se recreó en las chimeneas de fábrica.

-Hay una exposición de «industrialidades» -dijo-. Vengan a ver.

Nos hizo bajar de aquel punto elevado y nos mostró la gloria del país en forma de sacacorchos, cacharros de hojalata, batidoras de huevos, cucharones, sedas, botones y todos los cachivaches que pueden meterse en un anuncio y venderse por cuatro perras. Los japoneses, por desgracia, hacen todas estas cosas para sí mismos, y están orgullosos de ellas. No tienen nada que aprender de Occidente en lo que se refiere al acabado y saben, por intuición, cómo ensamblar y presentar las mercancías con buen gusto. La exposición se hacía en cuatro grandes cobertizos que rodeaban un edificio central en el que sólo había pantallas, cerámica y productos de ebanistería prestados para la ocasión. Me alegró comprobar que la gente común no concedía ninguna atención a los cortaplumas, ni a los lápices, ni a la bisutería. Dejaban desiertos aquellos cobertizos y discutían en torno a las pantallas, tras quitarse los zuecos que el suelo entarimado quizá no hubiera podido sufrir. Entre todas las cosas llenas de gracia que vi, tan sólo dos permanecen en mi memoria; una de ellas era una pantalla en gris que representaba las cabezas de seis diablos animadas por la malicia y el odio; la otra era un audaz esbozo monocromo de un viejo leñador que luchaba con una rama de árbol doblada. Habían pasado doscientos años desde que el artista había dejado el lápiz, pero casi se oye gemir al fuerte tronco bajo el golpe del hacha mientras el anciano se entrega de lleno a su trabajo, respirando entrecortadamente. Una pintura de Legros [49] representa a un mendigo agonizando en una cuneta; podía haberse inspirado en aquella pantalla.

La mañana siguiente, después de una noche de lluvia que hizo correr el río a ocho millas por hora bajo los frágiles balcones, el sol atravesó las nubes. ¿Significa eso poca cosa para ustedes, que cuentan con él diariamente? [50] Yo no lo había visto desde marzo, y

[48] Alusión a los soldados Mulvaney, Ortheris y Learoyd, personajes de muchos relatos de Kipling, que los había hecho aparecer por primera vez en «*The Three Musketeers*», publicado en la *Civil and Military Gazette* de Lahore el 11 de marzo de 1887. En ese relato, los tres soldados pertenecen a «un regimiento de línea» no especificado del ejército colonial británico en la India.

[49] El pintor y grabador de origen francés Alphonse Legros (1837-1911) se había naturalizado inglés en 1876 y residía en Londres.

[50] Recuérdese que Kipling se dirige a británicos residentes en la India.

empezaba a sentirme inquieto. Entonces el país de los melocotoneros en flor desplegó sus alas embarradas y se regocijó. Todas las lindas muchachas se pusieron sus más primorosos cintos de crespón (marrón pálido, rosas, azules, naranjas y lilas), y todos los niños recogieron cada cual a un niño más pequeño y salieron a ser felices. En el florido jardín de un templo realicé el milagro de Deucalión con dos centavos de golosinas. [51] Los niños se agolparon instantáneamente hasta que, por miedo a hacer acudir también a las madres, me abstuve de darles más. Sonreían e inclinaban graciosamente la cabeza, y trotaban detrás de mí, en un grupo de cuarenta, ayudando los mayores a los más pequeños y estos últimos saltando dentro de los charcos. Un niño japonés jamás llora, jamás empuja, jamás se pelea, y jamás hace pasteles de barro salvo si vive a orillas de un canal. Con todo, para que no se deshaga su cinto de lazo y no se convierta antes de tiempo en un ángel desnudo, la Providencia ha decretado que el niño japonés no se suene jamás la naricita; jamás. A pesar de ese defecto, me gusta.

No había negocios aquel día en Osaka, debido a la luz del sol y al florecer de los árboles. Todo el mundo fue a alguna casa de té con las amistades. Yo también fui, pero antes recorrí la avenida, bordeando el río, con el pretexto de ver la Casa de Moneda. Ésta era tan sólo un edificio común de macizo granito desde el cual ponen en circulación dólares y demás basura de esa clase. A lo largo de toda la avenida, los cerezos, melocotoneros y ciruelos, rosa, blanco y rojo, se tocaban con las ramas y formaban una franja de una suave tonalidad aterciopelada hasta donde alcanzaba la mirada. Los sauces llorones eran el ornamento habitual de las orillas, y aquel desenfreno de flores era tan sólo una parte de la prodigalidad de la primavera. Tal vez la Casa de Moneda pueda hacer cien mil dólares diarios, pero toda la plata que contiene es incapaz de dar la réplica a las tres semanas del florecer de los melocotoneros que, incluso por encima de los crisantemos, son la corona y gloria del Japón. Por algún acto de virtud sobresaliente en alguna vida anterior, me ha sido concedido dar de lleno en esas tres semanas.

-Es la fiesta japonesa de la flor del cerezo -dijo el guía-. Todo el mundo la celebrará. También rezarán e irán a los jardines de té.

Emparedemos a un inglés, de pies a cabeza, con cerezos en flor y al cabo del primer día empezará a quejarse del olor. Como ustedes ya saben, los japone ses organizan muchas de sus festividades en honor de las flores, y esto es sin duda recomendable, porque las flores son las divinidades más tolerantes.

El sistema de las casas de té de los japoneses me llenaba de un placer que no lograba entender enteramente. Es rentable, para una empresa en Osaka, cons truir en las afueras de la ciudad una pagoda de madera y de hierro de nueve pisos, rodearla de complicados jardines, y colgar allí, en todas partes, ristras de linternas rojo sangre, porque los japoneses acudirán a cualquier sitio donde haya una buena vista para sentarse en esteras y discutir sobre té, dulces y *saki*. Esa Torre Eiffel, a decir verdad, es cualquier cosa menos bonita, pero la redime lo que la rodea. Aunque no estaba del todo terminada, [52] los pisos inferiores estaban llenos de servicios de té y de bebedores de té. Hombres y mujeres admiraban, obviamente, el paisaje. Es asombroso ver a un oriental dedicado a eso; es algo así como si hubiera robado alguna cosa a un sahib.

[51] El milagro de Deucalión (el equivalente griego de Noé) fue repoblar la tierra, después de un diluvio exterminador, tirando al suelo piedrecillas de las que iban brotando seres humanos.

[52] Lo mismo podía decirse de la verdadera Torre Eiffel, que se encontraba entonces en la última fase de su construcción.

En Osaka, la fascinante Osaka fangosa, cortada por canales, el Profesor, Mister Yamaguchi (el guía) y yo tomamos el tren hacia Kyoto, que está a una hora de Osaka. Durante el trayecto vi cuatro búfalos en otros tantos arrozales, cosa tan notable como inútil. Un búfalo acostado puede cubrir la mitad de un campo japonés; pero tal vez los guardan en las laderas de las montañas y sólo los bajan cuando los necesitan. El Profesor dice que eso que yo llamo búfalo es en realidad un buey. Lo peor de viajar con un hombre preciso es su precisión. En el tren discutimos acerca de los japoneses, acerca de su presente y su futuro y del modo como se habían alineado junto a las grandes naciones de la tierra.

¿Herirá mucho sus sentimientos el llevar nuestras ropas? ¿No se rebelarán cuando se ponen pantalones por primera vez? ¿Se harán razonables algún día y abandonarán las vestimentas extranjeras? Ésas eran algunas de las preguntas que dirigí al paisaje y al Profesor.

-El japonés era un niño -dijo este último-, un niño grande. Pienso que su sentido del humor estuvo en el fondo del cambio, pero que no sabía que cuando una nación se pone pantalones una vez ya nunca se los quita. Como sabe, el Japón «ilustrado» tiene sólo veintiún años, [53] y la gente no es demasiado sensata a los veintiún años. Lea *El Japón,* de Reed, y entérese de cómo se produjo el cambio.[54] Éranse una vez un Mikado y un Shogun, que era Sir Frederick Roberts, [55] pero intentó hacerse virrey y...

-¡Al diablo el shogun! He visto la clase de los mercaderes y la clase de los agricultores. Lo que quiero ver es la clase de los *raiputs,* [56] al hombre que llevaba esos millares y millares de espadas a las tiendas de curiosidades. Esas espadas estaban hechas para ser utilizadas, tanto como un sable *raiputana.* ¿Dónde están los hombres que las utilizaban? Muéstreme a un samurai.

El Profesor no respondió ni una palabra, limitándose a examinar atentamente las cabezas en los andenes.

-Yo diría que la frente arqueada, la nariz ganchuda y los ojos juntos (el tipo español) son la cepa de los *raiputs,* mientras que el japonés con cara de alemán es el *khattri,* la clase más baja.

Así seguimos hablando en torno a la naturaleza y las inclinaciones de unos hombres de los que nada sabíamos, hasta que concluimos: 1) que la fastidiosa corte sía de la nación japonesa surgió del hábito, difundido y ostentoso, abandonado tan sólo hace veinte años, de llevar espada, del mismo modo que el *raiput* es la flor de la cortesía debido a que sus colegas van armados; 2) que esa cortesía desaparecerá dentro de una generación, o al menos estará seriamente deteriorada; 3) que el japonés culto cortado al patrón inglés se corromperá y contaminará los gustos de sus vecinos hasta que 4) el Japón en su conjunto deje de existir como nación separada y se convierta en una dependencia de América

[53] La restauración del poder imperial, en la revolución Meiji contra el régimen semifeudal del shogunato, fue proclamada el 3 de enero de 1868.

[54] Talbot Baines Reed (1852-1893) era un célebre autor de cuentos infantiles, al modo del comienzo de los cuales está redactada, en clave burlesca, la frase siguiente

[55] Mikado («Casa Celeste»): el emperador del Japón. Shogun: cada uno de los generales en jefe que, durante un milenio, hasta la revolución Meiji de 1868, detentaron el poder político supremo en el Japón, con los emperadores reducidos a un papel que en ocasiones ni siquiera alcanzaba un simple nivel protocolario. El general Sir Frederick Roberts (1832-1914) era entonces (lo fue de 1885 a 1893) el comandante en jefe de las fuerzas británicas en la India.

[56] Raiputs: guerreros y gobernantes indios.

dedicada a la fabricación de botones; 5) que, siendo así las cosas, y siendo seguro que ocurrirán en menos de doscientos o trescientos años, el Profesor y yo estábamos de suerte por haber llegado a tiempo al Japón; y 6) que era absurdo construir teorías acerca del país antes de haberlo visto mínimamente.

A eso llegamos a la ciudad de Kyoto bajo un sol regio, templado por una brisa que formaba remolinos de flores de cerezo en las calles. Una ciudad japonesa, al menos en las provincias del sur, es muy parecida a cualquier otra en su aspecto: un mar gris-negro de tejados salpicado por los muros blancos de los almacenes a prueba de incendios en los que los mercaderes y los hombres ricos guardan sus principales tesoros. El nivel general queda roto por los tejados de los templos, de aleros fruncidos, que se parecen remotamente a los sombreros terai. Kyoto ocupa una llanura casi enteramente rodeada de colinas boscosas, de aspecto familiar para quienes hayan visto los Sewalik. [57] Hubo un tiempo en que fue la capital del Japón, y tiene hoy doscientos cincuenta mil habitantes. Su trazado es parecido al de una ciudad americana. Todas las calles se cortan en ángulo recto. Eso, dicho sea de paso, es lo que hacemos el profesor y yo. Elaboramos la teoría del pueblo japonés y no logramos ponernos de acuerdo.

5

Kyoto, y cómo me enamoré allí de la principal beldad después de conferenciar con determinados mercaderes chinos que traficaban en té. Se expone también cómo, en un gran templo, quebranté el décimo mandamiento en cincuenta y tres sitios distintos y me incliné delante de Kano y de un carpintero. Me llevan a Arashima.

> «Si pudiese escribir las cosas que estoy viendo,
> los míos correrían para mirar conmigo.
> Mas, al fallar la pluma traicionera
> para pintar el encanto sin velos de la tierra,
> sólo puedo rogar a los míos, cuando lean:
> desplace, pródiga, la Voluntad al Acto extenuado.»

Compartimos con sesenta miembros de la estirpe de los sahibs el hotel más curioso que jamás se haya visto. Se alza en la ladera de la colina que domina toda la ciudad de Kyoto, y su jardín es auténticamente japonés. Árboles de té fantásticamente recortados, enebros, pinos enanos y cerezos se mezclan con estanques de peces de colores, linternas de piedra, extraños trabajos en roca y céspedes aterciopelados, todo ello en una pendiente de treinta y cinco grados. Detrás de nosotros los pinos, rojos y negros, cubren la colina y bajan por un largo espolón hasta la ciudad. Pero el catálogo de un subastador sería insuficiente para describir los encantos del sitio o tratar con justicia el jardín de té, lleno de cerezos, que se extiende treinta pies debajo del hotel. Nos aseguraron solemnemente que prácticamente nadie visitaba Kyoto. Será por eso que nos hemos encontrado con absolutamente todos los pasajeros del barco con el que habíamos llegado a Nagasaki; y también por eso qué nuestros oídos son constantemente asaltados por el clamor de la gente que discute los

[57] Cadena de montes de los contrafuertes del sur del Himalaya.

sitios que hay que «hacerse»; un inglés es una persona realmente horrible cuando entra en el sendero de guerra; lo mismo es aplicable a un americano, un francés o un alemán.

Había contemplado el sol del atardecer sobre los árboles de la ciudad, los cambios y los juegos de colores en la atestada avenida de los cerezos, y canturreaba para mí porque el cielo era azul y yo estaba vivo debajo de él con un par de ojos en la cabeza.

En cuanto el sol se hubo puesto detrás de las colinas el aire se hizo cortantemente frío, pero la gente de los cintos de crespón y de las chaquetas de seda no interrumpieron sus tranquilos retozos. El día siguiente habría una gran ceremonia en honor a la flor del cerezo en el templo principal de Kyoto, y se preparaban para ella. Cuando la luz se extinguió en un baño escarlata, lo último que vi fue un friso de tres niñitos japoneses, con flotantes moños altos y anchos cintos, que intentaban colgarse cabeza abajo de una barra de bambú. Lo lograron, y el ojo soñoliento del día los contempló solemnemente al cerrarse. ¡El efecto, en *silhouette*,[58] era inmenso!

Un grupo de mercaderes de té chinos se habían reunido en la sala de fumadores después de la cena y, naturalmente, hablaron de su trabajo, lo cual no carecía de interés. Su lenguaje no es Nuestro [59] lenguaje, ya que no saben nada de los jardines de té, del capataz que se rompe la clavícula justo en la época de más trabajo, ni de las enfermedades que golpean a los culíes más o menos al mismo tiempo. Son hombres felices que obtienen su té reventando un millar de cajas que llegan del interior del país y juegan con él en los mercados de Londres. Con todo, tienen un muy saludable respeto por el té indio, al que detestan cordialmente. He aquí la clase de argumentación que un hombre de Fuchow, un gran comprador al por mayor, me lanzó a través de la mesa.

-Puede decir usted lo que quiera sobre sus tés indios, Assam y Kangra, o como sea que los llame, pero *yo le* digo que si alguna vez llegan a entrar con fuerza en Inglaterra los médicos se les echarán encima, caballero. Serán prohibidos médicamente. Ya lo verá. Le destrozan a uno los nervios. Son impropios para el consumo humano, eso es lo que son. Claro que no niego que en Inglaterra se vendan. Pero no se conservan. Al cabo de tres meses, las clases de té que he visto en Londres se convierten en paja.

-Creo que se equivoca -dijo un hombre de Hanchow-. La experiencia me dice que los tés indios se conservan mejor que los nuestros, y con gran ven taja. Pero -añadió, volviéndose hacia mí-, si pudiésemos tan sólo conseguir que el gobierno de China eliminase los impuestos aduaneros, podríamos aniquilar el té indio y todos los tés emparentados con él. Podríamos ofrecer té en Mincing Lane a tres peniques la libra. No, no adulteramos nuestros tés. Ése es uno de sus trucos en la India. Los conseguimos tan puros como los suyos; cada caja que se abre es tan buena como la muestra.

-Entonces, ¿pueden ustedes confiar en sus proveedores indígenas? -interrumpí.

-¿Confiar en ellos? Claro que podemos -incidió el mercader de Fuchow-. En China no hay jardines de té tal como usted los concibe. Los campesinos cul tivan el té, y los compradores se lo compran al contado en cada estación. Uno puede dar a un chino cien mil dólares y decirle que los convierta en té del tipo que a uno le conviene; el té será como la muestra. El hombre, claro está, puede ser un bribón de siete suelas en muchos aspectos, pero sabe que no le conviene hacer tonterías con una empresa inglesa. A uno le

[58] Silueta. En francés en el original.

[59] «Nuestro» o «Nosotros», en mayúscula, aquí y en lo sucesivo alude a los ingleses.

llega el té; mil medias cajas, digamos. Uno abre tal vez cinco, y el resto van a Inglaterra sin ser revisadas. Pero todas son iguales a la muestra. Así se hacen los negocios.

El chino es un mercader nato y un hombre de temple. Me gusta en lo que toca a los negocios. El japonés no sirve para nada. No es hombre capaz de manejar cien mil dólares. Muy posiblemente huiría con ellos... o al menos lo intentaría.

-El japonés no tiene madera para los negocios. Dios sabe que odio a los chinos -dijo una voz desde detrás de una humareda de tabaco-, pero se pueden hacer negocios con ellos. El japonés es un insignificante mercachifle que no ve más allá de sus narices.

Pidieron bebida y contaron historias, aquellos mercaderes de China; historias de dinero, de balas y cajas de té, pero en todas sus historias había un sesgo implícito favorable a la aptitud indígena que, aun admitiendo las peculiaridades de China, resulta sorprendente. «El comprador hizo esto; Ho Wang hizo aquello; un sindicato de banqueros hizo aquello otro», y así todo. Me pregunté si una cierta indiferencia señorial en cuanto a los detalles tenía algo que ver con las rarezas y las fluctuaciones de calidad en los mercados del té de China, que se producen a pesar de todo lo que aquellos hombres decían en sentido contrario. Además, los mercaderes hablaban de China como un país donde se hacen fortunas, un país que sólo espera a ser abierto para devolver ciento por uno. Me hablaron del gobierno inglés, que ayudaba al comercio privado, de manera amable y discreta, para lograr una influencia más firme sobre los contratos del Departamento de Obras Públicas que ahora escapan al extranjero. Era agradable oír eso. Pero lo más extraño de todo era el tono de esperanza y casi de satisfacción que henchía sus palabras. Eran hombres acomodados que ganaban dinero, y les gustaba su modo de vivir. Ya saben ustedes que, cuando dos o tres de Nosotros nos reunimos en nuestro país estéril y pobre, gemimos a coro y nos desconsolamos. El civil, el militar y el mercader son todos iguales en eso. El primero está abrumado de trabajo y arruinado por el cambio de moneda, el segundo es un mendigo encuadrado en una fuerte organización, y el tercero un don nadie que está siempre en desacuerdo con aquello que él considera un gobierno académico. Sabía, de algún modo, que Nosotros éramos una comunidad siniestra y miserable en la India, pero sólo conocí la medida de Nuestra caída cuando escuché a hombres que hablaban de fortunas, éxito, dinero, y del placer, la buena vida y los frecuentes viajes a Inglaterra que ese dinero permite. No parecía que sus amigos muriesen a una velocidad innatural, y su riqueza les permitía soportar con tranquilidad las calamidades del Intercambio. Sí; nosotros, los de la India, somos gente desdichada.

Muy temprano, al alba, antes de que los gorriones se despertasen en sus nidos, un sonido en el aire me sacó, asustado, de mi virtuoso sueño. Era un murmu llo balbuceante, muy profundo y completamente extraño. «Es un terremoto, y la ladera de la colina empieza a deslizarse», me dije, adoptando medidas de defensa. El sonido se repitió una y otra vez hasta que llegué a la conclusión de que, si era precursor de un terremoto, el asunto se había detenido a mitad de camino. Durante el desayuno hubo gente que dijo: «Era la gran campana de Kyoto, justo al lado del hotel, un poco más arriba en la colina. Como campana, saben, resulta más bien un fracaso, desde el punto de vista inglés. No la hacen sonar adecuadamente, y el volumen del sonido es comparativamente insignificante».

-Eso me pareció así que la oí -dije, indiferente; y me fui colina arriba bajo la luz del sol que llenaba el corazón y los árboles, que llenaba de alegría los ojos. Ya conocen ustedes el placer sin mezcla de esa primera mañana clara en el Himalaya, cuando el ocioso tiene por delante todo un mes de pereza total y el aroma de los cedros se mezcla con el del cigarro de la meditación. Ésa era mi situación mientras caminaba por la hierba alta

manchada de violetas y pasaba por pequeños cementerios japoneses olvidados, de columnas rotas y losas cubiertas de líquenes, hasta encontrar, en un corte en la ladera, la gran campana de Kyoto: veinte pies de bronce verde colgados en un cobertizo de tejado extravagante hecho de vigas de madera. Una viga, dicho sea de paso, es una viga en el Japón; cualquier cosa que tenga menos de un pie de ancho es un simple palo. Esas vigas estaban hechas del grueso de los troncos de grandes árboles y unidas con bronce y con hierro. Un leve golpe de nudillo en el borde de la campana (no estaba a más de cinco pies del suelo) hacía jadear pesadamente al gran monstruo, y un bastonazo desencadenaba cien ecos de voces agudas alrededor de las tinieblas de su cúpula. A un lado, sujeto por media docena de pequeños cables, colgaba un ariete, una barra de doce pies ceñida de hierro cuya nariz apuntaba de lleno a un crisantemo en alto relieve en las entrañas de la campana. Entonces, por un favor especial de la Providencia, que cuida siempre de los perezosos, empezaron a sonar sesenta campanadas. Media docena de hombres balanceaban el ariete hacia atrás y hacia delante, entre gritos y alaridos, hasta conseguir la distancia suficiente, y las cuerdas, al soltarse, lo estrellaban contra el crisantemo. El rugido del bronce golpeado era tragado por la tierra, debajo, y por la colina, detrás, de modo que su volumen no era proporcionado al tamaño de la campana, exactamente tal como habían dicho los hombres. Un campanero inglés le hubiera sacado tres veces más partido. Pero también hubiera perdido la vibración sostenida que corría a través de las rocas y los pinos en un radio de veinte metros, sacudía el cuerpo de quien la oía y se extinguía bajo sus pies como el estruendo de una explosión distante. Soporté veinte campanadas y me alejé, nada avergonzado de haber tomado aquel sonido por un terremoto. Muchas veces, desde entonces, he oído hablar a la campana desde lejos. Dice B-r-r-r, desde lo más hondo de su garganta, pero cuando se ha captado su sonido una sola vez ya nunca se olvida. Y he aquí lo que tenía que decir de la gran campana de Kyoto.

Desde la casa de la campana una escalera cortada en roca le lleva a uno, ladera abajo, hasta el templo de Chion-in, [60] al que llegué el domingo de Pascua justo antes del servicio, a tiempo para ver la procesión de la Flor del Cerezo. Más o menos al mismo tiempo celebran un servicio especial en un sitio llamado San Pedro, en Roma, pero los sacerdotes de Buda superaban a los sacerdotes del Papa. He aquí cómo se desarrolló la cosa. La fachada principal del templo tenía una longitud de trescientos pies, una profundidad de cien y una altura de sesenta. Un solo tejado cubría el conjunto y, salvo por los azulejos, no había piedra en la estructura; tan sólo madera vieja de trescientos años, dura como el hierro. Las columnas que sostenían el techo tenían diámetros de tres pies, cuatro pies y cinco pies, y estaban vírgenes de toda pintura. Mostraban el grano natural de la madera hasta perderse en las ricas tinieblas marrón, allá arriba. Las traviesas eran de madera granosa de gran riqueza; madera de cedro, y madera de alcanfor, y corazones de pinos gigantes habían sido requisados para la gran obra. Un carpintero (se limitan a llamarlo «un carpintero») había proyectado el conjunto, y su nombre sigue siendo recordado. La mitad del templo estaba separada de la congregación por una reja de dos pies sobre la cual se habían arrojado sedas de antiguos diseños. Al otro lado de la reja estaban todos los objetos religiosos, pero no puedo describirlos. Todo lo que recuerdo es una hilera tras otra de pequeñas plataformas de laca, cada una de las cuales sostenía un volumen enrollado de escritos sagrados; un altar tan alto como un órgano de catedral en el que el oro competía con el color, el color con la laca y la laca con las incrustaciones; y velas iguales a las que la Santa Madre Iglesia utiliza tan sólo en sus días más solemnes

[60] Sede de la congregación o secta budista (rama amidista) de la Tierra Pura, la tumba de cuyo fundador, el monje y predicador Heinen (1133-1212), se encuentra en ese templo. Kipling no exagerará con las dimensiones del templo, cuya puerta principal es la de mayor altura del Japón, con 25 metros.

despedían una luz amarilla que lo suavizaba todo. Incensarios de bronce con formas de dragones y diablos humeaban a la sombra de banderas de seda detrás de las cuales ascendían hasta la viga maestra arabescos de madera tan delicados como los dibujos del hielo en el. cristal de una ventana. Sólo que en aquel templo no había ningún techo visible. La luz se extinguía por debajo de las monstruosas vigas, y podíamos haber estado en una caverna a cien metros bajo tierra de no haber sido por la luz del sol y el cielo azul en los portales donde los niños reñían y gritaban.

Doy mi palabra de que intenté tomar nota fríamente de lo que tenía delante, pero la mirada se cansaba y el lápiz se extraviaba en exclamaciones fragmentarias. Pero, ¿qué hubieran hecho ustedes de haber visto lo que yo vi cuando giré por la veranda del templo hasta algo que tendremos que denominar una sacristía en la parte trasera? Era un gran edificio conectado al edificio principal por un puente de madera de color marrón, oscurecido y pulido por el tiempo. De un lado a otro del puente estaba tendida una línea de esteras de color azafrán a lo largo de la cual, muy lenta y solemnemente, como era propio de su alto oficio, desfilaban cincuenta y tres sacerdotes, todos ellos vestidos con al menos cuatro piezas de brocado, crespón y seda. Había sedas que no ven la luz en los mercados y brocados que sólo conocen los guardarropas de los templos.

Había seda verde mar tornasolada con dragones de oro; crespones terracota con crisantemos blanco marfil arracimados; seda con rayas negras cruzadas por llamas amarillas; seda lapislázuli con peces de plata; seda venturina con placas gris verdoso incrustadas; tela de oro sobre sangre de dragón; y seda azafrán y marrón endurecida como el cartón por los bordados. Volvimos al templo, lleno ahora de los magníficos tejidos. Las pequeñas plataformas de laca eran los atriles de los sacerdotes. Algunos se colocaron entre ellos, mientras otros se movían muy suavemente alrededor de los altares dorados y de los incensarios; y el sumo sacerdote se instaló, dando la espalda a la congregación, en una silla de oro sobre la cual su ropa temblaba como los élitros de una cicindela.

En medio de un silencio solemne se desenrollaron los libros, y los sacerdotes se pusieron a canturrear textos en pali [61] en honor del Apóstol de la Renuncia al Mundo, que había escrito que no debían llevar oro ni colores mezclados, ni tocar los metales preciosos. De no ser por algunos accesorios de poca importancia del estilo de unas imágenes entrevistas de grandes hombres (pero ésos hubieran podido llamarse santos), la escena podría haberse desarrollado en una catedral católica romana; digamos en la rica catedral de Arundel. Esa misma idea estaba en otras mentes, ya que, en una pausa del lento canturreo, una voz, detrás de mí, susurró:

> «Oír el murmullo bendito de la misa
> y ver a Dios hecho y comido todo el día.» [62]

Era un hombre de Hong-Kong, muy irritado porque tampoco a él le habían permitido fotografiar un interior. Llamaba a todo aquel esplendor de ritual y de galas simplemente «un interior», y se vengaba escupiendo sobre Browning.

[61] Lengua litúrgica del budismo *sherawada.*

[62] «To hear the blessed mutter of the mass / And see God made and eaten all day long.» Versos de Robert Browning (1812-1889) en Men and Women [Hombres y mujeres], 1855.

El canturreo se hizo más rápido cuando el servicio se acercaba a su fin y los cirios daban menos luz.

Fuimos a otras partes del templo, perseguidos por el coro de los devotos, hasta quedar fuera del alcance de las voces en un paraíso de pantallas. Hace doscientos o trescientos años vivía un pintor llamado Kano. Él fue el llamado al templo de Chion-in para embellecer las paredes de las habitaciones. Dado que una pared es una pantalla, y que una pantalla es una pared, Kano, de la *Royal Academy,* se vio encarado a un trabajo muy considerable. Pero le ayudaron discípulos e imitadores, y acabó por dejar unos cuantos centenares de pantallas que, todas ellas, son pinturas acabadas. Como ustedes ya saben, el interior de un templo es muy simple en su disposición. Los sacerdotes viven sobre esteras blancas, en habitaciones pequeñas de techo marrón que pueden transformarse a voluntad en una sola habitación grande. Ésa era también la disposición en Chion-in, aunque las habitaciones eran comparativamente espaciosas y daban sobre suntuosas verandas y corredores. Dado que el emperador visitaba el sitio de vez en cuando, se había reservado para él una habitación de esplendor más que ordinario. Borlas de seda trenzada de intrincado diseño ocupaban el lugar de cerrojos para desplazar las pantallas deslizantes, y la marquetería estaba lacada. Mis palabras son débiles y no está a mi alcance expresar el reposo que impregnaba todo aquello, ni tengo el poder de conseguir el efecto deseado con un leve movimiento de muñeca. El gran Kano dibujó faisanes ateridos, apiñados en una rama de pino cubierta de nieve; o un pavo real orgulloso, desplegando la cola para deleitar a su gente femenina; o una ebullición de crisantemos desbordando de un jarrón; o figuras de campesinos y campesinas, ajados por el trabajo, volviendo del mercado; o una escena de caza al pie del Fujiyama. El carpintero, igualmente grande, que construyó el templo enmarcó cada pintura con absoluta precisión debajo de un techo que era un milagro de ingenio, y el Tiempo, el artista más grande de los tres, había tocado el oro para que se hiciera ámbar y la marquetería para que adquiriese un color más oscuro, y la superficie reluciente de la laca para que se hiciera profunda, rica y semitransparente. Tal era una habitación, tales eran todas las demás. A veces nos deslizábamos detrás de las pantallas y descubríamos a veces a un menudo acólito que rezaba sobre un incensario, y a veces a un sacerdote flaco que comía arroz; pero en general las habitaciones estaban vacías, barridas y ornamentadas.

Artistas menores habían trabajado con Kano el magnífico. Se les había permitido aplicar sus pinceles a paneles de madera en las verandas exteriores, y se habían esmerado esforzadamente. No fue sino cuando el guía dirigió mi atención hacia ellos que descubrí numerosos esbozos monocromos en la parte más baja de las puertas de las verandas. Una flor de lis quebrada por la caída de una rama arrancada por un mono insolente; una caña de bambú inclinada bajo el viento que riza un lago; un guerrero de otros tiempos preparando una emboscada contra un enemigo en un bosquecillo, espada en mano, con la boca fruncida en su intensa concentración, eran algunas de las muchas notas con que topó mi mirada. ¿Cuánto tiempo creen ustedes que se conservaría sin deterioro, en nuestra civilización, un dibujo a la sepia si estuviese colocado en el panel inferior de una puerta, o en un estante en el pasadizo de una cocina? En este país apacible un hombre puede agacharse y escribir su nombre en el polvo mismo con la seguridad de que, si su escritura está trazada con habilidad, los hijos de sus hijos la dejarán perdurar reverentemente.

-Naturalmente, hoy no se hacen templos como ése -dije, cuando volvimos a la luz del sol, mientras el Profesor intentaba dilucidar cómo las pinturas de los paneles y de las pantallas de papel armonizaban tan bien con la oscura dignidad de la maciza obra en madera.

-Están construyendo un templo al otro lado de la ciudad -dijo Mister Yamaguchi-. Vengan a ver las redecillas de cabello que cuelgan allí.

Volamos en nuestros rickshaws a través de Kyoto hasta que vimos, enredado en cien telarañas de andamiajes, un templo todavía mayor que el gran Chion-in.

-Se incendió hace tiempo... el viejo templo que está ahí, ¿saben? Entonces se hizo una suscripción en todas partes del Japón, y los que no podían enviar di nero enviaron su cabello para que lo convirtieran en cuerdas. Hace diez años que se está construyendo este nuevo templo. Es todo de madera -dijo el guía.

Aquel sitio estaba vivo de hombres que daban los toques finales a la gran techumbre de tejas y cubrían los suelos. Columnas de madera tan gigantescas, esculturas tan extravagantemente trabajadas, aleros tan intrincados en su moldeado y junturas tan perfectas como todo lo que habíamos visto en el templo de Chion-in me salían al encuentro en cada recodo. Pero la madera, recién cortada, era blanco cremoso y limón, mientras que en el otro edificio era dura como el hierro y de color marrón. Tan sólo los extremos de los maderos estaban recubiertos de laca blanca para evitar las incursiones de los insectos, y la tracería más profunda estaba protegida de los pájaros por finas redes de alambre. Todo lo demás era madera, hasta las macizas vigas ensambladas y roblonadas de los cimientos, que examiné a través de aberturas en el suelo.

Los japoneses son un gran pueblo. Sus albañiles juegan con la piedra, sus carpinteros con la madera, sus forjadores con el hierro, y sus artistas con la vida, la muerte y todo lo que pueda captar la mirada. Benévolamente les ha sido negado, en su carácter, el último toque de firmeza que les capacitaría para jugar con el universo entero. Nosotros poseemos eso; Nosotros, la nación de las lámparas de vidrio floreadas, de las esteras de lana rosa, del perrito de porcelana rojo y verde y de la funesta alfombra de Bruselas. Es nuestra compensación...

-¡Templos! -dijo un hombre de Calcuta, unas horas más tarde, mientras yo hablaba delirantemente de lo que había visto-. ¡Templos! Estoy harto de tem plos. Cuando se ha visto uno, se han visto cincuenta mil; todos son exactamente iguales. Le hablaré de algo que sí es excitante. Bajé por los rápidos en Arashima... a ocho millas de aquí. Es mucho más divertido que cualquier templo con un Buda de cara rolliza en el medio.

Seguí el consejo de mi amigo. ¿He logrado transmitir la impresión de que abril es hermoso en el Japón? Si es así, me disculpo. Es generalmente lluvioso, y la lluvia es fría; pero la luz del sol, cuando la hay, vale por todo. La alegría de vivir nos hizo gritar cuando nuestros rickshaws, fogosos e indómitos, rebotaron de piedra en piedra por las calles espantosamente pavimentadas de los suburbios y nos llevaron hasta algo que hubiera debido llamarse huertos pero que llamaban campos. La faz de las tierras llanas estaba cortada en todas direcciones por terraplenes, y parecía que todos los caminos pasaban sobre ellos.

-Jamás -dijo el Profesor, hincando el bastón en la tierra negra-, jamás hubiera imaginado una irrigación tan perfectamente controlada como ésta. Mire los *rajbahars* recubiertos de piedra y provistos de esclusas; mire las norias y... ¡puaf! Abonan demasiado los campos.

El primer círculo de campos alrededor de cualquier ciudad es siempre notablemente apestoso, pero aquel exceso de olores continuaba en todo el resto de los campos. Salvo por algunas partes cerca de Dacca y de Patna, la superficie de la tierra estaba más densamente poblada que en Bengala y era trabajada cinco veces mejor. No había ni una

sola parcela sin cultivar, ni ningún cultivo que no llegase al límite máximo de la productividad del suelo. Cebollas, cebada, en pequeñas lomas entre las lomas de té, judías, arroz y otra media docena de cosas cuyos nombres ignorábamos, nos llenaban los ojos ya cansados por el resplandor de la mostaza dorada. El abono es bueno, pero el trabajo manual es mejor. Vimos ambas cosas incluso en exceso. Cuando un campesino japonés ha hecho en su campo absolutamente todo lo que se le ha ocurrido, arranca las malas hierbas tallo a tallo, entre el índice y el pulgar. Es auténtico. Vi a un hombre que lo hacía.

Fuimos en línea recta, por la maravillosa campiña, atravesando la llanura en la que se encuentra Kyoto, hasta alcanzar la cadena de colinas en el ex tremo opuesto, y nos vimos enredados en media milla de amontonamiento de maderas.

Los cultivos y los canales habían desaparecido, y nuestros incansables rickshaws corrían por la ribera de un río ancho y poco profundo sofocado por troncos de todos los tamaños. Estoy preparado para creer cualquier cosa de los japoneses, pero no veo por qué la Naturaleza, que según dicen es el mismo Poder despiadado en todo el mundo, había de mandarles los troncos por los ríos sin que los astillasen las rocas, limpiamente descortezados y con una ranura cortada con precisión a cada extremo para alojar una cuerda. He visto flotar troncos en el Ravi en tiempos de crecida; los troncos eran sacados, con garfios, tan ásperos como un cepillo de dientes. Aquí, ese material llega limpio. En consecuencia, la ranura es un nuevo milagro.

-Cuando hace buen tiempo -dijo el guía, suavemente-, toda la gente de Kyoto viene a Arashima a hacer picnic.

-Pero si siempre hacen picnic en los jardines de cerezos. Hacen picnics en las casas de té. Hacen... hacen...

-Sí, cuando hace buen tiempo siempre van a alguna parte y hacen picnic.

-Pero, ¿por qué? El hombre no está hecho para el picnic.

-¿Por qué? Pues porque hace buen tiempo. Los ingleses dicen que el dinero de los japoneses llega del cielo, porque nunca hacen nada... Eso piensan ustedes. Pero mire ahí, es un bonito sitio.

El río se precipitaba, en uno de sus giros, pendiente abajo de las colinas cubiertas de pinos y estallaba en plata sobre los maderos de los restos de un puente liviano arrastrado por las aguas algunos días antes. A nuestro lado, dispuesta de tal modo que se encaraba al más hermoso panorama de jóvenes arces, se erguía una hilera de casas de té y merenderos construidos sobre el curso de agua. La luz del sol, que la oscuridad de los pinos no podía atenuar, se posaba tiernamente entre el verde de los arces y tocaba, más abajo, las hondonadas donde las flores de cerezo estallaban en una espuma rosa, recortándose sobre las casas de tejados negros de un pueblo al otro lado del agua.

Allí me detuve.

6

Juegos de salón en el saloncito. Historia completa de todo el arte japonés moderno, con una revisión del pasado y una profecía del futuro, dispuestas y compuestas en las fábricas de Kyoto.

«¡Oh, feliz mundo moderno
que goza de tales criaturas!
¡Oh, hermosa humanidad!»

Cómo llegué a la casa de té, soy incapaz de decirlo. Quizá alguna linda muchacha me hizo señas con una ramita de cerezo en flor y acepté su invitación. Sé que me dejé caer en las esteras y contemplé las nubes que se deslizaban sobre las colinas y los troncos que volaban por los rápidos, y olí el aroma de los troncos recién descortezados, y escuché los gruñidos de los barqueros mientras se las veían con los troncos y con la fuerte corriente, y me sentí más feliz de lo que es lícito para un hombre.

La dama de la casa de té insistió en aislarnos, con pantallas, de los demás grupos festivos que almorzaban en la misma veranda. Trajo hermosas pantallas azules con cigüeñas pintadas y las hizo deslizar entre hendeduras. Soporté aquello mientras pude. Había estallidos de risas en el compartimento contiguo, pasitos de pies suaves, tintineos de pequeños platos y, en las aberturas de las pantallas, centelleos de ojos diamantinos. Una familia entera había venido de Kyoto para una jornada de fiesta. La mamá cuidaba de la abuela, y la joven tía cuidaba de la guitarra, y las dos muchachitas de catorce y quince años cuidaban de una alegre bribonzuela dé ocho años que, cuando pensaba en ello, cuidaba del bebé, el cual tenía el aire de cuidar de todos los reunidos. La abuela iba vestida de azul oscuro, la mamá de azul y gris, las muchachas llevaban espléndidos vestidos de crespón lila, color cervato y amarillo claro con lazos de seda del color de la flor del manzano y del melón recién cortado; la bribonzuela vestía oro viejo y hoja seca; en cuanto al bebé, su cuerpecito regordete rebotaba por el suelo entre los platos, entre los colores del arco iris japonés, que no tiene tonalidades duras. Todas eran bonitas, salvo la abuela, que simplemente estaba de buen humor y era muy calva, y cuando hubieron terminado su delicada comida y hubieron sido retiradas las bandejas de laca marrón, la porcelana azul y blanca y las copas verde jade, la tía interpretó una breve pieza con el *samisen,* [63] y las muchachas jugaron a la gallina ciega alrededor del menudo saloncito.

Un ser de carne y hueso no hubiera podido permanecer al otro lado de las pantallas. También yo quería jugar, pero era demasiado grandote y tosco, de modo que tan sólo pude sentarme en la veranda a contemplar en sus juegos a aquellos delicados fragmentos de porcelana de Dresde. Gritaban, y soltaban risitas ahogadas, y parloteaban, y se sentaban en el suelo con el inocente abandono de la adolescencia, interrumpiéndose para besar al bebé cuando mostraba signos de sentirse arrinconado. Jugaron a las cuatro esquinas, con los pies atados con pañuelos azules y blancos, ya que el suelo no admitía una desenfrenada libertad de los miembros; y cuando ya no pudieron jugar más de tanto reírse se abanicaron, apoyadas en las pantallas azules, constituyendo cada una de ellas un cuadro que ningún pintor podría reproducir; y me reí tan fuerte como ellas, hasta que caí fuera de la veranda y casi me estrellé en la calle risueña. ¿Era un idiota? Si lo era, hacía mis idioteces en buena compañía, porque un austero habitante de la India (una persona que tiene su fe puesta en las carreras de caballos y que no cree en nada más que el Código Civil) estaba también en Arashima aquel día. Me lo encontré sonrojado y excitado.

-He pasado un buen rato -jadeó, con cien niñitos pegados a los talones-. Aquí hay una especie de ruleta en la que se puede jugar con bombones. He com prado todas las

[63] El *samisen o,* más corrientemente, *sammssen,* un laúd de mástil largo, de tres cuerdas de seda, fue desde el siglo XVI, y sigue siendo, el instrumento predilecto en el Japón para acompañar a la voz.

existencias del vendedor por tres dólares y me he lanzado a Montecarlo en beneficio de los críos... unos cinco mil. Nunca me había divertido tanto. Eso deja pálidas las loterías de Simla.[64] Han esperado completamente quietos a que yo hubiera limpiado la mesa de todo menos una gran tortuga de azúcar. Entonces se han lanzado sobre la banca, y yo he huido.

¡Y ése era un hombre duro que desde hacía muchísimos años no solía jugar con cosas tan inocentes como los dulces!

Cuando ya no pudimos más de risa y la cámara del Profesor quedó enredada en una maraña de doncellas risueñas, para confusión de sus fotografías, también nosotros huimos corriendo de la casa de té y erramos por la ribera del río hasta encontrar un bote de planchas aserradas que nos hizo cruzar a golpes de pértiga el río crecido y nos desembarcó en un caminito rocoso suspendido sobre un agua en la que el azul y el violeta corrían tumultuosamente y cascadas jubilosas competían en velocidad entre la maleza junto a pinos y arces. Estábamos al pie de los rápidos de Arashima, y todas las muchachas lindas de Kyoto estaban con nosotros, contemplando el paisaje. Corriente arriba un pino solitario se erguía, aislado de sus compañeros, para entrever la curva en la que el agua veloz discurría profunda entre torbellinos aceitosos. Corriente abajo, el río daba coletazos entre las rocas y turbaba los campos de troncos nuevos en su seno, mientras hombres de azul guiaban botes blanco plata, hundidos hasta la borda, hacia la espuma de sus embestidas y se llevaban los troncos con garfios. Bajo los pies, la rica tierra de la ladera de la colina exhalaba el aliento del cambio del año hacia los arces que ya habían recibido el mensaje de los vientos ardientes de abril. ¡Oh! Era bueno estar vivo, pisar los tallos de los lirios y hacer que cayera sobre la cara un baño de espuma de flor de cerezo, y recoger violetas por el mero placer de arrojarlas al torrente e ir en busca de flores más hermosas.

-Es un fastidio eso de ser el esclavo de una cámara fotográfica -dijo el Profesor, sometido, sin saberlo, a las muchas influencias de la estación.

-Es un fastidio eso de ser un esclavo de la pluma -respondí; y es que la primavera había llegado al país. Hacía siete años que odiaba la primavera, [65] porque para mí suponía molestias.

-Vayamos directamente a Inglaterra y veamos crecer las flores en los parques.

-Disfrutemos de lo que tenemos al alcance de la mano; ¡filisteo!

Eso hicimos hasta que una nube se puso oscura y el viento rizó los tramos tranquilos del río; volvimos entonces a nuestros rickshaws, suspirando de satisfacción.

-¿A cuántas personas supone usted que alimenta esta tierra por milla cuadrada? -preguntó el Profesor, en una curva del camino de regreso. Había estado leyendo unas estadísticas.

-Novecientas -dije al azar-. Hay más aglomeración de seres humanos que en Sarun o en Behar. Digamos mil.

-Dos mil doscientas cincuenta y tantas. ¿Puede creerlo?

-Si miro el paisaje sí puedo, aunque no supongo que se lo crean en la India. ¿Qué le parece si escribo mil quinientas?

[64] Véase nota 18.

[65] Aunque había nacido en la India (en Bombay), en 1865, Kipling fue enviado a estudiar a Inglaterra en 1871 y no había vuelto a la India hasta 1882, siete años antes, pues, de su visita al Japón.

-También dirán que exagera. Mejor atenerse al total verdadero. Dos mil doscientas cincuenta y seis por milla cuadrada, y ningún indicio de pobreza en las casas. ¿Cómo lo consiguen?

Me gustaría conocer la respuesta a esta pregunta. El Japón, en mi visión limitada, está poblado casi enteramente por niños cuyo deber consiste en impedir que los mayores se hagan demasiado frívolos. Los niños ponen un poco manos a la obra de vez en cuando, pero sus progenitores los interrumpen para acariciarlos. En el hotel Yami, el servicio está en manos de niños de diez años porque, fuera de ellos, todo el mundo se ha ido a hacer picnic entre los cerezos. Los diablillos encuentran tiempo para realizar el trabajo de un hombre y libran combates en la escalera aprovechando los intervalos. Mi sirviente particular, apodado «Obispo» por la gravedad de su aire, su delantal azul y sus polainas, [66] es el más vivaracho del grupo, pero ni siquiera su energía puede explicar las estadísticas demográficas del Profesor...

He visto entre los japoneses una especie de trabajo, pero no es de los que hacen prosperar los cultivos. Era puramente artístico. Un barrio de la ciudad de Kyoto está consagrado a las fábricas. Un fabricante, en esta parte del mundo, no exhibe ningún rótulo. Puede que lo conozcan en París y en Nueva York; eso es asunto de esas dos ciudades. El inglés que quiera encontrar sus locales en Kyoto tiene que seguirle el rastro por los barrios bajos con la ayuda de un guía. He visto tres fábricas. La primera era de objetos de porcelana, la segunda de *cloisonné* [67] y la tercera de laca, incrustados y bronces. La primera estaba detrás de una empalizada de madera negra y, por su apariencia externa, podía haber sido perfectamente una tripería. En el interior, el director estaba sentado frente a un menudo jardín de cuatro pies de lado en el que una palma de aspecto artificial crecía en una tosca maceta de piedra y daba sombra a un pino enano. El resto de la habitación estaba lleno de cacharros a la espera de ser empaquetados; Satsuma moderno en su mayor parte, la clase de objetos que se consiguen en una subasta. -Esto hecho enviar Europa, India, América -dijo el director, calmosamente-. ¿Ustedes venir y ver? Nos condujo por una veranda de madera pulida hasta los hornos, los tanques de arcilla y los patios donde diminutos crisoles esperaban los ingredientes cerámicos. Hay numerosas diferencias, diferencias técnicas, entre la elaboración de la cerámica japonesa y la de Burslem, [68] aunque son de poca importancia. En el taller de moldeado, donde hacen los cuerpos de los jarrones Satsuma, las ruedas, todas ellas accionadas manualmente, giran sin desviarse ni en el grosor de un solo pelo. El ceramista estaba sentado en una estera limpia, con su servicio de té al lado. Cuando terminaba de tornear el cuerpo de un jarrón, comprobaba que estuviese bien, asentía con la cabeza para sí mismo, y se servía un poco de té antes de pasar al siguiente. Los ceramistas vivían cerca de los hornos y no tenían nada bonito que mirar. Era distinto en los talleres de pintura. Allí, en un local parecido a un gabinete, permanecían sentados los hombres, las mujeres y los niños que pintaban las decoraciones de los jarrones después del primer cocido. Decir que todas sus cosas eran escrupulosamente pulcras es decir simplemente que eran japoneses; decir que su entorno era agradable y limpio es decir simplemente que eran artistas. Una ramita de cerezo en flor se erguía, retadora, sobre el negro de la empalizada del jardín; un pino retorcido se recortaba contra el azul del cielo con sus afiladas asperezas, irguiéndose

[66] Prendas llevadas también por los obispos anglicanos.

[67] Esmalte tabicado. Queda aquí eliminada la e sobrante de la palabra francesa *(«cloisonnée)* del original inglés.

[68] Población inglesa, en Staffordshire.

por encima de la empalizada; y en un pequeño estanque los lirios y las colas de caballo saludaban al viento. A los artistas, cuando tenían la mente en blanco, les bastaba con alzar la mirada y la Naturaleza misma les suministraba, benigna, el eslabón que les faltaba para su dibujo. En alguna parte, en la sucia Inglaterra, hay hombres que sueñan en que los artesanos trabajen en condiciones favorables que no asfixien el pensamiento a medio formar .[69] Incluso organizan guildas y escriben plegarias semirítmicas al Tiempo y a la Suerte y a todos los demás dioses que adoran para alcanzar el fin deseado. Si quieren ver realizados sus sueños, que vayan al Japón a ver cómo se hace allí la cerámica: cada hombre está sentado en una estera nívea, con maravillas de líneas y colores al alcance de la mano, mientras, con los ojos bajados, ¡colorea con los matices convencionales un jarrón de Satsuma tan aprisa como puede! Los Bárbaros quieren Satsumas, y los tendrán aunque en Kyoto hayan de hacerlos a razón de una pieza cada veinte minutos. He aquí las formas más viles de la artesanía.

El propietario del segundo establecimiento vivía en un gabinete de madera negra (sería una blasfemia llamarlo una casa); vivía solo, con un bronce de trabajo invalorable, una serie de muebles de madera negra y las medallas que su trabajo le había valido en Inglaterra, Francia, Alemania y América. Era un hombre muy apacible que hacía pensar en un gato, y hablaba casi en susurros. ¿Nos complacería visitar su fábrica? Nos guió a través de un jardín; a sus ojos no era nada, pero nos detuvimos a admirarlo largo rato. Linternas de piedra, verdes de musgo, asomaban entre una abundancia de bambúes de aire artificial entre los cuales unas cigüeñas de bronce fingían comer. Un pino enano, con el follaje recortado en placas en forma de plato, extendía los brazos por encima de un estanque de cuento de hadas en el que unas carpas gordas y perezosas buscaban y mordisqueaban su comida en el fondo; y un par de colimbos orejudos graznaban contra nosotros, protegidos por el surtidor. Tan perfecto era el silencio en aquel sitio que podíamos oír las flores de cerezo cuando caían al agua y los roces de los peces contra las piedras. Estábamos en el corazón mismo de una decoración de cerámica y nos resistíamos a movernos por temor a romperla. Los japoneses son «pájaros jardineros» natos. Coleccionan guijarros pulidos por el agua, piedras de formas curiosas y cantos veteados para adornar sus casas. Cuando se mudan de casa se llevan sus jardines, pinos incluidos, y el nuevo inquilino tiene el campo libre.

Media docena de peldaños nos llevaron, por el camino de piedras y musgo, hasta una casa donde toda la fábrica estaba trabajando. Una habitación contenía los polvos de esmalte, pulcramente dispuestos en jarros de limpieza escrupulosa, unos cuantos recipientes de cobre, sin adornos, preparados para que se trabajase en ellos, un pájaro invisible que silbaba y gorjeaba en su jaula, y una caja de mariposas de colores alegres que servían de referencia cuando se necesitaban modelos. En la habitación siguiente estaban sentados los operarios: tres hombres, cinco mujeres y dos niños, todos tan silenciosos como si durmieran. Una cosa es leer sobre la fabricación del cloisonné, y otra muy distinta es contemplar cómo se hace. Empecé a comprender el precio de los productos cuando vi a un hombre trabajando en una trama de ramitas y mariposas en un plato de unas diez pulgadas de diámetro. Utilizando un finísimo hilo de plata puesto de canto, de una anchura inferior a un milímetro, seguía las curvas del dibujo según el modelo que tenía al lado, pellizcando el hilo en los zarcillos y en las siluetas dentadas de las hojas con una paciencia infinita. Un toque brusco en un plato de cobre hubiera disparado el dibujo en mil ramificaciones inconexas. Cuando todo estuviera puesto en el plato, éste sería

[69] La artesanía era reivindicada como arte legítimo por los Prerrafaelitas, uno de cuyos líderes, Edward Burne-Jones (18331898), era pariente y amigo de Kipling.

calentado justo lo suficiente para que los hilos se adhiriesen firmemente al cobre, y entonces el dibujo quedaría en líneas resaltadas. Luego venía el coloreado, que iba a cargo de niños con gafas. Con un par de varillas de acero finísimas rellenaban, tomando la pintura de cuencos que tenían al lado, todos los compartimentos del trazado con el matiz adecuado. No es admisible un gran margen de error cuando se rellenan las manchas de un ala de mariposa con esmalte color venturina, si dichas alas tienen menos de una pulgada de ancho. Observé el delicado movimiento de muñeca y mano hasta cansarme, y el patrón me mostró sus modelos: terribles dragones, crisantemos arracimados, mariposas y arabescos tan finos como el hielo en el cristal de una ventana, todo ello trazado en líneas seguras.

-Ésos son nuestros temas. Compongo a partir de ellos, y cuando necesito colores nuevos voy a mirar esas mariposas muertas -dijo.

Después del rellenado con esmalte, el jarrón o el plato pasan a ser cocidos, y el esmalte burbujea en todas las líneas fronterizas de los hilos de plata, y el conjunto sale del horno con el aspecto de mayólica delicada. Puede llevar hasta un mes delinear un modelo en el plato, y otro mes el rellenado con esmalte, pero el verdadero gasto de tiempo no empieza hasta el pulido. Un hombre se sienta delante del producto en bruto, provisto de su servicio de té, un cubo de agua, una franela y dos o tres bandejas repletas de guijarros de arroyo escogidos. No dispone de rueda provista de trípoli, esmeril o pulidora de ante. Permanece sentado y frota. Frota durante un mes, tres meses o un año. Frota con cariño, con el alma puesta en las puntas de los dedos, y poco a poco va cediendo la eflorescencia del esmalte cocido, y el operario llega a las líneas de plata, y allí está esperándole el dibujo en toda su gloria. Vi a un hombre que sólo llevaba un mes en el pulido de un pequeño jarrón de cinco pulgadas de alto. Seguiría en ello otros dos meses. Cuando yo haya llegado a América él todavía estará frotando, y el dragón color rubí que trota por un campo de azulita, un dragón cuyas menudas escamas y crines son todas compartimentos de esmalte separados, irá adquiriendo cada vez más gracia.

-También hay *cloisonné* barato -dijo el patrón, sonriendo-. Nosotros no podemos hacerlo. El jarrón valdrá setenta dólares.

Sentí respeto por él porque había dicho «no podemos» en vez de «no lo hacemos». Ahí hablaba el artista.

Nuestra última visita estuvo dedicada al mayor establecimiento de Kyoto, donde había muchachos que hacían incrustaciones en hierro, sentados en verandas de madera de alcanfor que daban a un jardín más encantador que cualquiera de los anteriores. Los habían contratado muy jóvenes, como es también costumbre en la India. Un hombre del todo adulto trabajaba en la horrible historia, en hierro, oro y plata, de dos sacerdotes que despertaron a un Dragón de la Lluvia y tenían que huir por el borde de un gran escudo; pero el trabajador más vivaracho del grupo era un niñito gordo al que habían dado un clavo de tres pulgadas, un martillo y un bloque de metal para jugar, para que pudiese impregnarse, a través de los poros de la piel, del arte del que viviría. Cantaba victoria y soltaba risitas ahogadas mientras golpeaba. No hay en Inglaterra muchos niños de cinco años capaces de martillar nada sin reducir a pulpa sus deditos rosa. Aquel niño había aprendido a golpear correctamente. En la pared de la habitación colgaba una pintura japonesa de la Apoteosis del Arte. Representaba fielmente todos los procesos de la cerámica, desde la obtención de la arcilla hasta el último cocido. Pero todo el desprecio del lápiz del artista estaba reservado para la escena final, en la que un inglés, enlazando a su mujer por la cintura, inspeccionaba una tienda llena de curiosidades. A los japoneses no les impresionan ni la gracia de nuestras ropas ni la belleza de nuestras fisonomías.

Posteriormente vimos el trabajo con laca de oro que es extendida, mancha a mancha, con una paleta de ágata ajustada al pulgar del artista; y vimos esculpir en marfil, lo cual es excitante hasta que uno empieza a comprender que el buril jamás resbala.

-Gran parte de su arte es puramente mecánico - dijo el Profesor, cuando estuvimos de vuelta al hotel.

-Lo mismo ocurre con gran parte del nuestro... especialmente con nuestras pinturas. Sólo que nosotros no podemos ser apasionadamente mecánicos - respondí-. Piense en un pueblo como los japoneses aceptando solemnemente una constitución. ¡Fíjese! Las dos únicas naciones que tienen constituciones que merecen la pena son los ingleses y los americanos. Los ingleses sólo pueden ser artísticos de manera puntual y pasando por el arte de otras naciones: tapicerías sicilianas, alforjas persas, alfombras de Khoten, y los desperdicios de las casas de empeños. Los americanos sólo son artísticos en la medida en que unos pocos de ellos pueden comprar su Arte para mantenerse al nivel de los tiempos. España es artística, pero también ella se ve perturbada a intervalos; Francia es artística, pero ha de tener su revolución cada veinte años para conseguir material nuevo; Rusia es artística, pero de vez en cuando quiere asesinar a su zar, y no tiene nada digno de llamarse gobierno; Alemania no es artística, porque experimentó la religión; e Italia es artística porque le fueron muy mal las cosas. La India...

-Cuando acabe de dictar su veredicto sobre el mundo entero, quizá se vaya a la cama.

-En consecuencia -proseguí, impávido-, soy de la opinión de que una constitución es la peor cosa del mundo para un pueblo que tiene la bendición de unas almas por encima de la media. Ahora bien, la primera exigencia del temperamento artístico es la incertidumbre mundana. La segunda es...

-Dormir -dijo el Profesor, yéndose de la habitación.

7

Acerca de la naturaleza del Tokaido y de la construcción ferroviaria japonesa. Un viajero explica la vida de los sahibs, y otro el origen de los dados. Acerca de los niños en la bañera y el hombre con el d. t.[70]

«Cuando bajé al infierno hablé con el hombre del camino. »

(Dicho antiguo)

Ya saben la historia del minero que tomó prestado un diccionario y lo devolvió con la observación de que, si bien las historias eran en general interesantes, eran demasiado diversas. Tengo la misma queja en contra del decorado japonés; doce horas de ese decorado en el viaje en tren de Nagoya a Yokohama. Hace unos setecientos años, el rey de aquellos días construyó una ruta junto al mar que llamó el Tokaido (o quizá fue toda la costa marítima que fue llamada Tokaido, pero tanto da), [71] ruta que perdura en la

[70] Delirium tremens.

[71] Entre las dos conjeturas de Kipling, la primera se aproxima más a los hechos: el Tokaido era la ruta entre Kyoto y Edo (Tokyo [«Capital del Este»] desde 1868); en su mayor parte el Tokaido sí reseguía la

actualidad. Más adelante, cuando intervinieron los ingenieros ingleses, siguieron más o menos fielmente la idea del Grand Trunk, [72] y el resultado fue una vía férrea ante la que

cualquier nación debería quitarse el sombrero. La última parte de la línea directa de Kyoto a Yokohama fue abierta sólo cinco días antes de que el Profesor y yo la honrásemos con una inspección no oficial.

La organización de todas las cosas está dispuesta en beneficio de los japoneses; y eso es deprimente para el extranjero que espera, en un vagón que se parece remotamente a los de la East India Railway, las comodidades de esa vieja línea verde guisante y polvorienta. Pero a los japoneses les va de maravilla; brincan al andén en una estación de cada dos pro re natay de vez en cuando pierden el tren. Hacía dos días, se las habían arreglado para matar a un funcionario gubernamental de alto rango entre un marchapié y un andén, y hoy los periódicos japoneses debaten seriamente en torno a las ventajas de los lavabos. Lejos de mi intención interferirme en las disposiciones de un imperio artístico; mas, para un trayecto de doce horas, por lo menos deberían existir disposiciones de alguna clase.

Habíamos dejado al pie de las colinas los cultivos apiñados y corríamos siguiendo las riberas de un gran lago, azul de un extremo al otro salvo por las salpicaduras de pequeñas islas. Luego el lago se transformó en un brazo de mar, y lo cruzamos corriendo por una calzada cortada en roca; desapareció la desenfrenada abundancia de pinos; los árboles tenían que descender envueltos en la humedad de las pendientes y combatir, con la cabeza agachada, los brazos extendidos y los pies firmemente plantados en el suelo, contra las arenas del Pacífico, cuyos rompientes humeantes estallaban a menos de un cuarto de milla de la ruta. Los japoneses lo saben todo de la silvicultura. Fijan con estacas los torrentes de arena erráticos, a los que todavía se permite arruinar nuestros cultivos en el distrito de Hoshiarpur, y afianzan una duna de arena deslizante con presas de zarzales y pinos jóvenes, tan limpiamente como si clavasen tablas. Sus funcionarios forestales, ¿se habían adiestrado en Nancy, o son productos locales? Las trabazones de estacas utilizadas para sujetar la arena están imitadas de la pauta francesa, y también es francesa la plantación de los árboles en diagonal.

El tren, medio minuto después de abandonar aquella playa desierta y difícilmente controlada, corrió a través de cuatro millas de una zona que parecía los suburbios de Patna, pero una Patna limpia y transfigurada, enredada en plantaciones de bambú. Después entró en un túnel y se lanzó a un barrio de Londres, a Brighton y la Costa Sur o como sea que se llame la vía férrea que quieren hacer en un túnel que cruce el Canal de la Mancha. De cualquier modo, en la playa estaba el malecón y las olas le lamían los pies, y en el lado de tierra había un muro cortado en roca. Luego perturbamos numerosos pueblos de pescadores, cuyas verandas daban a la vía y cuyas redes se extendían casi hasta debajo de nuestras ruedas. El tren era todavía una cosa nueva en aquella parte especial del mundo, ya que las madres alzaban a sus bebés para que lo vieran.

---

costa, en concreto la costa sudoriental de la isla de Honshu (la mayor de las del archipiélago japonés), pero pasaba por el interior de la isla entre Kyoto y Nagoya. Kipling simplifica el origen del Tokaido, que se desarrolló a partir de diversas rutas de antigüedades variables y adquirió gran importancia y su trazado definitivo entre los siglos XVI y XVII, como columna vertebral de una red de comunicaciones potenciada en el marco de los esfuerzos del shogunato para imponer el poder central frente a las inercias y tendencias localistas de los daimyatos (grandes feudos).

[72] La ruta axial del sistema de comunicaciones en la India, aprovechada por los ingleses pero no «ideada» ni construida por ellos, sino por el gobernante indio musulmán Sher Shah a finales del siglo XVI. De noroeste a este-sudeste, cruza la India de Peshawar a Calcuta, con una ramificación al sur hasta Bombay.

Cualquiera es capaz de seguir el ritmo del paisaje en la India, porque está repartido en tramos de quinientas millas. Aquella alternancia cegadora de cam pos, montañas, playas de mar, bosques, extensiones de bambú y páramos ondulados cubiertos de azaleas en flor era excesiva para mí, de modo que busqué la compañía de un hombre que había vivido en el Japón durante veinte años.

-Sí, el Japón es un país excelente en cuanto a clima. Las lluvias empiezan en mayo o a finales de abril. Junio, julio y agosto son meses calurosos. He visto subir el termómetro hasta treinta grados de noche, pero desafío al mundo entero a que produzca una cosa más perfecta que el clima japonés entre septiembre y mayo. Cuando uno se siente agotado, se va a las aguas termales en los montes Hakone, cerca de Yokohama. Hay montones de sitios donde recobrarse, pero nosotros, los ingleses, somos gente saludable. Naturalmente, no nos divertimos ni la mitad que ustedes, que viven en la India. Somos una comunidad pequeña, y todas nuestras diversiones las organizamos nosotros mismos para nuestro provecho personal: conciertos, carreras, teatro aficionado y cosas así. En la India tienen montones de todo esto, ¿no es verdad?

-¡Oh, sí! -dije-, nos divertimos tremendamente, sobre todo en esta época del año. [73]Comprendo muy bien, sin embargo, que las pequeñas comunidades que dependen de sí mismas para las diversiones sean propensas a sentirse un tanto tristes y aisladas; casi aburridas, de hecho. Pero, ¿estaba usted diciendo...?

-Bueno, la vida no es muy cara, pero los alquileres sí lo son. Por un centenar de dólares mensuales se tiene una casa decente, y puede conseguirse una por sesenta. Pero la propiedad inmobiliaria está hoy en un punto bajo en Yokohama. Hay carreras en Yokohama hoy y el lunes. ¿Irá usted? ¿No? Debería ir y ver cómo se divierten todos los extranjeros. Pero supongo que ya ha visto cosas mucho mejores en la India, ¿no es verdad? Pero ustedes no tienen ninguna cosa mejor que el viejo Fuji... el Fujiyama. Ahí está, a la izquierda. ¿Qué le parece?

Me volví y contemplé el Fujiyama al otro lado de un mar de campos y bosques que subían en pendientes continuas. La montaña tiene unos doce mil pies; no es demasiado, según nuestras ideas en la India. Pero doce mil pies sobre el nivel del mar, si uno se encuentra entre picos de quince mil pies, es una cosa muy distinta que la misma altitud observada desde el nivel del mar en un país relativamente llano. La mirada, atareada, trepa pie a pie por la lisa ladera del cráter extinguido, y al llegar a la cima confiesa que no ha visto nada, en todo el Himalaya, comparable a ese monstruo. Me sentí satisfecho. El Fujiyama es la nota tónica del Japón. Si se comprende al primero, se está en condiciones de aprender alguna cosa sobre el segundo. Traté de obtener información de mi companero de viaje.

-Sí, los japoneses están construyendo vías férreas en toda la isla. Lo que quiero decir es que las empresas son fundadas y financiadas por japoneses, y que se las arreglan para sacarles ingresos suficientes. No podría decirle de dónde viene el dinero, pero todo él se encuentra en el país. El Japón no es ni rico ni pobre, simplemente acomodado. Yo mismo soy comerciante. No puedo decir que acabe de gustarme el modo japonés de hacer negocios. Uno nunca puede estar seguro de si esos pequeños truhanes dicen lo que piensan. A mí, que me den a los chinos para hacer tratos. Otras personas le habrán dicho lo

[73] Es decir, cuando el aumento del calor restringía todavía más las actividades sociales y lúdicas con que los ingleses residentes en la india combatían, con dudoso éxito, el azote más constante de una élite cerrada sobre sí misma: el tedio, emparejado, según refleja Kipling en todo este pasaje, a la imitación nostálgica de los usos del país metropolitano.

mismo, ¿no es verdad? Encontrará esa opinión en la mayor parte de los puertos comerciales. Pero sí le diré que el gobierno japonés es todo lo emprendedor que se puede esperar de un gobierno, y que es un buen gobierno con el que hacer tratos. Cuando el Japón haya terminado de reconstruirse en torno a las nuevas vías férreas, será una pequeña potencia realmente respetable. Ya lo verá. Estamos llegando a los montes Hakone. Mire la vía férrea. ¿Verdad que es curiosa?

Llegamos a los montes Hakone pasando por un paisaje irlandés, un riachuelo de truchas escocés, una cañada de Devonshire y un río indio que corría sin tra bas sobre media milla de cantos. Aquello era sólo el preludio de una serie de ilustraciones geológicas, incluyendo las terrazas formadas por viejos lechos fluviales, la erosión y otra media docena de fenómenos. Yo estaba tan ocupado contando al hombre de Yokohama mentiras sobre las alturas del Himalaya que no observé atentamente las cosas hasta que llegamos a Yokohama, a las ocho de la tarde, y fuimos al Gran Hotel, donde toda la gente limpia y elegantemente vestida que se disponía a cenar nos miró con desprecio mientras hombres a los que habíamos conocido a bordo de vapores se sumergían en álbumes de fotografías, fingiendo no vernos. Hay una buena porción de naturaleza humana en el hombre que, vestido para la cena, se siente observado por una mujer, si uno tiene el aspecto de un deshollinador, incluso en Yokohama.

El Gran Hotel es en realidad el Semi-Gran Hotel, o el Cabaña Hotel, pero es prudente alojarse en él a menos que un amigo le indique a uno algo mejor. Un largo historial de buena suerte me ha hecho exigente incluso en lo que se refiere a hoteles de categoría mediana. En el Gran Hotel son demasiado delicados y soberbios, pero no siempre se mantienen al nivel de su grandeza; hay un número ilimitado de timbres eléctricos, pero no hay nadie en concreto que responda a los timbrazos; los menús están impresos pero los primeros en llegar se comen todo lo bueno, etcétera; con todo, hay en el Gran Hotel algunos detalles que no deber. ser despreciados. Se ajusta a la moda americana, y es tan sólo una puerta abierta a través de la cual se recibe el primer soplo de viento de la vertiente del Pacífico. Oficialmente, hay en el puerto el doble de ingleses que de americanos. En realidad, no se oyen en la calle otros idiomas que el francés, el alemán v el americano. Mi experiencia es tristemente limitada, pero el americano que he oído hasta ahora es tan distinto del inglés como el patagonio.

Un caballero de Boston tuvo la amabilidad de contarme alguna cosa al respecto. Defendió la utilización de *«I guess»* [74] como expresión shakespeariana que puede encontrarse en *Ricardo III.* He aprendido lo suficiente para no discutir jamás con un habitante de Boston.

-Muy bien -dije-,, yo nunca he oído a un auténtico americano decir «I *guess»;* pero, ¿qué hay del resto de su extraordinario idioma? ¿Quiere usted decir que tiene alguna cosa en común con el nuestro, aparte de los verbos auxiliares, el nombre del Creador y el término *«damn»?* [75] Escuche a esos hombres de la mesa de al lado.

-Son del Oeste -dijo el hombre de Boston, como quien diría «fíjese en ese avestruz»-. Son del Oeste, y si quiere enfurecer a un hombre del Oeste dígale que no se parece a un inglés. Se imaginan que son iguales que los ingleses. Son tremendamente susceptibles, en el Oeste. Ahora bien, en Boston la cosa cambia. A *nosotros* nos es indiferente lo que los ingleses piensen de nosotros.

[74] «Supongo», «me parece», «conjeturo». Muletilla coloquial viciosa que Kipling atribuye al «idioma» americano.

[75] «Diantre», «al infierno», «maldita sea»

La idea del pueblo inglés reunido para reflexionar sobre Boston, con Boston, al otro lado del océano, sintiéndose ostentosamente «indiferente», me hizo reír. El hombre me contó anécdotas. Pertenecía a una República. Era por eso que toda la gente que conocía o bien era «de una de las mejores familias de Boston» o bien «de la mejor estirpe de Salem; sus antepasados llegaron en el *Mayflower*». Me sentí como si estuviera moviéndome dentro de una novela. Imagínense que hubieran de explicar a todo extranjero que conocieran ocasionalmente la cuna y genealogía del protagonista de cada anécdota. Me pregunto si hay en Boston mucha gente parecida a mi amigo, el de las familias de Salem. Hacia allí voy, a averiguarlo.

-No hay romanticismo, en América; allí todo son negocios duros -dijo un hombre de la vertiente del Pacífico, tras expresar yo mi opinión acerca de algunos casos de asesinato más bien curiosos que podrían haber sido denominados extravíos de la justicia.[76] Diez minutos más tarde le oí decir lentamente, acerca de un juego llamado *«Round the Horn»* (es un pésimo juego. No jueguen a él con un desconocido). «Bueno, ese juego tuvo suerte de que exista Omaha. Los dados fueron inventados en Omaha, y el hombre que los inventó hizo una fortuna colosal.»

No dije nada. Empezaba a sentirme acobardado. Aquel hombre debió darse cuenta.

-Hace veintiséis años que apareció Omaha -remachó, mirándome a los ojos-, y el número de dados que se han hecho en Omaha desde entonces debe ser incalculable.

-No hay romanticismo en América -gemí, como una paloma herida, al oído del Profesor-. Tan sólo hay negocios duros, y las principales familias de Bos ton (Massachusetts) inventaron los dados en Omaha cuando apareció la ciudad, hace veintiséis años, y ésa es la verdad pura y simple. ¿Qué voy a hacer con un pueblo así?

-¿Está escribiendo sobre el Japón o sobre América? Por el amor de Dios, quédese con una cosa o con la otra -dijo el Profesor.

-No ha sido culpa mía. Hay un fragmento de América en el hotel, y palabra que resulta casi más interesante que el Japón. Vayamos a San Francisco a escuchar más mentiras.

-Vayamos a mirar fotografías, y abstengámonos de mezclar los países o las bebidas.

A propósito, vayan donde vayan en el Lejano Oriente, muéstrense humildes ante el comerciante blanco. Recuerden que ustedes sólo son unos pobres compra dores embrutecidos con unos pocos sucios dólares en el bolsillo, y que no pueden esperar que un hombre se degrade tomándolos. Y muestren humildad no sólo en las tiendas, sino también en todas las demás partes. Estaba impaciente por saber cómo cruzaría el Pacífico y, como un imbécil, fui a una oficina donde, en determinadas circunstancias, se suponía que podían ocuparse de cosas de esa clase. Pero ninguna inquietud turbaba al alma alegre que ocupaba el sillón del despacho.

-Hay cantidad de tiempo para averiguar eso más adelante -dijo- y, de cualquier modo, esta tarde voy a las carreras. Vuelva otro rato.

Escondí la cara inclinándome sobre la escupidera y me deslicé por debajo de la puerta.

Cuando el vapor me haya dejado en tierra será un consuelo para mí saber que aquel joven pasó un buen rato y ganó mucho dinero en las carreras. Todo el mundo cría caballos en Yokohama, y esos caballos son bonitos barrilillos gordos, de estilo circense. No fui a las carreras, pero un hombre de Calcuta sí fue y volvió diciendo que «hacían

[76] Alusión a los linchamientos.

correr a caballos de tiro, y el tiempo para una milla era de cuatro minutos y veintisiete segundos». Quizá había sufrido fuertes pérdidas, pero puedo dar fe en lo que se refiere al modo de montar de los pocos jinetes que vi subidos en esos animales. Es una monta muy imparcial y, en su conjunto, notable.

Justo en el momento en que el hombre de Boston empezaba a contarme más anécdotas sobre familias principales, el Profesor dio muestra de una afición impía por las aguas termales y me importunó para llevarme a un sitio llamado Myanoshita, donde podría bañarme.

-Ya volveremos más tarde a ver Yokohama, pero debemos ir allí porque es hermosísimo.

-Ya empiezo a estar cansado de paisajes. Todo es hermoso, y no puede describirse, mientras que esos hombres del hotel le cuentan a uno historias sobre América. ¿Ha oído contar alguna vez cómo la gente de Carmel lincharon a Edward M. Petree por predicar el evangelio sin hacer una colecta al terminar el servicio? No hay romanticismo en América... todo son negocios duros. Edward M. Petree era...

-¿Quiere ver el Japón, sí o no?

Le acompañé a verlo. Primero en un tren, durante una hora, en compañía de un vagón entero de turistas aullantes, y después en un rickshaw para cuatro. No se puede apreciar el paisaje si no se va sentado en un rickshaw. Al cabo de siete millas de llanura modificada (un halago de la Naturaleza que le seduce a uno hasta el corazón, más áspero), llegamos a un río de montaña, todo él charcas negras y espuma hirviente.

Lo seguimos hacia el interior de las colinas por un camino cortado en roca volcánica desmenuzada, totalmente desprovisto de pavimento. Era tan duro como el camino de carro de Simla, pero aquellas colinas lejanas, detrás de Kalka, no tienen esos pinos y arces, esas angélicas y sauces. Era un terreno de acantilados revestidos de verde y de cascadas de plata, demasiado encantador para profanarlo con la pluma. En cada recodo del camino desde el que se dominase algún paisaje había una pequeña casa de té repleta de japoneses dedicados a la admiración. El japonés viste de azul porque sabe que de ese modo contrasta adecuadamente con el color de los pinos. Cuando muere va a su propio cielo, porque el colorido del nuestro es demasiado tosco para convenirle.

Seguimos el valle del río glorificado hasta que sus aguas se perdieron de vista por un acantilado y sólo pudimos oír cómo se llamaban unas a otras entre el enmarañamiento de árboles. En el sitio donde las tierras boscosas eran más encantadoras, la garganta era más profunda y los colores de los jóvenes carpes eran más tiernos, habían embutido dos hosterías de madera y cristal y una aldea que vivía de vender a los turistas madera moldeada y objetos incrustados de vidrio.

Australianos, angloindios, habitantes de Londres y de las tierras del otro lado del Canal correteaban arriba y abajo por las pendientes del jardín del hotel, ha ciendo todo cuanto estaba en su poder, con sus extrañas vestimentas, para estropear el paisaje. El Profesor y yo nos deslizamos hasta el pie de una pared de roca, en la parte trasera, y nos encontramos de nuevo en el Japón. Unos peldaños irregulares nos llevaron quinientos o seiscientos pies más abajo, a través de una densa jungla, hasta el lecho de aquel curso de agua que habíamos seguido durante todo el día. La atmósfera vibraba con las embestidas de cien torrentes, y en todas partes donde la mirada podía atravesar la densa vegetación se veía una corriente impetuosa rompiéndose contra una roca. Arriba, en el hotel, habíamos dejado el gris desapacible propio de un día de noviembre y el frío que entumecia los

dedos; allá abajo, en la garganta, encontramos el clima de Bengala, con vapor auténtico y todo. Grandes tubos de bambú llevaban agua caliente hasta una veintena de casas de baños en cuyas verandas estaban tumbados, fumando, japoneses en camisones azules y blancos. Desde unos bosquecillos invisibles llegaban los gritos de los que se bañaban, y... ¡oh, vergüenza!, a la vuelta del recodo se paseaba una venerable anciana castamente revestida de una toalla de baño blanca, y no de las mayores. Luego remontamos la garganta, enjugándonos la frente y contemplando el cielo a través de arcadas de follaje exuberante.

Las doncellas japonesas de catorce o quince años no son demasiado desagradables de contemplar. Vi tan sólo a veinte o treinta. Ninguna de ellas se sintió turbada en lo más mínimo al ver a extraños. Después de todo, aquello era tan sólo la playa de Brighton sin los trajes de baño. Al extremo de la garganta el calor aumentaba y el agua caliente era más abundante. Las junturas de las tuberías, en el suelo, despedían chorros de vapor; el humo se elevaba de las rocas en el lecho del río; un bastonazo en la tierra cálida y húmeda provocaba un pequeño charco de agua caliente. El suministro era insuficiente al gusto de los habitantes. Hacían perforaciones para aumentarlo, de un modo despreocupado e inconexo. Intenté introducirme en un pozo de veinte por veintiocho pulgadas en la ladera de la colina, pero el vapor, que no hacía ningún efecto sobre la piel japonesa, me obligó a salir. ¿Qué ocurre, me pregunto, cuando el golpe de pico llega al líquido y el minero tiene que huir o quedar asado?

En la penumbra crepuscular, después de haber vuelto a los niveles superiores y mientras paseábamos por la única callé de Myanoshita, vimos a dos pequeños querubines gordos, de unos tres años, que tomaban su baño vespertino en un barril hundido en la tierra, bajo el alero de una tienda. Fingieron un gran miedo, mirándonos furtivamente entre los dedos entreabiertos, intentando futiles zambullidas y tratando cada cual de ocultarse, en cien posiciones, detrás de las veloces formas gordezuelas del otro, mientras su padre les invitaba a salpicarnos. Fue el cuadro más bonito de la jornada, que justificaba incluso el haber ido a aquel hotel pegajoso que olía a pintura.

El hombre iba vestido con levita negra, y al principio lo tomé por un misionero mientras le veía vagar arriba y abajo por el corredor vacío.

-He estado proscrito durante tres días -susurró en voz ronca-; no era culpa mía... no, no lo era. Me dijeron que hiciera la tercera guardia, pero no me dieron ninguna notificación impresa, cosa que yo siempre exijo, y el director de este sitio dice que el whisky me haría daño. ¡Y no es culpa mía, Dios lo sabe! ¡No es culpa mía!

No me gusta estar encerrado en un hotel de madera resonante de ecos teniendo en la habitación vecina a un caballero de la profesión naval que está recobrándose del delirium tremens y que habla consigo mismo en las horas oscuras.

8

Acerca de un grifo de agua caliente; y un poco de conversación general.

> «Habla siempre con el forastero. Si no dispara,
> es bastante probable que conteste.»

(Proverbio del Oeste)

Hay una distancia considerable entre Myanoshita y Michni y Mandalay. Es por esto que nos hemos encontrado con hombres de ambos sitios y hemos pasado un buen rato hablando sobre dacoits [77] y la Expedición de la Montaña Negra. [78]Una de las ventajas de viajar por el extranjero es que uno se interesa vivamente por el propio país de procedencia y oye hablar muchísimo de él. El que cruza el mar cambia de trenes, cierto, pero no cambia de tren de pensamiento.

-Es éste un sitio realmente extraordinario -dijo el Profesor, rojo como una langosta hervida-. Uno se instala en el baño, y tanto si da el agua caliente como la fría la temperatura es tremenda. Vayamos a ver de dónde viene eso y marchémonos.

Hay un sitio llamado la Montaña Ardiente, cinco minutos colina adentro. Allí fuimos, a través del ininterrumpido encanto de los sotos de bambú, pinos, hierba sedosa y más pinos, mientras el río gruñía allá abajo. Por fin encontramos un infierno empobrecido y de segunda mano ordenadamente dispuesto en una ladera pelada y sangrante. Era como si una fábrica de cerillas hubiese quedado sepultada por un deslizamiento de tierras. El agua, en la que habían hervido huevos podridos, formaba charcas de labios ampollados y soltaba resoplidos de fino humo blanco que surgían de debajo de la tierra laboriosa. A pesar del olor y de las incrustaciones sulfurosas en las rocas negras, me sentí decepcionado hasta que noté el calor del suelo, que era el de la superficie exterior de una caldera. Dicen que la montaña está extinguida. Si un número indecible de toneladas de pólvora embutidas en unos pocos pies de barro son la idea japonesa de la extinción, estoy encantado de no haber sido presentado a ningún volcán en activo. Desde luego, no fue ninguna idea presuntuosa sobre mi propia importancia, sino una tierna consideración por la capa de fuego bajo mis pies y el temor a poner accidentalmente en marcha la maquinaria lo que me hizo andar tan precavidamente y repetir insistentemente al Profesor que debíamos volver.

-¡Bah! Tan sólo es la caldera de su baño matutino. Todas las fuentes nacen aquí -dijo.

-Tanto me da. Dejémoslas en paz. ¿No ha oído hablar nunca de la explosión de una caldera? No hurgue con su bastón de ese modo chapucero. Acabará por abrir el grifo.

Cuando se ha visto una montaña ardiente se empieza a apreciar la arquitectura japonesa. No es sólida. Todo el mundo ha pasado por uno o dos incendios como si nada. Un negocio no es respetable hasta que ha pasado su bautismo de fuego. Pero el fuego no tiene ninguna importancia. La única cosa que molesta al japonés es un terremoto. En consecuencia, dispone su casa de tal manera que le caiga sobre la cabeza con la ligereza de un haz de retama. Salvaguardándose todavía más, su casa no tiene cimientos, sino que los pilares maestros descansan sobre las cimas de piedras redondas hundidas en el suelo. Los pilares maestros adoptan las ondulaciones del choque y, aunque el edificio puede ceder como una red de pesca, no ocurre nada demasiado serio. Eso es lo que aseguran los sibaritas de terremotos. Yo espero mis propias experiencias, pero no cerca de un distrito tan sospechoso como la Montaña Ardiente.

[77] Bandidos, es especial salteadores de caminos, en el subcontinente indio. solían operar en bandas que podían llegar a ser muy numerosas.

[78] Una de tantas expediciones militar-policiales de las tropas coloniales británicas de la India.

Huí de Myanoshita tan sólo para pasar de un terror a otro. Un enano de pantalones azules me empujó a un rickshaw enano con ruedas que parecían telarañas, y me hizo bajar estruendosamente, en media hora, el tosco camino que nos había llevado cuatro horas subir. Quiten todos los parapetos del camino de Simla y déjenlo a su aire durante diez años. Entonces láncense a toda velocidad pendiente abajo, por las cuatro millas más empinadas de cualquier tramo, ¡detrás de un solo hombre!

-No encontraríamos a media docena de nuestros montañeses capaces de llevarnos de este modo -gritó el Profesor, entre violentos bamboleos, mientras las ruedas se agitaban como patas de ganso y el artilugio entero se inclinaba en un ángulo de treinta grados. Me enorgullece pensar que ni siquiera sesenta montañeses hubiesen brincado de aquel modo desdichado llevando a un sahib. Tampoco ninguna empresa de tranvías, en el Oriente auténtico, [79] hubiese mantenido un servicio para atrapar un tren que funcionaba el año anterior pero que ahora (descanse en paz) está más muerto que la reina Ana. Un pequeño y curioso tranvía, en un trayecto de siete millas, se salía del paso con mucha más dignidad. Tenía un vagón de primera clase y otro de segunda, con dos caballos para cada cual, y los hacía avanzar a cien yardas el uno del otro, el primero casi vacío y el segundo medio lleno. Cuando el diminuto conductor no podía controlar a los caballos, cosa que ocurría, por término medio, cada dos minutos, no perdía el tiempo intentando detenerlos. Accionaba el freno y se reía, posiblemente de la empresa que había pagado el sofisticado vagón. Con todo, era un conductor artista. No llevaba ninguna placa de cobre filistea. En las hombreras de su chaquetón azul se dibujaban en blanco tres pértigas en círculo, y en los faldones otras tantas ruedas de tranvía convencionales. Sólo los japoneses saben cómo convencionalizar una rueda de tranvía o elaborar una trama de pértigas. Aunque nos llevó doce horas recorrer las treinta millas que nos separaban de Yokohama, lo admitimos sinceramente mientras esperábamos nuestro tren en un pueblo junto al mar. Todo pueblo de dimensiones respetables tiene una calle mayor de unas tres millas de longitud. Los pueblos con una población superior a las diez mil almas adquieren el rango de ciudad.

-Y aún no han visto ustedes -dijo un hombre, en Yokohama, aquella noche- la población más densa. Se encuentra allá, en los *kens*... distritos, como ustedes los llaman... occidentales. Allí la gente está realmente apiñada, pero virtualmente no existe la pobreza en el país. Un trabajador del campo, ¿saben?, puede mantenerse y mantener a su familia, mientras haya arroz, por cuatro centavos diarios, y el precio del pescado es simbólico. El arroz cuesta ahora un dólar las cien libras. ¿A cuánto equivale eso en el sistema indio? Entre veinte y veinticinco *seers* por rupia. Sí, más o menos. Bueno, gana quizá tres dólares y medio al mes. La gente gasta mucho en diversiones. Necesitan divertirse. No creo que ahorren demasiado. ¿Cómo invierten sus ahorros? ¿En joyas? No, no exactamente; aunque ya verán que las horquillas de pelo de las mujeres, que son más o menos las únicas joyas que llevan, son muy caras. Se pagan de siete a ocho dólares por una buena horquilla de pelo y, claro, si son de jade váyase a saber cuánto valen. En lo que las mujeres emplean realmente su dinero es en sus *obis*, eso que ustedes llaman cintos. Un *obi* mide diez o doce metros, y sé de casos en que se vendían al por mayor a cincuenta dólares cada uno. Toda mujer, por encima de la clase más pobre, tiene por lo menos un buen vestido de seda y un *obi*. Sí, todos sus ahorros se van en ropa, y un bonito vestido es siempre digno de tenerse. Los *kens* occidentales son los más ricos, en su conjunto. Un mecánico hábil gana allí un dólar o dólar y medio al día y, como ya saben, los trabajadores de la laca y los incrustadores, unos verdaderos artistas, ganan dos. En el

[79] Aunque Kipling aludía a menudo a Oriente como la parte del planeta situada «al este de Suez», el Oriente por excelencia es para él, por supuesto, la India.

Japón hay dinero suficiente para todos los gastos ordinarios. No toman nada prestado para las vías férreas. Consiguen el dinero ellos mismos. Los japoneses son un pueblo enormemente progresivo en lo que se refiere a las vías férreas. Les salen muy baratas, mucho más baratas que cualquier línea europea. Tengo alguna experiencia en eso, e imagino que dos mil libras por milla es el coste medio de la construcción. No en el Tokaido, claro... la línea por la que han venido. Es una línea del gobierno, construida por el estado y muy cara. Estoy hablando de la Compañía Japonesa de Ferrocarriles, que tiene una red de trescientas millas, y de la línea del sur de Kobe, y de la línea de Kinshin, en la isla sur .[80] Hay montones de pequeñas compañías con unas pocas docenas de millas de tendido, pero todas están en expansión. La razón de que la construcción sea tan barata es la naturaleza de la tierra. No hay largos acarreos de raíles, porque casi siempre se puede encontrar en las cercanías algún curso de agua que llega hasta muy tierra adentro y lleva los raíles hasta pocas millas de allí donde los necesitan. Luego, además, se tiene a mano toda la madera necesaria, y el personal es japonés. Hay pocos ingenieros europeos, pero son los jefes de los servicios, aunque pienso que si mañana se prescindiera de ellos los japoneses seguirían construyendo sus líneas. Saben hacerlas rentables. Una línea fue empezada en base a una garantía del estado al ocho por ciento. Todavía no se ha recurrido a esa garantía. Está sacando el doce por ciento por sí sola. Hay un tráfico muy abundante de madera y provisiones para las grandes ciudades, y hay un tráfico local del que no pueden hacerse idea sin haberlo observado. La gente parece moverse en círculos de veinte millas para los negocios o las diversiones... especialmente para las diversiones. Oh, el Japón, se lo digo yo, será una parrilla de vías férreas dentro de poco. Dentro de uno o dos meses se podrá viajar cerca de setecientas millas por la sola línea del Tokaido de un extremo a otro de las islas centrales.[81] Ir del este al oeste ya es más duro. Las cadenas de colinas que forman el espinazo del país son realmente crueles, y pasará algún tiempo antes de que los japoneses puedan tender líneas que las crucen. Pero lo conseguirán, naturalmente. Su país debe seguir adelante.

»Si quieren saber alguna cosa de su política, me temo que no les puedo ser de gran ayuda. Están, por decirlo así, borrachos de licor occidental, y lo tragan a toneles. Dentro de pocos años averiguarán qué cantidad necesitan realmente de eso que llamamos civilización, y qué cantidad pueden descartar. No es como si tuviesen que aprender las artes de la vida o cómo conseguir la comodidad. Eso hace ya tiempo que lo saben. Cuando su sistema ferroviario esté completo y empiecen a comprender su nueva Constitución, habrán aprendido todo lo que podemos enseñarles. Ésta es mi opinión; pero se necesita tiempo para llegar a comprender este país. Vivo en él desde hace cosa de ocho o diez años, y mis puntos de vista no valen demasiado. He llegado a conocer a algunas de las viejas familias que, en otro tiempo, formaban la nobleza feudal. Se mantienen encerradas en el trato de unas con otras y viven muy tranquilamente. No creo que encuentren a muchos de sus miembros en las clases oficiales.[82] Su único defecto es que gastan por encima de sus posibilidades. No les recibirían en sus casas de manera informal. Contratan a danzarinas, o le llevan a uno a su club y le ofrecen una gran comida. No les presentan a sus mujeres, y todavía no han abandonado la norma de que una mujer coma después que el marido. ¿Igual que los nativos de la India, dicen? Bueno, me encantan los japoneses; pero supongo que *son* nativos, se les mire como se les mire. No deberían pen-

[80] La isla de Kyushu.

[81] De norte a sur, Hokkaido, Honshu, Shikoku y Kyushu.

[82] Tras la revolución Meiji de 1868, si bien muchos miembros de la alta nobleza sí recibieron cargos y dignidades oficiales, el poder efectivo pasó a ser ejercido sobre todo por miembros de clanes de samurais.

sar que el japonés sea descuidado en el trabajo y deshonesto. Un chino, por lo general, es un bribonazo mayor que un japonés; pero es lo bastante juicioso para darse cuenta de que la honradez es la mejor política y para actuar de acuerdo con eso. Un japonés será deshonesto tan sólo para ahorrarse molestias. En ese sentido, es como un niño.

¿Cuántas veces he tenido que registrar opiniones como la que precede? En todas partes los extranjeros dicen lo mismo de la pulcra gente menuda que vive entre flores y niños y fuma un tabaco tan suave como sus modales. Lo lamento; pero si se piensa en ello, una raza sin ningún defecto sería perfecta. Y entonces todas las demás naciones de la tierra se alzarían para despedazarla. Y entonces no existiría el Japón.

-Le concedo un día para que piense en todas estas cosas -dijo el Profesor-. Después iremos a Nikko y a Tokyo. Quien no ha visto Nikko no sabe cómo se pronuncia la palabra «hermoso».

Yokohama no es el sitio adecuado para poner en orden las propias impresiones. El océano Pacífico llama a la puerta de uno, pidiendo ser contemplado; los barcos de guerra japoneses y americanos exigen que se les preste una seria atención mediante un catalejo; y si uno deambula por los pasillos del Gran Hotel tiene que detenerse a charlar con generales españoles, enteramente hechos de charreteras doradas y espuelas, o se ve cazado por agentes de tiendas de curiosidades. No es una experiencia agradable encontrar a un sahib con sombrero panamá tendiéndole a uno la tarjeta de su empresa, absolutamente igual que un mercader de seda de Delhi. Uno se siente inclinado a apiadarse de ese hombre hasta que se sienta, le da a uno un cigarro y le cuenta todos los detalles de sus enfermedades, de su pretérita carrera en California, donde siempre estaba ganando dinero para perderlo luego, y de sus expectativas de futuro. Uno se da cuenta entonces de que está entrando en un mundo nuevo. Hablen con todas las personas con las que se encuentren, si muestran la menor disposición a hablar con ustedes, y recogerán, como yo, una multitud de historias que les serán útiles posteriormente. Desdichadamente, no todas ellas son aptas para publicarse. Cuando me hube apartado de las distracciones y del mundo exterior y, simplemente, estaba sentado con la idea de escribir en serio sobre el futuro del Japón, entró un hombre fascinante, con montones de dinero, que había coleccionado curiosidades indias y japonesas durante toda la vida y había llegado ahora a este país para conseguir algunos viejos libros que le faltaban para su colección. ¿Pueden imaginar una vida más agradable que sus vagabundeos por la tierra, provisto de indecibles conocimientos especiales que respaldan todos sus desembolsos?

Al cabo de cinco minutos me había transportado muy lejos de la gente bulliciosa que nos rodeaba, hasta un mundo tranquilo donde había hombres que meditaban durante tres semanas delante de un bronce y recorrían todo el Japón en busca de una vaina de espada dibujada por un gran artista, y... eran horriblemente engañados al final.

-¿Quién es hoy el mejor artista del Japón? -pregunté.

-Murió en Tokyo, el viernes pasado, el pobre, y no hay nadie que ocupe su lugar. Se llamaba K...[83] y, por lo general, nunca se le podía convencer para que trabajase salvo cuando estaba borracho. Hizo sus mejores pinturas estando borracho.

-*Ému*.[84] Los artistas nunca están borrachos.

[83] Kyoshai Shofu (1831-1889); Kipling lo cita sólo por la inicial del apellido por deferencia al proverbial recato victoriano, debido a los comentarios que siguen sobre el alcoholismo de Kyoshai.

[84] Emocionado, conmovido. En francés en el original.

-Muy cierto. Le mostraré una vaina de espada que él dibujó. Todos los mejores artistas de por aquí hacen cantidad de dibujos. K... solía desperdiciar el tiempo en dibujos para viejos amigos. Si se hubiese mantenido en el terreno de la pintura, podría haber hecho el doble. Pero nunca escapó a las necesidades inmediatas. Cuando vaya a Tokyo, arrégleselas para conseguir dos libritos suyos llamados *Esbozos de un borracho*... pinturas que hizo mientras estaba... ému. Hay en ellos audacia y fuerza suficientes para llenar media docena de estudios. Un artista inglés los estudió durante algún tiempo. Pero el toque especial de K... no era transmisible; aunque hubiera podido enseñar a su discípulo algunas cosas sobre la técnica. ¿Ha visto usted alguna vez alguno de los cuervos de K...? Podría identificarlos en cualquier parte. K... era capaz de meter en la mente de un cuervo todas las cosas malvadas que hayan podido existir; y el cuervo es el primo hermano del diablo; y eso en un trozo de papel de seis pulgadas de lado, con un pincel de tinta china y dos giros de muñeca. Mire la vaina de espada de la que le hablaba. ¿Qué le parece desde el punto de vista del sentimiento?

En una pieza de hierro circular de cuatro pulgadas de diámetro, perforada cerca de la empuñadura para la espiga de la hoja, el pobre K..., que murió el viernes pasado, había esbozado la figura de un culí intentando plegar una pieza de tela que ondulaba bajo una alegre brisa; no un viento frío, sino una vigorosa racha veraniega. El culí disfrutaba con lo que hacía, lo mismo que la tela. Quedaría plegada al cabo de un minuto, y el culí seguiría su camino con una sonrisa.

He aquí lo que K... había concebido, y el fiel operario ejecutado con ligerísimos toques de buril, con el fin de que el objeto pudiera acabar en el gabinete de un coleccionista de Londres.

-¡Vaya, vaya! -dije, devolviendo reverentemente la vaina-. A un hombre capaz de hacer esto lo mataría seguir viviendo después de perder su toque. Es feliz para él que haya muerto... pero me hubiera gustado conocerle. Muéstreme alguna otra cosa.

-He conseguido una pintura de Hokusai, el gran artista que vivió a finales del siglo pasado y comienzos de éste. [85] Incluso *usted* habrá oído hablar de Hokusai, ¿no es cierto?

-Un poco. He oído decir que era imposible conseguir una pintura auténtica con su firma incorporada. -Es verdad; pero he mostrado esta pintura al experto en pintura del gobierno japonés, el hombre al que el Mikado consulta en caso de duda, y a la primera autoridad europea en arte japonés; y, naturalmente, también está mi propia opinión para respaldar la garantía firmada por el vendedor. ¡Mire!

Desenrolló una pieza de seda y me mostró la imagen de una muchacha vestida de crespón azul pálido y gris, que llevaba en los brazos un fardo de ropas que, como mostraba la cuba detrás de ella, acababa de lavar. Un pañuelo azul oscuro le colgaba ligeramente sobre el antebrazo izquierdo, el hombro y el cuello, dispuesto para anudar las ropas cuando el fardo fuese depositado en el suelo. La carne del brazo derecho se veía a través del fino tejido de la manga. Su mano derecha se limitaba a estabilizar el fardo por la parte de arriba; con la mano izquierda lo asía firmemente por debajo. A través del rígido cabello azul-negro se veía la silueta de la oreja izquierda.

El hecho de que hubiera un trabajo enorme en aquella pintura, desde la ornamentación de las horquillas hasta el grano de los zuecos, no me vino a la mente hasta pasados cinco minutos, cuando hube admirado suficientemente la seguridad del toque. -Recuerde que no hay lugar para el error cuando se pinta sobre seda -dijo el orgulloso propietario-. El

[85] Hokusai nació en 1760 y murió en 1849.

trazo debe proseguir pase lo que pase. Lo único que se puede hacer antes de pintar es un ligero punteado con carbón que luego se quita con un cepillo de plumas. ¿Sabía algo Hokusai, sí o no, sobre las telas y los colores, o sobre la forma de una mujer? ¿Existe alguien que pudiera enseñarle alguna cosa que él no supiera si hoy estuviese vivo?

Luego viajamos a Nikko.

9

La leyenda del vado de Nikko y la historia de la desgracia evitada.

Una ciudad rosa y roja, la mitad de vieja que el Tiempo.

Cinco horas de tren nos llevaron al comienzo de un viaje en rickshaw de veinticinco millas. El guía desenterró un vetusto carromato de estilo japonés y nos sedujo a subir a él con promesas de velocidad y comodidad superiores a cualquier cosa que pueda ofrecer un rickshaw. No vayan jamás a Nikko en carro. La ciudad de la que se parte está llena de caballitos de carga que no están acostumbrados al carro, y un animal de, cada tres intenta cocear a sus colegas en las curvas. Eso hace que el viaje sea considerablemente excitante hasta que la irregularidad del camino apaga todas las emociones excepto una. Se llega a Nikko por una avenida de *cryptomerias:* árboles parecidos a los cipreses, de una altura de ochenta pies, con troncos rojos o plata mate y follajes del verde más oscuro en forma de plumero de carruaje fúnebre. Cuando digo una avenida quiero decir una avenida continua de veinticinco millas, con los árboles tan juntos, durante todo el trayecto, que sus raíces se entrelazan y forman muros de madera a ambos lados del camino hundido. En los sitios donde era necesario construir un pueblo en el itinerario (es decir, cada dos o tres millas), habían sido arrancados algunos de los gigantes, del modo que se arrancan las muelas de una mandíbula bien provista, para hacer sitio a las casas. Luego los árboles se cerraban como antes para montar guardia a lado y lado del camino. Los taludes entre los que avanzábamos estaban iluminados por azaleas, camelias y violetas. «¡Glorioso! ¡Espléndido! ¡Magnífico!», cantábamos a coro el Profesor y yo durante las primeras cinco millas, en los intervalos entre baches. La avenida no prestó la menor atención a nuestros elogios, salvo por el hecho de que los árboles crecían cada vez más juntos. «Panoramas de sombras de columnas» es una fórmula muy agradable de leer en los libros, pero en un día frío el desgraciado corazón del hombre es muy capaz de prescindir alegremente de una o dos millas de semejante cosa si con ello se abrevia el viaje. Éramos ciegos a la belleza que nos rodeaba; a las hileras de caballitos de crines parecidas a cepillos de escoba y de temperamento endiablado que coceaban sin parar; a los peregrinos con pañuelos azules y blancos en la cabeza, con niños parecidos a Buda sobre los hombros; a los pulcros carros campesinos tirados por caballitos en miniatura que transportaban cobre de las minas y saki de las colinas; al color y el movimiento de los pueblos, donde todos los niños gritaban «¡Ohio!» y todas las personas mayores reían. Los grises troncos de los árboles nos escoltaron solemnemente a lo largo de todo aquel camino espantosamente malo que había sido arreglado con zarzales, y al cabo de cinco horas vimos Nikko en forma de un largo pueblo al pie de una colina; y la Naturaleza caprichosa, para compensarnos del magullamiento de nuestras osamentas, se puso a reír instantáneamente bajo una inundación de luz solar. ¡Y en qué escenario desatinado caía la

Librodot

luz! Las cryptomerias levantaban, delante de nosotros, un muro de tinieblas verdes; un violento torrente verde oscuro corría sobre guijarros azules, y entre la corriente y los árboles estaba tendido un puente rojo sangre, el puente sagrado de laca roja que nadie puede pisar salvo el Mikado.

Son artistas muy sutiles, los japoneses. Hace mucho tiempo, un rey de gran corazón llegó al río de Nikko y miró, al otro lado, los árboles, el torrente corriente arriba y las colinas de las que procedía, y, corriente abajo, las siluetas más suaves de los cultivos y los espolones de montañas boscosas. «Sólo se necesita un toque de color en primer plano para conjuntar todo esto», dijo, e hizo que un niño en camisón azul y blanco se pusiera bajo los imponentes árboles para juzgar el efecto. Alentado por su ternura, un anciano mendigo se aventuró a pedirle limosna. Ahora bien, era uno de los viejos privilegios de los grandes señores el poder probar el temple de sus espadas en mendigos y fauna similar. Mecánicamente, el rey hizo rodar la cabeza del anciano, porque no quería ser molestado. La sangre saltó por las losas de granito del vado del río, formando una capa del más puro color bermellón. El rey sonrió. La casualidad le había resuelto el problema. «Construye un puente aquí», dijo al carpintero de la corte, «un puente que tenga exactamente el color de esa cosa que hay sobre las piedras. Construye también un puente de piedra gris cerca del primero, porque no quiero olvidar las necesidades de mi pueblo». Entonces dio al niño que estaba al otro lado del río mil monedas de oro, y prosiguió su camino. Había compuesto un paisaje. En cuanto a la sangre, la enjuagaron y no volvieron a hablar de ella; y ésa es la historia del puente de Nikko. No la encontrarán en las guías de viaje.

Seguí la voz del río a través de un desvencijado pueblo de juguete y de ásperas hondonadas hasta que, tras cruzar un puente, me encontré entre piedras cu biertas de líquenes, matorrales y flores de primavera. La ladera de la colina, empinada y boscosa como las laderas de la roja Aravalli, [86] subía a mi izquierda; a mi derecha, la mirada vagaba del pueblo a los cultivos, de los cultivos a los altos cipreses, y descansaba finalmente en el azul frío de una austera cima circundada por franjas de nieve todavía no fundida. El hotel de Nikko estaba construido al pie de aquella colina; y estábamos en el mes de mayo. Entonces llegó un gorrión con un tallo de hierba en el pico, pues estaba construyendo su nido; y supe que la primavera había llegado a Nikko. Tenemos demasiada tendencia a olvidar los cambios de estación, allá en la india.

Sentadas en una línea solemne en las orillas del río había cincuenta o sesenta imágenes de piernas cruzadas que un ojo poco entrenado identificaba inmediatamente como otros tantos pequeños Budas. Todas ellas, incluso cuando el líquen las había cubierto de lepra, tenían el porte tranquilo y la mirada inmóvil del Señor del Mundo. En realidad no se trataba de Budas, sino de otras cosas: regalos de grandes hombres olvidados a instituciones muertas y enterradas, o monumentos conmemorativos de los antepasados. La guía de viaje se lo explicará. Eran un grupo fantasmal. Cuando las examiné más atentamente, vi que todas eran diferentes. Muchas sostenían entre los brazos juntos una pequeña cantidad de guijarros del río, puestos allí, evidentemente, por personas piadosas. Pregunté a un forastero que estaba de paso el significado de aquel regalo, y me dijo:

-Esos seres tan distinguidos son imágenes del Dios que Juega con los Niños arriba en el Cielo. Les cuenta historias y les construye casas de guijarros. Se les ponen piedras en los brazos para que no se olvide de entretener a los niños o para impedir que disminuyan sus provisiones.

[86] Cadena de montes de la india, al sur del Rajastán.

Librodot

No tengo manera de averiguar si el forastero decía la verdad, pero prefiero creer ese cuento como la verdad del evangelio. Sólo los japoneses pueden inventar al Dios que Juega con los Niños. A partir de aquel momento, las imágenes adoptaron, a mis ojos, un nuevo aspecto y dejaron de ser «esculturas greco-budistas» para convertirse en amigos personales. Anadí un buen montón de guijarros a las provisiones del más alegre de ellos. Su pecho estaba adornado por pequeñas tiras de plegarias impresas que le daban el aspecto de un viejo párroco indigno con las cintas en desorden. Un poco más arriba, en la ribera del río, había una áspera roca solitaria recortada en una cosa que la gente llamaba un altar sintoísta. Yo estaba mejor enterado: el objeto era hindú, y miré las piedras pulidas, a todos lados, en busca de las familiares salpicaduras de pintura roja. En una roca plana que colgaba sobre el agua estaban grabados algunos caracteres en sánscrito que se parecían remotamente al molino de oraciones tibetano. Sin comprender absolutamente nada, y contento de no llevar conmigo ninguna guía de viaje, bajé hasta la orilla del río, comprimido en aquel punto en un torrente furioso. ¿Conocen ustedes el Strid cerca de Bolton, ahí donde toda la fuerza del río se apretuja en una anchura de dos yardas? El Strid de Nikko es una versión mejorada del Strid de Yorkshire. Las rocas azules están surcadas como jabón de sastre por las embestidas del agua. Se alzan por encima del nivel de la cabeza y, en primavera, están empenachadas de flores de azalea. El forastero de los diosecillos se me acercó por detrás mientras yo tomaba el sol sobre una peña. Señaló la pequeña garganta rocosa.

-Si ahora pintase eso tal como es, todos los críticos de los periódicos me llamarían embustero.

La corriente enloquecida bajaba directamente de una colina azul manchada de rosa por una garganta azul celeste también manchada de rosa. Un pino obviamente imposible montaba guardia junto al agua. No sé lo que daría por ver una representación exacta de aquel paisaje. El forastero se alejó, murmurando algo en torno a alguna ofensa secreta, relacionada tal vez con la Academia de pintura.

El guía, azuzado por el Profesor, me buscaba por las orillas del río y me invitó a «venir y ver templos». Entonces maldije, imparcial y rotundamente, a todos los templos, porque me sentía muy bien tendido en la arena cálida en el hueco de una roca, tan ignorante como los animales de herradura que pisoteaban la ribera opuesta.

-Muy bonitos templos -dijo el guía-; usted venir y ver. A veces templo estar cerrado porque los sacerdotes añaden media hora al tiempo.

Nikko va media hora por delante de la hora generalmente admitida porque los sacerdotes de los templos han descubierto que los viajeros que llegan a las tres de la tarde intentan hacerse todos los templos antes de las cuatro, que es la hora oficial de cerrarlos. Eso defrauda a la iglesia de lo que le es debido, de modo que sus sirvientes adelantan el reloj y así Nikko, haciendo caso omiso del valor del tiempo, queda satisfecha.

Al maldecir los templos hice una tontería por la que esta pobre pluma jamás podrá ofrecer una compensación suficiente. Subimos una colina por una rampa de piedras grises. Las cryptomerias del camino de Nikko eran como niños en comparación con los gigantes que allí nos daban sombra. Entre sus troncos gris hierro se veían destellos rojos, del rojo sangre del puente del Mikado. Aquel gran rey que mató al mendigo en el vado había quedado complacido por el éxito de su experimento. Pasando bajo una poderosa arcada de piedra llegamos a un cuadrángulo esplendoroso animado por un ruido de martillos. Treinta o cuarenta hombres aporreaban las columnas y los peldaños de un altar de cornalina cargado de oro.

-Eso -dijo el guía, impasible- es un almacén. Renuevan la laca. Primero la extraen.

¿Han «extraído» ustedes alguna vez laca de la madera? Golpeé fuertemente el pie de una columna y, al cabo de media docena de golpes, conseguí que se des prendiera un pequeño fragmento de esa materia, semejante, en textura, a cuerno de color rojo. Sin traicionar mi sorpresa, pregunté el nombre de un altar todavía más magnífico que estaba al otro lado del patio. Estaba lacado de rojo como los demás, pero sobre su puerta principal, a la luz del sol, había tres monos labrados; uno con las manos en los oídos, otro tapándose la boca, y el tercero ocultándose los ojos.

-Este sitio -dijo el guía- servía de cuadra cuando el daimyo guardaba aquí sus caballos. Los monos son esos tres que no oyen nada malo, no dicen nada malo y no ven nada malo.

-Claro -dije-. ¡Qué idea tan buena para una cuadra en la que los mozos roban el grano!

Estaba enojado por haberme rebajado delante de un almacén y una cuadra, aunque en todo el universo no puede haber nada comparable.

Entramos en un templo, o una tumba, no sé cuál de las dos cosas, por un portal de columnas labradas. Once de ellas tenían un dibujo ensortijado cuyo extremo apuntaba hacia el suelo; la doceava tenía el dibujo invertido.

-Hacer todas lo mismo no bueno -dijo el guía, enfáticamente-. Seguro que pasar algo malo pronto. Hacer una diferente, muy bien. Así él salvado. Nada pasa entonces.

A menos que me equivoque, aquella alteración voluntaria del conjunto era el único sacrificio que el dibujante había hecho a los grandes Dioses de allá arriba, tan envidiosos del arte de los hombres. En todo lo demás había hecho lo que había querido, como lo hubiera hecho un dios, con la madera enfundada en laca relumbrante, con esmalte e incrustaciones y entalladuras y bronces, con trabajo a martillo y trabajo con el cincel inspirado. Cuando tuvo que rendir cuentas, se salvó de los celos de sus jueces indicando las columnas ensortijadas como prueba de que él era tan sólo un débil mortal y de ningún modo su igual. Dicen que jamás ningún hombre ha dado dibujos, detalles o descripciones completas de los templos de Nikko. Tan sólo un alemán podría intentarlo, pero le faltaría sentimiento. Tan sólo un francés podría salir airoso en cuanto a sentimiento, pero sería inexacto. Recuerdo haber pasado por una puerta con goznes de *cloisonné,* dintel de oro y batientes de laca, paneles de caparazón de tortuga enlacado y tracerías de bronce. Se abría a una sala en penumbra en cuyo techo azul triscaban y escupían fuego cien dragones de oro. Un sacerdote se desplazaba en la oscuridad de un lado a otro, con pasos silenciosos; me mostró una linterna panzuda de cuatro pies de alto que comerciantes holandeses de otros tiempos habían enviado como regalo al templo. El techo se sostenía sobre pilares de laca roja espolvoreados de oro. En uno de los pilares había una costilla de laca, de seis pulgadas de grosor, que había sido esculpida o grabada con dibujos en alto relieve y se había endurecido como el cristal.

Los peldaños del templo eran de laca negra, y el enmarcado de las pantallas deslizantes de laca roja. El hecho de que montones y montones de dinero hubiesen sido derramados pródigamente sobre aquella maravilla me impresionó muy poco. Quise saber quiénes eran los hombres que, cuando las cryptomerias eran simples vástagos, se habían pasado la vida sentados en un nicho o un rincón del templo y al morir habían transmitido a sus hijos el deber de ornamentarlo, pese a que ni el padre ni el hijo esperaban ver terminada la obra. Hice esta pregunta al guía, el cual me sumergió en un enmarañamiento de daimyos y shogunes, sacando evidentemente todos los datos de una guía de viaje.

Al cabo de un rato me entró en el alma la idea del constructor.

El constructor había dicho: «Construyamos capillas rojo sangre en una catedral». De modo que instalaron la catedral con trescientos años de antelación, sabiendo que los troncos de los árboles formarían sus columnas y el cielo su techo.

Alrededor de cada templo había un pequeño ejército de linternas de bronce o de piedra de valor inimaginable, marcadas, como todas las demás cosas, por las tres hojas que constituían el blasón del daimyo. Las linternas eran verde oscuro o estaban grises de liquen, y no iluminaban en absoluto las tinieblas rojas. Abajo, junto al puente sagrado, pensé que el rojo era un color alegre. Arriba, en la colina, bajo los árboles y a la sombra de los aleros del templo, vi que era la tonalidad de la tristeza. Cuando el gran rey mató al mendigo en el vado no se rió, como yo había dicho. Se sintió muy apenado y dijo: «El Arte es el Arte, y es digno de todo sacrificio. Lleváos ese cadáver y rezad por su alma desnuda». En una sola ocasión, en uno de los patios del templo, la naturaleza se atrevió a rebelarse contra el plan de la colina. Algún árbol del bosque, nada impresionado por las *cryptomerias*, había arrojado un torrente de flores del color rosa más tierno al rostro de un muro de contención gris que protegía una zanja. Era como si un niño se hubiese reído a carcajadas de algún esplendor que no podía comprender.

-¿Ven ese gato? -dijo el guía, señalando a un minino panzudo pintado encima de una puerta-. Es el Gato Durmiente. El artista lo pintó con la mano izquierda. Estamos orgullosos de este gato.

-¿Y le permitieron que siguiera trabajando con la mano izquierda después de pintar esta cosa?

-Oh, sí. Es que era zurdo, ¿saben?

La infinita ternura de los japoneses por sus niños se extiende, según parece, incluso hasta los artistas. Todo guía querrá llevarles a ver el Gato Durmiente. No vayan. Está mal hecho.

Al bajar de la colina me enteré de que toda Nikko estaba cubierta de dos pies de nieve durante el invierno, y, mientras intentaba imaginar hasta qué punto resultarían fieros el rojo, el blanco y el negro verdoso a la luz de un sol invernal, me encontré con el Profesor, que mascullaba interjecciones admirativas.

-¿Qué ha hecho usted? ¿Qué ha visto? -me preguntó.

-Nada. He acumulado un montón de impresiones que no sirven para nadie más que su propietario.

-Lo cual significa que sólo dedicará usted sus sobras a beneficiar a la gente en la India -dijo el Profesor.

Esa idea me asqueó hasta tal punto que me fui de Nikko aquella misma tarde, pese a que el guía proclamaba que no había visto ni la mitad de sus glorias.

-Hay un lago -dijo-; hay montañas. ¡Usted tener que ver!

-Iré a Tokyo y estudiaré la faceta moderna del Japón. Este sitio me irrita porque no lo comprendo.

-Y eso que yo soy el buen guía de Yokohama -dijo el guía.

10

Muestra cómo calumnié groseramente al ejército japonés y edité una gaceta civil y militar que es cualquier cosa menos fiable.

> «Y el duque dijo: "Que haya caballería", y hubo caballería. Y dijo: "Que sea lenta", y fue lenta, endemoniadamente lenta, y la Caballería Imperial Japonesa la incorporó.»

Estaba equivocado. Lo sabía. Hubiese tenido que armar jaleo a la puerta de la legación para conseguir un pase para visitar el Palacio Imperial. Hubiese debido hacer investigaciones sobre Tokyo y visitar a algunos dirigentes políticos de los partidos Liberal y Radical. [87] Hay cien cosas que debería haber hecho; las cornetas empezaron a sonar en el frío de la mañana, y oí bajo mi ventana las pisadas rítmicas de hombres armados. El campo de maniobras estaba a un tiro de piedra de mi hotel en Tokyo; las tropas imperiales iban a hacer instrucción. ¿Se hubiesen ustedes calentado la cabeza en torno a la política o a los templos? Corrí detrás de ellas.

Es más bien difícil conseguir información precisa sobre el ejército japonés. Parece encontrarse perpetuamente en las angustias de la reorganización. Actual mente, hasta donde puede uno conjeturar, sus efectivos son de unos ciento setenta mil hombres. Todo el mundo ha de servir durante tres años, pero el pago de cien dólares acorta el servicio al menos en un año. Eso me dijo un hombre que había pasado por ello. Redondeó su información con este veredicto: «Ejército inglés no vale. Sólo marina algo buena. Haber visto doscientos ejército inglés. No vale».

En el campo de maniobras había una compañía de infantería flanqueada por una cosa que, en aras de la brevedad, denominaré caballería, haciendo instrucción. La primera ejecutaba algunas sencillas evoluciones en orden cerrado; la segunda se dedicaba a cosas variadas y singulares. Ante la primera me descubrí respetuosamente; de la segunda me avergüenza decir que la señalé con el dedo, riéndome. Pero permitan que intente describir lo que vi. El parecido entre el soldado japonés de infantería y el gurka aumenta cuando se lo ve en grupo. Debido a la amplitud del sistema de conscricpión, la calidad de los conscriptos varía inmensamente. Vi a docenas y docenas de hombres con gafas que sólo por vil adulación podrían llamarse soldados y que, espero, estaban asignados a los servicios médicos o a la intendencia. También vi a docenas de hombrecillos de cuello de toro, ancho tórax, espalda plana, delgados de cintura, que resultaban todo lo buenos que podría desear un coronel con mando. En una estación de ferrocarril, en el campo, me había encontrado con un hombre del 2^0 de infantería. Ostentaba la cantidad precisa de fanfarronería que debe exhibir un soldado. Se negó a contestarme ninguna pregunta, y se abría paso sin ceremonia entre la multitud que lo rodeaba. Un gurka del Regimiento del Príncipe de Gales no podría tener mejor compostura. En medio del tumulto de una compra de billetes (salimos juntos), me las arreglé para pasar la mano por el antebrazo y el tórax de aquel hombre bajito. En el ejército japonés deben tener un sistema de

[87] En los tiempos de la visita de Kipling al Japón, en 1889, el partido liberal era el Eyuto (sucesor desde 1880 del Jiyo-Minken-Undo, «partido por la libertad y los derechos del pueblo») y el partido progresista («radical» según Kipling) el Kaishinto, fundado en 1881; aunque esos partidos son los antepasados de todos los partidos de la derecha constitucional japonesa, eran entonces la izquierda legal: ambos habían constituido la oposición a la administración gubernamental, dominada por los oligarcas, y en las primeras elecciones parlamentarias, en 1890, obtendrían una mayoría que emplearon para contrarrestar con mayor eficiencia al gobierno. Sus afinidades eran suficientes para que se fusionasen en 1898 para formar el partido constitucional, el Kenseito.

gimnasia muy completo, y hubiera dado cualquier cosa por desnudar a mi amigo y ver cómo resultaba una vez pelado. Si el 2° de Infantería está a la altura de la muestra, es una buena unidad.

Aquellos hombres que hacían instrucción en Tokyo pertenecían ya fuese al 4°, ya al 9°, y habían salido con sus mochilas de piel de vaca sujetas con correajes pero, me parece, vacías. Con todo el equipo, como el centinela que vi en el castillo de Osaka, deben ir mucho más cargados. Sus oficiales eran uno de los grupos de hombres más desdichados que el Japón es capaz de producir; llevaban gafas, eran bajos incluso por las pautas japonesas, tenían los hombros cargados y las espaldas encorvadas. Graznaban chillonamente sus voces de mando y tenían que trotar al lado de sus hombres para mantener el ritmo de la marcha. El soldado japonés tiene la zancada larga del gurka, y corre a paso ligero con la suelta elasticidad del culí de rickshaw. Durante las tres horas que los observé sólo cambiaron de formación una sola vez, cuando doblaron las hileras atravesando el llano, con los fusiles en prevención. Su marcha y los intervalos valían tanto como los de nuestros regimientos nativos, pero las variaciones eran un tanto confusas y los oficiales no las corregían. Hasta donde alcanza mi limitada experiencia, sus formaciones no estaban tomadas de las nuestras, sino de las de los países continentales. Las voces de mando eran tan espléndidamente ininteligibles como cualquier cosa que podamos encontrar en nuestros propios campos de maniobras; y, de vez en cuando, los oficiales al mando de las secciones arengaban vehementemente a sus hombres, blandiendo amenazadoramente la espada en un estilo clarísimamente poco militar. La precisión de sus movimientos está por encima de todo elogio. Disfrutaron de tres horas de ejercicio continuo, y en los escasos intervalos en que permanecían en descanso para recobrar el aliento traté de encontrar algún signo de negligencia en las filas, ya que la posición de descanso es la prueba crucial para los soldados cuando ya ha desaparecido la primera energía matutina. Permanecían en descanso, ni más ni menos que eso, pero ni una sola mano bajó hasta una bota o abrochó un botón mientras estaban en esa posición. Cuando pusieron rodilla en tierra, sin abandonar aquella extraña formación en columna de compañía, comprendí el misterio de la larga espada a modo de bayoneta que tanto me había desconcertado. Esperaba ver a aquellos hombrecillos propulsados al aire en cuanto la vaina de la bayoneta tocase el suelo; pero eso no ocurrió. La apartaban de un puntapié en el momento de caer sobre una rodilla. Con todo, las autoridades prenden hombres a las bayonetas en vez de bayonetas a los hombres. Cuando iban al paso ligero no sujetaban las cartucheras con una mano ni estabilizaban la bayoneta con la otra, como puede verse diariamente en los campos de tiro de las tropas indias. Corrían limpiamente, como nuestros gurkas.

La idea era poco cristiana, pero hubiese dado no sé cuánto para ver a aquella compañía enfrentada a un número igual de Nuestra infantería nativa, tan sólo para saber cómo resultarían. Si tienen resolución, y no hay gran cosa en su historial que pueda demostrar que no la tengan, [88] deben ser enemigos de primera clase. Al mando de oficiales británicos en vez de las diminutas anatomías actualmente disponibles, y con un fusil mejor, deberían ser tropas tan buenas como cualesquiera que se recluten al este de Suez. Sólo hablo aquí de los diestros hombrecillos que vi. Lo peor que tiene la conscripción es que engloba a una masa de ciudadanos de cuarta y quinta categoría que, si bien pueden sostener un fusil, probablemente, debido a su excusable inepcia, pueden dañar la moral y la compostura de un regimiento. Cuando salen de paseo, los soldados no sueñan siquiera

[88] Hacía tres siglos que el Japón no libraba guerras exteriores. La valoración de Kipling de la eficiencia de las tropas japonesas no tardaría en verse confirmada (no así su descalificación de la oficialidad japonesa) por las victorias del Japón en las guerras Chino-Japonesa (1894-1895) y Ruso-Japonesa (1904-1905).

en marcar el paso. Se atan cosas a los correajes, llevan paquetes, andan con descuido y ensucian los uniformes.

Y aquí tienen una idea somera de la infantería japonesa. La caballería se dedicaba a un picnic al otro extremo del campo de maniobras, formando círculos por secciones a derecha e izquierda, intentando parecerse de algún modo a una tropa, etcétera. No me costaría nada creer que aquellos señores que vi fuesen reclutas. Pero llevaban el armamento completo, y sus oficiales eran igual de hábiles que ellos. La mitad iban en uniforme de faena y con gorra plana, con botas de media caña de cuero marrón con espuelas cortas y correas negras, sin cadenas. Llevaban carabina y sable; el sable pegado al hombro, y la carabina colgando a la espalda. No usaban gamarra; petos y gruperas, y una silla de montar grande y pesada con una sola cincha sobre dos *numdahs*, completaban el equipo que un caballito de treceava mano, todo él crines y cola, intentaba quitarse de encima. Si uno pone un bocado y una brida de dos libras en la boca de un caballito, hiere sus sentimientos. Cuando los jinetes llevan, como mis amigos, guantes blancos de estambre, es imposible sujetar las riendas adecuadamente. Cuando guían con ambas manos, bien aposentados sobre el cuello de la montura, con los nudillos al nivel de las orejas y con las estriberas acortadas al máximo, las posibilidades de que el caballo se libre del jinete aumentan manifiestamente. Jamás he visto una pesadilla ecuestre semejante a aquello que ocurría en el campo de maniobras de Tokyo. ¿Recuerdan ese dibujo de *Alicia en el país de las maravillas*, justo antes de que Alicia se encuentre con el León y el Unicornio, cuando topa con los hombres armados que vienen por el bosque? Pensé en aquello, así como en el Caballero Blanco de la misma obra clásica, y me reí a carcajadas. Allí había una serie de caballitos muy bonitos, de extremidades firmes como las de las cabras, en su mayor parte enteros y llenos de brío. Bajo el peso japonés hubieran dado una muy decente infantería montada. Pero ahí estaba aquella nación, inclinada a la imitación ciega, intentando hacer con ellos una caballería pesada. Mientras los pequeños animales trotaban en círculo, muy serios, no les importaba lo que hacían. Pero cuando se trataba de sablear la cabeza de un turco sus objeciones eran realmente considerables. Me ahijé una sección que, armada con largas espadas de madera, se entretenía en decapitar turcos. Un caballito partió al más gentil galope lento, mientras el jinete recogía todas las riendas en una sola mano y sujetaba el sable como si fuese una lanza. Luego, el animal hizo un pequeño rehuso, sacudió su cabeza peluda y se puso a pasear alrededor de la cabeza de turco. Ninguna presión de rodilla o rienda le comunicaba qué se esperaba de él. El hombre que llevaba encima se puso a sacudir las espuelas desde el cuarto delantero hasta la grupa, y a sacudir la quincallería que habían puesto en la boca del pobre animal. El caballito no podía ni encabritarse, ni cocear, ni hacer saltar al jinete entre sus orejas; pero con una sacudida se libró de su carga, que resbaló al suelo. Vi ocurrir eso mismo tres veces. La catástrofe no alcanzaba la dignidad de una simple caída. Aquello era el torpe desplome de la incompetencia con el añadido de guantes de estambre, una monta a dos manos y una bala de heno como equipo. Muy a menudo el caballito iba directo al poste, y el jinete asestaba un tajo por detrás a la cabeza de turco, lo cual casi le hacía salir despedido de la silla, que era «un mundo demasiado ancha». [89] Y esa solemne representación se repetía una y otra vez. Puedo decir con toda honestidad que los caballitos tienen una gran predisposición a romper filas y abandonar a sus compañeros, cosa que no haría un caballo de las tropas inglesas; pero imagino que eso se debe más a los asuntos privados urgentes del caballito que a la destreza en su adiestramiento. Las tropas se lanzaron una o dos veces a la carga a un galope aterrador.

[89] «*World-too-wide*». Shakespeare, Como gustéis.

Cuando los hombres querían detenerse, se echaban atrás y tiraban de las riendas, y el caballito bajaba la cabeza al suelo y fastidiaba cuanto podía. Lanzaron una carga en mi dirección, pero fui clemente y me abstuve de desensillar a la mitad de los jinetes, cosa que sin duda hubiese conseguido extendiendo los brazos y gritando « ¡Hi! ». Lo más triste era la penosa aplicación mostrada por todos los artistas del circo. Tenían que convertir a aquellas ratas en caballería. No sabían nada del arte de montar, y sabían que estaba mal lo que hacían; pero las ratas tenían que transformarse en caballos de batalla. ¿Por qué no había de tener éxito el proyecto? Había, en los rostros de los hombres, un asombro paciente y patético que me infundía ganas de tomar a uno de ellos en brazos y tratar de explicarle algunas cosas; cómo manejar las riendas, por ejemplo, y la futilidad de colgarse sobre las espuelas. Cuando el ejército hubo terminado y mientras las tropas se alejaban al paso, la Providencia envió diagonalmente, a través del campo de maniobras, al galope, a un hombre alto y huesudo montado en un espumeante caballo americano rojo. Al animal se le estremecían las aletas de la nariz, desplegó el estandarte de su cola y brincó por el campo, mientras su jinete, con un brazo caído, permanecía erguido, guiándolo ligeramente a golpes de cadera. Los dos sirvieron para calificar lo que los rodeaba. Alguien, de veras, debería explicar al Mikado de aquellos caballitos no estaban destinados a ser montados por dragones.

Si los cambios y vicisitudes del servicio militar les hacen combatir alguna vez contra tropas japonesas, no sean duros con su caballería. No lleva malas inten ciones. Pongan en el suelo algunos petardos para que los caballos los pisen y manden una patrulla a recoger lo que quede. Pero si se enfrentan a infantería japonesa al mando de algún oficial continental, no tarden en abrir fuego cerrado, a la mayor distancia posible para hacer blanco. Son hombrecillos de mala idea y se las saben todas.

Después de haber resuelto a fondo la faceta militar de la nación, exactamente del mismo modo que mi amigo japonés, al comienzo de esta carta, había resuelto nuestras cosas militares (en base a doscientos hombres elegidos al azar), me dediqué a un examen de Tokyo. Estoy cansado de templos. Su monótono esplendor me da dolor de cabeza. También a ustedes les cansarán los templos a menos que sean artistas, y entonces sentirán asco de sí mismos. Hay gente que dice que Tokyo cubre una superficie igual a la de Londres. Otros dicen que no tiene más de diez millas de largo por ocho de ancho. [90] Hay muchísimas maneras de resolver la cuestión. Encontré un jardín de té situado en un rellano verde a lo alto de un tramo de escaleras en cada peldaño de las cuales había lindas muchachas sonrientes. Desde aquel punto elevado contemplé la ciudad, y se alargaba desde el mar hasta donde alcanzaba la mirada, en una extensión gris de tejados apiñados, con el panorama punteado por incontables chimeneas de fábrica. Después me alejé varias millas y encontré un parque, en otro punto elevado, con algunas geishas todavía más bonitas que las anteriores; y, contemplándola de nuevo, la ciudad se alejaba en otra dirección hasta donde alcanzaba la mirada. Si consideramos que la mirada, en un día claro, puede abarcar dieciocho millas, asigno a Tokyo, exactamente, treinta y seis millas de largo por otras treinta y seis de ancho; [91] y tal vez se me escapara alguna cosa. Aquel sitio retumbaba de vida en todos los barrios. Dobles vías de tranvía recorrían las calles principales milla tras milla, hileras de omnibuses esperaban delante de la estación central de ferrocarriles, y la *«Compagnie Générale des Omnibus de Tokyo»* [92] desfilaba por las

[90] Es decir, unas dimensiones mucho mayores que las del Londres de la época.

[91] Sobra decir que la atribución al Tokyo de entonces de una superficie de 3.500 quilómetros cuadrados es una desorbitación humorística de Kipling.

[92] En francés en el original. Queda aquí rectificado *«General»* por *«Générale»*.

calles con sus coches oro y bermellón. Todos los tranvías iban llenos, y todos los omnibuses privados y públicos iban llenos, y las calles iban llenas de rickshaws. Desde la orilla del mar hasta el verde parque umbrío, desde el parque hasta la nebulosa distancia, la tierra pululaba de gente.

Allí se veía hasta qué punto la civilización occidental había penetrado en ellos. Uno de cada diez hombres iba vestido a la europea desde el sombrero hasta los zapatos. Es una extraña raza. Es capaz de parodiar toda clase de modelo humano que pueda encontrarse en una gran ciudad inglesa. El comerciante gordo y próspero de recortadas patillas; el profesor de ciencias de mirada apacible y larga cabellera, con ropas demasiado anchas; el estudiante con chaqueta de Eton y pantalones de fina tela; el joven oficinista, miembro del Clapham Athletic Club, con franelas de tenis; artesanos vestidos de paño de lana muy gastado; el abogado con sombrero de copa, con el labio superior limpiamente afeitado y maletín de cuero negro; el marinero sin empleo; el dependiente; todos ésos y muchos, muchísimos más se encuentran en Tokyo en un paseo de media hora. Pero cuando uno dirige la palabra a esa imitación, resulta que sólo habla japonés. Uno la pone a prueba, y no es lo que uno pensaba. Vagué por las calles dirigiendo la palabra a las personas que me parecían tener un aire más inglés. Se mostraron corteses, con una gracia que de ningún modo concordaba con su atuendo, pero no sabían ni una sola palabra de mi idioma. Un muchachito con uniforme de la Escuela Naval dijo, repentinamente: «Yo habla inglés»; y no pasó de ahí. Las demás personas que vestían nuestras ropas soltaban sobre mí su lengua vernácula. Sin embargo, los rótulos eran ingleses, el tranvía que tenía bajo mis pies era de tipo inglés, las mercancías eran inglesas y los anuncios en las calles estaban en inglés. Era como caminar por un sueño. Reflexioné. Muy lejos de Tokyo, en un sitio apartado de la vía férrea, me había encontrado con hombres como aquéllos en las calles. Ingleses perfectamente vestidos para la mirada externa, pero mudos. El país debe estar lleno de sus semejantes.

-¡Santo Dios! El Japón está corriendo hacia su propia civilización sin aprender un idioma en el que se puede decir «maldita sea» de manera satisfactoria. He de informarme sobre eso.

La casualidad me había llevado delante de las oficinas de un periódico; entré corriendo y pregunté por un redactor. Vino... el jefe de redacción del Tokyo *Public Opinion,* un joven con levita negra. No hay demasiados jefes de redacción, en otras partes del mundo, que le ofrezcan a uno té y un cigarrillo antes de empezar una conversación. Mi amigo sabía muy poco inglés. Su periódico, aunque su nombre estaba impreso en inglés, era japonés. Pero conocía su oficio. Casi antes de que yo le explicase el objeto de mi visita, que era la obtención de información miscelánea, se puso a hablar:

-Usted es inglés. ¿Qué piensa ahora del Tratado de Revisión americano?

-Hay mucho -contesté, recordando a Sir Roger,[93] bendita sea su memoria-, muchísimo que decir en ambos sentidos. El Tratado de Revisión americano... ejem... exige una enorme cantidad de maduras reflexiones y puede sin duda denominarse...

-Pero nosotros, en el Japón, estamos ahora civilizados.

El Japón dice que ahora está civilizado. Ése es el punto crucial de todo el asunto, hasta donde alcanza mi entendimiento. «Acabemos de una vez con el sistema idiota de los

[93] Sir Roger de Coverley, personaje que, sin admitir su ignorancia en ningún tema, la encubre con vaguedades sentenciosas; creado por Richard Steele (1672-1729) en el periódico *The Spectator,* publicado en 1711-1712.

puertos abiertos al comercio extranjero y los pasaportes para los turistas que van más allá de ellos», dice, en efecto, el Japón. «Dadnos un sitio entre las naciones civilizadas de la tierra, venid entre nosotros, comerciad con nosotros, sentíos entre nosotros como en vuestra casa. Quedad tan sólo sujetos a nuestra jurisdicción y someteos a... nuestros aranceles.» Ahora bien, dado que una o dos naciones extranjeras han obtenido aranceles especiales para sus mercancías, según el modo usual, las naciones extranjeras no se sienten demasiado impacientes por convertirse tan sólo en gente ordinaria. El efecto de aceptar los puntos de vista del Japón seria excelente para el individuo que quisiera adentrarse en el país y hacer dinero, pero sería malo para la nación. Para Nuestra nación en particular.

Con todo, no estaba dispuesto a que mi ignorancia sobre una cuestión candente quedase reflejada en ninguna libreta de notas que no fuese la mía. Traté el asunto al estilo de Gladstone, [94] con las frases más largas que pude construir. Mi amigo las registró en un estilo muy parecido al del conde Smorltork. [95] Luego le ataqué con el tema de la civilización, hablando muy lentamente, porque él tenía un modo muy peculiar de convertir dos de mis palabras en una sola, transformándolas en una cosa nueva.

-Tiene razón -dijo-. Nos estamos haciendo civilizados. Pero no demasiado aprisa, porque eso es malo. Ahora bien, hay dos partidos en el estado: el Liberal y el Radical; un conde encabeza uno, otro conde encabeza el otro. [96] Los radicales dicen que todos deberíamos hacernos ingleses, pronto. Los liberales dicen: no tan aprisa, porque la nación que adopta demasiado aprisa las costumbres de otro pueblo decae. Esa cuestión de la civilización y del Tratado de Revisión americano, ello ocupar nuestras atenciones primeras. Ahora no somos tan celosos por hacernos civilizados como hace dos años, tres. No tan aprisa... ésa es nuestra consigna. Sí.

Si la reflexión madura consiste en la adopción a gran escala de disposiciones imperfectamente comprendidas, me gustaría de veras ver al Japón apresu rado. Discutimos sobre civilizaciones comparadas durante un rato, y protesté débilmente contra el mancillamiento de las calles de Tokyo por hileras de casas construidas a imitación de deslumbrantes modelos europeos.

-Sin duda no hay ninguna necesidad de que descarten ustedes su propia arquitectura, dije.

-¡Ah! -resopló el redactor jefe del *Public Opinion*-. Usted dice que eso es pintoresco. Yo también lo digo. Espere a que se alumbre... incendie. *Por eso* nos parece bien construir al modo europeo. Le diré, y debe creerme, que no hacemos ningún cambio sin pensarlo bien. La verdad, créame, es que no lo hacemos porque seamos niños curiosos que quieren cosas nuevas, como dice alguna gente. Ya hemos acabado con la época de recoger cosas y después tirarlas. ¿Entiende?

-Entonces, ¿de dónde han sacado su Constitución?

No sabía qué saldría a luz con mi pregunta, pero hubiera debido ser más prudente. La primera pregunta que dirige un japonés a un inglés, en un tren, es: «¿Tiene usted la

[94] William Gladstone (1809-1898), jefe del partido liberal inglés, tenía la fama de jugar con circumloquios. Gladstone, menos entusiasta que otros políticos con el imperialismo británico, no gozaba de la simpatía de Kipling.

[95] Personaje de la novela histriónica *Los papeles del club Pickwick* (publicada serialmente entre 1836 y 1837), de Charles Dickens (1812-1870).

[96] Los condes Itagaki y Okuma, respectivamente.

traducción inglesa de nuestra Constitución?» Todas las librerías la venden en inglés y en japonés, y todos los periódicos debaten sobre ella. La criatura no tiene todavía tres meses.

-¿Nuestra Constitución?... Nos fue prometida... prometida hace veinte años. Hace catorce años se permitió a las provincias elegir a sus grandes hombres... sus jefes. Hace tres años se les ha permitido tener asambleas, y así se aseguraba la Libertad Civil.

Me sentí desconcertado durante un buen rato. Finalmente creí comprender que se había dado a los municipios un cierto control sobre los fondos de policía y los nombramientos de los funcionarios de distrito. Quizá me equivoque por completo, [97] pero el redactor jefe me arrastró con un torrente de palabras mientras su cuerpo se balanceaba y sus brazos gesticulaban en la doble angustia de retorcerse la lengua para servirse de un idioma extranjero y explicar el derecho del Japón a ser tomado en serio. ¡Plaf! Su pequeña mano se abatía sobre su pequeña mesa, y las pequeñas tazas de té botaban una y otra vez.

-De verdad, realmente, esta Constitución nuestra no ha llegado demasiado pronto. Avanzó paso a paso. ¿Entiende? Su constitución, las constituciones de las naciones extranjeras, son todas sangrientas... constituciones sangrientas. La nuestra ha venido paso a paso. Nosotros no luchamos como lucharon los barones contra el rey Juan en Runnymede. [98]

Aquello era una cita de un discurso pronunciado en Otzu, pocos días antes, por un miembro del gobierno. Me hizo sonreír la hermandad de los periodistas del mundo entero. Su manecita volvió a alzarse.

-Seremos felices con esta Constitución, seremos un pueblo civilizado entre las civilizaciones.

-Naturalmente. Pero, ¿qué harán con ella, en realidad? Una Constitución es una cosa más bien monótona cuando ha terminado la diversión de mandar miembros al parlamento. Ustedes tienen parlamento, ¿no es cierto?

-Oh, sí, *con* partidos... liberal y radical.

-Entonces, ambos les contarán mentiras y se las contarán el uno al otro. Luego aprobarán leyes y se pasarán todo el tiempo peleando el uno contra el otro. Luego todos los gobiernos extranjeros descubrirán que no tienen ustedes ninguna política fija.

-Ah, sí. Pero la Constitución.

Sus manecitas se entrelazaban sobre sus rodillas. El cigarrillo le colgaba descuidadamente de la boca. -Ninguna política fija. Y cuando hayan asqueado lo

[97] A grandes rasgos, Kipling está en lo cierto al hablar de «un cierto control» más que de un poder políticamente efectivo respecto a la administración central; pero los representantes electos de distritos y municipios sí desempeñaban un papel de gran influencia política y moral en la sociedad japonesa, en rápida y profunda reestructuración desde la revolución Meiji de 1868. El camino japonés hacia la representación parlamentaria había pasado por las elecciones para los consejos de prefectura en 1879 y por las municipales de 1880, con victoria, en ambos casos, de las fuerzas opositoras ya agrupadas o a punto de agruparse en los partidos liberal y progresista.

[98] Bajó la presión armada de los barones rebeldes, el rey Juan («Sin Tierra») de Inglaterra firmó en Runnymede, el 15 de junio de 1215, la Carta Magna, base del sistema constitucional inglés por cuanto que el poder regio quedaba sujeto a controles desde abajo; esa concesión o claudicación del rey no evitó los choques armados de la Primera Guerra de los Barones (1215-1217). En cambio, salvo por resistencias puntuales, la nobleza japonesa, a partir de 1868, no sólo no luchó contra la revolución que acabó con sus privilegios feudales, sino que en buena medida la encabezó.

suficiente a las potencias extranjeras, esas potencias esperarán a que los liberales y los radicales luchen duramente, y entonces les harán saltar en pedazos.

-¿Lo dice usted en broma? No acabo de entender -dijo-. Sus constituciones son todas tan sangrientas...

-Sí, así es exactamente como son. Ustedes se toman la suya muy en serio, ¿verdad?

-Oh, sí, ahora todos hablamos de política.

-Y escriben de política, naturalmente. A propósito, ¿bajo qué... ejem... disposiciones del gobierno se publica un periódico japonés? Quiero decir, ¿han de pagar algo para poder poner en marcha una imprenta?

-Los periódicos literarios, científicos y religiosos... no. Del todo libres. Todos los periódicos puramente políticos pagan quinientos yens... los dan al gobierno para que él los guarde, o si no alguien dice que pagará.

-¿Quiere decir que deben dar garantías?

-No sé, pero a veces el gobierno puede quedarse el dinero. Somos puramente políticos.

Luego me hizo preguntas sobre la India, y pareció atónito cuando supo que allí los nativos poseían un considerable poder político y controlaban distritos enteros. [99]

-Pero, ¿tienen constitución, en la India?

-Me temo que no.

-Ah.

Ahí me había atrapado, y me marché muy humildemente, aunque alentado por la promesa de que el *Tokyo Public Opinion* publicaría una relación de mis palabras. Misericordiosamente, ese respetable periódico se imprime en japonés, de modo que mi ensalada de ideas no será servida en una mesa demasiado grande. No sé lo que daría por averiguar qué significado atribuía el hombre a mis vaticinios sobre el gobierno constitucional en el Japón.

«Ahora todos hablamos de política.» Ésa fue la frase que me quedó grabada. Era la pura verdad. En el Departamento de Educación de Tokyo me contaron que los estudiantes «hablaban de política» durante horas y horas si uno se lo permitía. Por el momento hablaban en abstracto de su nuevo juguete, la Constitución, con su cámara alta y su cámara baja, sus comités, sus cuestiones financieras, sus normas de procedimiento y todas las demás tonterías con que nosotros hemos jugado durante seiscientos años.

El Japón es el segundo país oriental que ha hecho imposible que un hombre fuerte pueda gobernar solo. Ha hecho esto por su libre voluntad. La India, por su parte, ha sido

[99] Kipling habla ahora en serio, pero sus propias obras muestran el «poder» de los «nativos» en la India colonial como sujeto a cuatro principios básicos: 1°, ningún «nativo», así sea un rajá, tiene jamás ningún poder legítimo sobre ni el más modesto de los «sahibs»; 2°, a la inversa, todo «sahib» tiene siempre poder sobre todos y cada uno de los «nativos»; 3°, un «nativo» *menos* «nativo» tendrá más poder que un «nativo» *más* «nativo»: en el relato de Kipling «His *Chance in Life» (1887),* una solitaria gota de «sangre blanca» en un humilde oficinista indio basta para que, en una situación de apuro, las autoridades «nativas» le traten de «sahib» y se pongan a sus órdenes; 4°, cualquier poder que ejerza un «nativo» sobre otros «nativos» es admitido por los ingleses tan sólo en la exacta medida en que respalde el poder colonial inglés. Cada lector sabrá si compartir o no el asombro del periodista japonés ante la información de Kipling acerca del «considerable poder político» de los «nativos» en la India colonial.

secuestrada brutalmente por el Secretario de Estado y los miembros del parlamento inglés.

El Japón tiene más suerte que la India.

11

Muestra la *similitud entre el babu* [100] *y el japonés. Contiene el grito indignado de un incrédulo. La explicación de Mr Smith sobre California y otras partes. Me lleva a bordo de un barco después de una adecuada advertencia a quienes sigan mis pasos.*

Muy tristemente partimos, dejando el corazón en prenda
al pino sobre la ciudad, a las flores del seto,
al cerezo y al arce, al ciruelo y al sauce
y a los niños... ¡oh, los niños retozantes, gordezuelos!
¡Al este! Ved; el buque negro se aleja a toda vela
del País de los Niños, donde los Bebés son Reyes.

El Profesor me encontró mientras yo meditaba entre geishas en la parte trasera del parque de Ueno, en el corazón de Tokyo. El culí de mi rickshaw estaba sentado a mi lado, bebiendo té en la más delicada porcelana y comiendo macarrones. Yo pensanba en el asno de Sterne [101] y sonreía bobamente al azul del cielo encima de los árboles. Las geishas ahogaban risitas. Una de ellas tomó mis gafas, se las puso sobre su naricita carnosa y corrió entre sus parlanchinas compañeras.

-«Y sus dedos se pierden entre las trenzas de la escanciadora, esbelta como un ciprés » [102] -citó el Profesor, apareciendo repentinamente de detrás de un tabladillo-. ¿Por qué no ha ido a la fiesta campestre del Mikado?

-Porque no me ha invitado, y de cualquier modo viste a la europea, lo mismo que la emperatriz y lo mismo que toda la demás gente de la corte. Sentémonos a reflexionar. Este pueblo me desconcierta.

Le conté la historia de la entrevista con el jefe de redacción del *Tokyo Public Opinion.* El Profesor había estado investigando en el Departamento de Educación.

-Y además -dijo, cuando terminé mi historia-, la ambición del estudiante cuando termina sus estudios es conseguir un puesto gubernamental. Por con siguiente, viene a Tokyo; aceptará en Tokyo cualquier empleo que pueda aproximarle a su objetivo.

-¿De quién es hijo ese estudiante?

-Es hijo de un campesino, de un agricultor acomodado, de un tendero. Mientras espera se empapa de inclinaciones republicanas debido a la proximidad del Japón con América.

[100] Término burlón con que se aludía a un indio, más en particular a un oficinista indio, que imitase el modo de vestir y de hablar de los ingleses.

[101] Laurence Sterne (1713-1768) tiene un pasaje cómico en torno a la palabra «asno» en *Tristam Shandy* (1759-1767) y un capítulo, en *Viaje sentimental* (1768), en tono de humor agridulce, sobre el cariño de un campesino por su asno recién muerto.

[102] Cita del *Rubáiyat* del poeta persa Omar Khayyam (c. 1050c. 1123).

Habla, escribe y discute, y está convencido de que puede administrar el imperio mejor que el Mikado.

-¿Se pone a publicar periódicos para demostrar eso?

-Quizá sí; pero ese trabajo no parece saludable. Un periódico, con las leyes actuales, puede ser suspendido sin que se explique la razón; y me han contado que un editor atrevido ha sido condenado a tres años de cárcel por haber caricaturizado al Mikado.

-Entonces, todavía hay esperanzas para el Japón. No puedo acabar de comprender cómo un pueblo que siente el gusto de la vida y tiene vivas percepciones artísticas puede preocuparse de las mismas cosas que deleitan a nuestros amigos en Bengala.

-Comete usted el error de considerar que el bengalí es único. Lo es, a su manera peculiar; pero pienso que la embriaguez de vino occidental afecta a todos los orientales más o menos del mismo modo. Lo que le desorienta es esa misma similitud. ¿Me sigue? Un japonés se encara a problemas que quedan fuera de su alcance con una fraseología muy parecida a la de un estudiante de la Universidad de Calcuta, y discute sobre Administración, con A mayúscula; usted mete en un mismo saco al japonés y al chatterjee. [103]

-No, no lo hago. El chatterjee no invierte su dinero en compañías de ferrocarril, ni se sienta a planear el saneamiento de su ciudad, ni cultiva las gracias de la vida por propia iniciativa, como los japoneses. El chatterjee es como el *Tokyo Public Opinion*... «puramente político». No tiene arte de ninguna clase, no tiene armas, y no existe en él ningún poder para el trabajo manual. Sin embargo, es igual que el japonés en cuanto al patetismo de su política. ¿Ha estudiado usted alguna vez la Política Patética? ¿Por qué el chatterjee se parece al japonés?

-Ambos están ebrios, supongo -dijo el Profesor-. Haga que esa muchacha le devuelva las gafas y podrá contemplar más claramente el interior del alma del Lejano Oriente.

-El «Lejano Oriente» no tiene alma. La cambió por una Constitución el día once del pasado mes de febrero. ¿Compensa una Constitución el hecho de que lleven ropas europeas? Acabo de ver a una dama japonesa en traje de visita. Su aspecto era atroz. ¿Ha visto usted el arte japonés más reciente... las pinturas en los abanicos y en los escaparates? Son reproducciones fieles del cambio de vida: postes telegráficos a lo largo de las calles, vías de tranvía convencionalizadas, sombreros de copa, y maletines en las manos de los hombres. Los artistas pueden hacer casi tolerables esas cosas, pero cuando se trata de convencionalizar un traje europeo, el resultado es horrendo.

-El Japón quiere ocupar un puesto entre las naciones civilizadas -dijo el Profesor.

-Ahí aparece el patetismo. Le dan a uno ganas de llorar cuando se observa ese esfuerzo mal orientado... ese revolcarse en la fealdad para obtener el reconocimiento de unos hombres que pintan los techos de blanco, las rejas de negro, los mantos de chimenea de gris, y sus coches de amarillo y rojo. El Mikado viste de azul y oro y rojo, sus guardas llevan pantalones naranja con una franja azul pastel; el misionero americano enseña a la muchacha japonesa a llevar ricitos caídos sobre la frente, a recogerse el pelo en una cola de caballo y a sujetárselo con lazos color magenta y cobalto. El alemán les vende ofensivas postales de su propio país y etiquetas de botellas de cerveza. Allen and Ginter devastan Tokyo con sus cajetillas de tabaco rojo sangre y verde hierba. Y, frente a todas esas cosas, ¡el país desea progresar hacia la civilización! He leído entera la Constitución

[103] Chatterjee: miembro de un grupo étnico de la India.

del Japón; ha sido comprada a muy alto precio, al precio de uno de los omnibuses calidoscópicos que circulan por la calle.

-¿Infligirá usted a todo el mundo, en la India, esas insensateces? -dijo el Profesor.

-Lo haré. Le diré por qué. En los próximos años, cuando el Japón haya vendido sus derechos de primogenitura por el privilegio de ser estafado en términos de igualdad por sus vecinos; cuando se haya endeudado hasta tal punto por sus ferrocarriles y sus obras públicas que su única salida sea la ayuda financiera de Inglaterra y la anexión; cuando los daimyos, debido a la pobreza, hayan vendido los tesoros de sus casas al comerciante de curiosidades y éste los haya vendido al coleccionista inglés; cuando todo el mundo lleve pantalones y chaquetas hechas en serie, y cuando los americanos hayan instalado fábricas de jabón junto a los ríos y un hotel en la cima del Fujiyama, alguien podrá remitirse a los archivos del *Pioneer* y decir: «Esto se había profetizado». Entonces lamentarán haber empezado a jugar con la gran máquina de salchichas de la civilización. Lo que se introduzca en una cuba saldrá por la espita; pero saldrá hecho añicos. *Dixi!* Y ahora vayamos a la tumba de los Cuarenta y Siete Ronin.[104]

-Eso ya se ha dicho hace tiempo, y mucho mejor de como usted puede decirlo -dijo el Profesor, à propos de yo qué sé qué.

Las distancias, en Tokyo, se calculan en horas. Cuarenta minutos en rickshaw, a toda velocidad, tan sólo le adentran a uno ligeramente en la ciudad; dos horas desde el parque de Ueno le llevan a uno a la tumba de los famosos Cuarenta y Siete, pasando por los espléndidos templos de Shiba, que ya están perfectamente descritos en las guías de viaje. La laca, el trabajo en bronce con incrustaciones de oro y los cristales grabados con las palabras «Om» y «Shri» son cosas hermosas de contemplar, pero no admiten un tratamiento demasiado variado por escrito. En una tumba de uno de los templos había una habitación de paneles de laca recubiertos de láminas de oro. Un animal llamado V. Gay había considerado oportuno garrapatear en el oro su nombre absolutamente intrascendente. La posteridad tomará nota de que V. Gay jamás se cortaba las uñas y de que jamás se le hubiera debido confiar ningún objeto más bonito que una gamella para cerdos.

-Es la profecía en la pared -dije.

-Dentro de poco no habrá ni oro ni laca... tan sólo marcas de dedos extranjeros. Recemos por el alma de V. Gay, pese a todo. Tal vez fuese un misionero.

Los periódicos japoneses contienen de vez en cuando, apretujadas entre noticias sobre concesiones de ferrocarriles, minas y tranvías, notificaciones como la siguiente: «El Dr.... se hizo anoche el *hara-kiri* en su domicilio privado, en la calle tal. Se atribuye a complicaciones familiares la comisión de ese acto». El *hara-kiri* no es simplemente un suicidio por un método cualquiera. El *hara-kiri* es el *hara-kiri, y su* escenificación privada es todavía más siniestra que la oficial. Es curioso pensar que cualquiera de esos personajillos vivarachos con sombrero de copa y gafas, poseedores de una Constitución

[104] En 1701, un daimyo, gravemente ofendido por un dignatario de la corte del shogun, desenvainó su sable dentro del palacio de Edo, acto punible de muerte. Se le condenó a suicidarse y sus bienes fueron confiscados, lo cual comportó que los samurais a su servicio se convirtieran en *ronin*, samurais descastados y sin amo. Cuarenta y siete de ellos se conjuraron para vengar a su antiguo señor. Durante dos años, para despistar la vigilancia policial, el jefe del grupo fingió haber caído en la más completa abyección, entregándose a una vida disoluta. En 1703, los cuarenta y siete *ronin* conjurados atacaron en su palacio al dignatario que había ofendido a su antiguo señor y lo decapitaron después de vencer a sus samurais. En recompensa a su lealtad, en vez de ser ejecutados se les permitió cometer *sepukku* (la forma de suicidio más conocida como *para-kiri)* y fueron enterrados con honor en tumbas adyacentes.

propia, es capaz, en tiempos de tensión anímica, de desnudarse hasta la cintura, sacudirse el cabello sobre las cejas y, después de rezar, abrirse en canal. Cuando vayan al Japón miren, en la galería Farsari, las imágenes del *hara-kiri, y* las fotografías de la última crucifixión que se hizo en el Japón (hace veintidós años). Luego, en Deakin, pregunten por la cabeza modelada de un caballero que fue ejecutado en Tokyo no hace mucho. En esta última obra de arte hay una siniestra fidelidad que les hará sentirse incómodos. Los japoneses, lo mismo que el resto de los oriéntales, tienen entre sus propensiones una vena de sed de sangre.[105] Ahora está velada muy cuidadosamente, pero algunas pinturas de Hokusai la muestran, y muestran que no hace mucho el pueblo se deleitaba en su expresión abierta. Sin embargo, son tiernos como todos los niños, más tiernos que en Occidente, corteses entre sí por encima de la cortesía de los ingleses, y atentos con los extranjeros como en las grandes ciudades y en el Mofussil.[106] ¡Tan sólo la Providencia sabe cómo serán cuando su Constitución haya hecho su obra durante tres generaciones!

Todo el mundo parece dispuesto a ofrecerles consejos. El coronel Olcott [107] está recorriendo todo el país contándoles que la religión budista necesita reformas, se ofrece a reformarla y come con ostentación arroz hervido que le es servido en taza por sirvientas rebosantes de admiración. Un turista que llega de Kyoto me cuenta que en el Chion-in, el más encantador de todos los templos, vio, hace tan sólo tres días, al coronel metido en una procesión de sacerdotes budistas como la que he intentado inútilmente describir, y «andando de un lado para otro como si todo el espectáculo fuese cosa suya». Es imposible apreciar la solemnidad de la cosa sin haber visto al coronel y el templo de Chion-in. El uno y el otro están hechos con líneas completamente diferentes, y no parece que armonicen. Sólo faltarían ahora Madame Blavatsky, [108] con un cigarrillo en la boca, al pie de las *cryptomerias* de Nikko, y el regreso de Mr Caine, [109] miembro del parlamento, para predicar contra el pecado de beber *sakí,* y la fauna quedaría completa.

Debería hacerse algo contra América. Hay muchos misioneros americanos en el Japón, y algunos construyen iglesias y capillas de tablones cuya fealdad no podría ser compensada por ninguna creencia. Instilan, además, en la mente japonesa malignas ideas de «Progreso», y les enseñan que es bueno aventajar al vecino, mejorar la propia situación y, en general, dejarse la piel a tiras en la lucha por la existencia. Ellos no pretenden hacer eso; pero su propia energía inquieta refuerza la lección. El americano merece ser reprendido. Y, sin embargo (escribo esto en Yokohama), ¡qué agradable es, en todos los sentidos, un simpático americano cuya lengua esté limpia de *«right there», «all*

[105] Dado que para los «sahibs», tanto de entonces como de ahora, la crueldad y la sed de sangre son rasgos axiomáticamente inherentes a la condición de «oriental», la opinión de Kipling al res pecto no varió ni siquiera cuando cientos de millones de «orientales» adoptaron el método de la resistencia pacífica en el movimiento, encabezado por Gandhi, que, iniciado en 1920, acabaría por desembocar en la independencia de la India en 1947.

[106] La India al este y nordeste de Calcuta.

[107] Henry Steel Olcott (c.1830-1907) había logrado el grado de coronel (escala voluntaria) en la Guerra Civil Americana (18611865), después de la cual se dedicó a la teosofía y el espiritismo.

[108] Helena Petrovna Hahn, *Madame* Blavatsky (1831-1891), teósofa y espiritista de origen ruso, tuvo una influencia notable entre los intelectuales decadentistas. Residió varios años en la In dia, donde Kipling pudo tener referencias directas de ella entre 1882 y 1889.

[109] Fanático impulsor de la lucha antialcohólica.

Librodot

the time», «noos», «revoo», «raound»,[110] y de la cadencia decadente! Acabo de conocer a uno así, un californiano formado en España, madurado en Inglaterra, refinado en París y, pese a todo, californiano. Sus modales eran tan suaves como su voz, sus juicios eran templados y templado el modo de expresarlos, la variedad de sus experiencias era amplia, su humor era genuino y brotaba directamente de sus reflexiones personales. Tan sólo al final de la conversación me sobresaltó un poco.

-Tengo entendido que se quedará usted algún tiempo en California. ¿Le importa que le dé un pequeño consejo? Le hablo de ciudades que todavía son un tanto bruscas en sus maneras. Cuando un hombre le invite a beber, acepte enseguida y después pague usted una ronda. No digo que la segunda parte del programa sea tan necesaria como la primera, pero le pone a uno completamente a salvo. Sobre todo, recuerde que allí donde vaya no debe jamás llevar nada usted mismo. Los hombres entre los que se moverá lo harán por usted. Les han acostumbrado a eso. En algunos sitios, lamentablemente, es una cuestión de vida o muerte el sacar más rápido. Sé de accidentes realmente lamentables sufridos por hombres que llevaban revólver sin saber manejarlo. ¿Usted entiende de revólveres?

-N... no -balbuceé-, desde luego que no.

-¿Piensa llevar uno?

-Claro que no. No quiero matarme.

-Entonces está usted a salvo. Pero recuerde que se moverá entre hombres que van armados, y oirá hablar mucho del tema, y escuchará muchas historias difíciles de tragar. Escuche loque le cuentan, pero no lo tome por costumbre por mucho le tiente hacerlo. Invitará a su propia muerte si pone la mano en un arma que no sabe manejar. Ningún hombre sacará el revólver en un mal sitio. El revólver está hecho para un propósito específico y lo sacan antes de que uno tenga tiempo de pestañear.

-Pero, sin duda, el que saca primero tiene ventaja sobre el otro -dije, intrépidamente.

-¿Eso cree? Déjeme hacerle una demostración. No tengo motivo para llevar armas, pero creo que tengo un revólver en alguna parte. Un gramo de demostración vale por una tonelada de teoría. La funda de su pipa está encima de la mesa. También mis manos están encima de la mesa. Utilice la funda de su pipa como si fuese un revólver, tan rápidamente como pueda.

La utilicé en el estilo propio de las novelas baratas; apunté, con el brazo rígido, a la cabeza de mi amigo. Antes de saber qué ocurría, la funda de la pipa me había caído de la mano, que estaba paralizada y me hormigueaba terriblemente. Oí cuatro «clics» persuasivos debajo de la mesa casi antes de darme cuenta de que mi arma era inútil. El caballero de California, de una sacudida, se había sacado la pistola del bolsillo y había apretado el gatillo cuatro veces, con la mano apoyada en la cadera, mientras yo levantaba el brazo derecho.

-¿Me cree ahora? -dijo-. Sólo un inglés o un oriental dispara a la altura del hombro de ese modo melodramático. Ya le tenía frito antes de que moviera el brazo, simplemente porque me sé el truco, y allí, en California, hay hombres que, en caso de apuro, me liquidarían tan fácilmente como yo a usted. No se llevan la mano al lado para sacar el revólver, como dicen los novelistas. El revólver se lleva delante, junto al segundo botón

[110] *«Right there»:* «eso es», «vale», «¡ahí, ahí!»; *«all the time»:* «siempre», «sin parar», son términos de repetición viciosa en lenguaje coloquial; *«noos», «revoo» y «raound»* son deforma ciones de *«news», «review» y «round»* (noticias, revista, alrededor).

del cinturón, al lado derecho, y se dispara, sin tomar puntería, al vientre del otro. Ahora comprenderá por qué, en caso de disputa, debe usted mostrar muy claramente que va desarmado. No hace falta que levante las manos ostensiblemente; manténgalas fuera de los bolsillos, o en alguna parte donde su amigo pueda vérselas. Si lo hace así nadie le hará daño. O, si se lo hace, será acribillado a balazos por consentimiento general de todos los presentes.

-Eso debe ser un singular consuelo para el cadáver -dije.

Veo que le he desorientado. No imagine que América sea en todas partes tan salvaje como le ha mostrado mi lección. Sólo en algunas ciudades realmente rudas es necesario no llevar revólver. En todas las demás partes estará seguro. La mayoría de los americanos que conozco han adoptado la costumbre de llevar algún arma; pero es tan sólo una costumbre. Ni soñarían en usar el revólver a menos que se viesen en un gran aprieto. El fastidio es el que saca para reforzar lo que dice sobre cómo se enlatan los melocotones, o sobre el cultivo de los naranjos, o sobre repartos de tierras o derechos de regadío.

-Gracias -dije, débilmente-. Pienso investigar esas cosas más adelante. Le quedo muy agradecido por sus consejos.

Cuando hubo partido me vino a la mente la idea de que, como se dice, quizá se había «quedado conmigo».[111] Pero no había ni el menor margen de duda en cuanto a su destreza con el revólver, por la que se disculpaba tan suavemente.

Expuse el caso al Profesor.

-Iremos a América antes de que la prejuzgue enteramente -dijo el Profesor-. A América, en un barco americano; y diremos adiós al Japón.

Aquella noche pasamos cuentas de nuestras ganancias en nuestra estancia en el País de los Niños, con más aplicación de la que ponen muchos hombres al contar su dinero. Nagasaki con sus templos grises, sus colinas verdes y todas las maravillas dé una orilla vista por primera vez; el Mar Interior, un panorama de treinta horas de desfile de islas pintadas de gris, marrón claro y plata para nuestro deleite; Kobe, donde comimos bien y fuimos al teatro; Osaka, la ciudad de los canales y de los melocotoneros; Kyoto... la feliz, la perezosa y suntuosa Kyoto, y los rápidos azules y los inocentes placeres de Arashima; Otzu, junto al lluvioso lago sin orillas; Myanoshita en las colinas; Kamakura junto al Pacífico resonante, donde el gran dios Buda permanece sentado y escucha serenamente el murmullo de los siglos y de los mares; Nikko, el más hermoso de todos los sitios bajo el sol; Tokyo, el vivero de la humanidad, civilizado en sus dos terceras partes y enteramente progresivo; Yokohama, mezcla abigarrada de lo francés y lo americano... Revisamos todo aquello, seleccionando y separando nuestros especiales tesoros del recuerdo. Si nos quedábamos más tiempo, quizá nos desilusionaríamos, aunque... sin duda, eso sería imposible.

-¿Qué clase de impresión mental se lleva usted? -preguntó el Profesor.

-Una geisha con crespón color pavo real al pie de un cerezo florido. Detrás de ella, pinos verdes, dos niños y un puente corcovado que cruza un río verde botella que corre sobre guijarros azules. En primer plano, un policía bajito con ropas europeas que le sientan mal, bebiendo té en porcelana azul y blanca sobre una bandeja de laca negra. Nubes blancas, coposas, arriba, y un viento frío en la calle -dije, en un apresurado resumen.

[111] Aunque aquí queda enmarcada en un contexto humorístico, la preocupación de que pudieran «quedarse con él» era acentuada en Kipling.

Librodot

-La mía es un poco diferente. Un muchacho japonés con gorra alemana plana y chaqueta de Eton que le queda ancha; un rey sacado de una tienda de juguetes, un ferrocarril sacado también de una tienda de juguetes, cientos de arbolillos de Arca de Noé y campos hechos de madera pintada de verde. Todo eso pulcramente empaquetado en una caja de madera de alcanfor junto con un manual de instrucciones llamado la Constitución... Precio: veinte centavos.

-Usted se ha fijado en el lado malo de las cosas. Pero, ¿qué objeto tiene describir las impresiones? Cada cual debe tener las suyas de primera mano. ¿Y si describo tan sólo el itinerario de lo que hemos visto?

-No podría hacerlo -dijo el Profesor, amablemente-. Además, cuando el próximo angloindio venga por aquí, habrá cien millas más de vías férreas y habrán cambiado todas las disposiciones. Escriba que hay que venir al Japón sin planes previos. Las guías de viaje le informan a uno de algunas cosas, y las personas con las que se encuentre le contarán diez veces más. Que consiga, ante todo, un buen guía en Kobe, y lo demás será fácil. Un itinerario es tan sólo una nueva manifestación de ese egoísmo desenfrenado que...

-Escribiré que la cosa da resultado si se va de Calcuta a Yokohama, deteniéndose en Rangún, Moulmein, Penang, Singapur, Cantón, y se pasa un mes en el Japón, todo por unas sesenta libras... más bien menos que más. Pero el que se ponga a comprar curiosidades está perdido. Quinientas rupias cubren todo un mes en el Japón y permiten todos los lujos. Sobre todo, hay que traer millares de cigarros... los suficientes para que duren hasta llegar a San Francisco. Singapur es el último punto del trayecto donde pueden comprarse cigarros de Birmania. Más allá de ese punto hay hombres malvados que venden cigarros de Manila con nombres de fantasía a diez centavos, y cigarros de La Habana a treinta y cinco. Nadie le inspecciona a uno el equipaje hasta llegar a San Francisco. Hay que traerse, en consecuencia, por lo menos mil cigarros.

-¿Sabe que me da la sensación de que tiene usted un curiosísimo sentido de las proporciones?

Y eso fue lo último que dijo el Profesor en suelo japonés.